

3 CIO

BELO

EXAMINADO

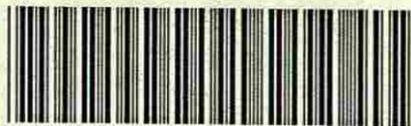
LOCOB.

OVENHO

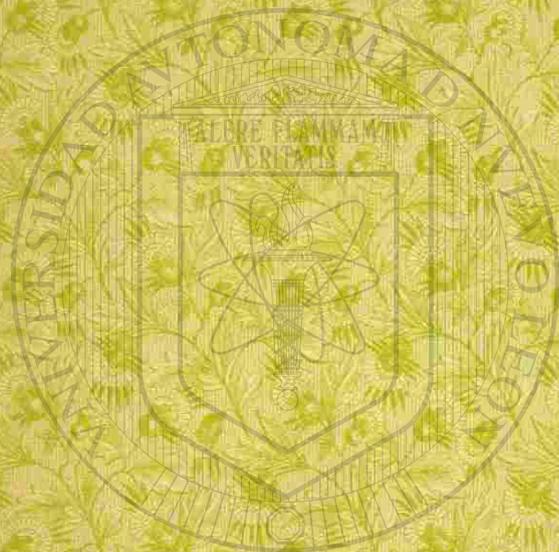
PQ2 193

.B7

L68



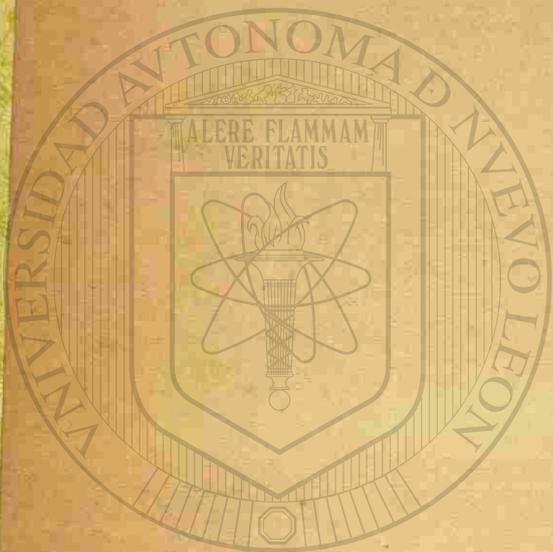
1020026093



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOCURAS JUVENILES

Núm. Clas. B 45212
Núm. Autor 29760
Núm. Adg. 8
Procedencia -8-
Precio ca
Fecha 1979
Clasificó [signature]
Catalogó [signature]

ADOLPHE BELOT

LOCURAS JUVENILES

VERSIÓN ESPAÑOLA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Boca de la señora X.
Las Fugitivas de Viena.
Reina de Hermosura.
La Mujer de Hielo.
La Mujer de Fuego.
La Sultana parisiense.
La fiebre de lo Desconocido.
La Venus Negra.
Los Misterios mundanos.
Las Banistas de Trouville.
La señora Vitel y la señorita Leliebre.
La Cárcel de Clermont.
Flor de crimen.
Elena y Matilde.
Dos Mujeres.
Locuras Juveniles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ PERALES Y MARTÍNEZ
12—Calle de la Cabeza—12
1888

85787

29760

843 PA 2193

B.

.B7

1-68



Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la Ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAN

LOCURAS JUVENILES

A diós, querido; al fin tengo la dicha de verte. Creí que no estarías; pero tu mujer me ha dicho que te habías encerrado en tu despacho en cuanto acabaste de comer. ¿Qué te pasa? ¿Acaso alguna nubecilla obscurece el transparente cielo de tu dicha? ¿Tal vez habéis reñido, porque Margarita no da en la mesa muestras de buena educación? Habrá metido, como el otro día, la mano en la computera, la madre la habrá dado algún cachetillo, y el padre habrá protestado de la dureza del castigo; vamos, ¿es eso?

—No, chico. Tu novelesca imaginación te lleva demasiado lejos; ni he tenido protexas que hacer, ni estoy incomodado, ni el hermoso cielo de mi felicidad conyugal ha perdido nada de su apacible serenidad. Margarita se conduce en la mesa tan mal como siempre;

pero cuando la sacamos la mano de la dulcera hace una mueca tan graciosa, que me echo á reír; mi mujer acaba por imitarme, y todo termina alegremente. Si hoy no acompaño á los dos seres más queridos de mi alma, es porque he decidido ordenar algo mis papeles. Mi dicha me ocupa más tiempo de lo debido, y desde que me casé, no he encontrado un instante á propósito para arreglar los cajones de mi mesa de despacho.

—Pues si estás tan ocupado, me marchó.

—No tal; el trabajo mío no es tan importante que me impida echar un parrafito contigo. Enciende un cigarro, y bromea á tu placer mientras hojeo estos cuadernos, donde consigné, en tiempos que no volverán, los principales episodios de mi vida de soltero, mis calaveradas de joven.

—¡Diablo! ¿No has quemado aún esos papeles?

—¿Por qué le había de quemar? ¿Por mi mujer? No se la ocurrirá nunca la idea de leerle, pero aunque cometiese esa indiscreción, no sacaría mucho de nuevo; ¿no sabes ya que mi vida de soltero ha sido de las más accidentadas y de las menos inocentes?... ¡Ay! ¡amigo mío! ¡cuán lejos estoy, moralmente, se entiende, de la época en que escribí esas líneas! No me conozco, y ahora me parece mentira que haya sido tan tonto algunas veces...

—Arregla otros papeles, y déjame leer una de esas aventuras en que tu amor propio quedó tan mal parado, según dices.

—Lee cuanto quieras. No comprometo en nada á las heroínas de ellas.

* * *

—Chico, ¿sabes que no están mal escritos? Hay mucha pasión.

—¿Lo crees así?

—Sí. Se ve en ellos tus antiguas aficiones literarias... Y es, sobre todo, muy parisién. Déjame publicar esta parte de tus memorias.

—¡No pienses en ello siquiera! Si no son más que unas cuantas reflexiones mías...

—¡Tanto mejor! Así se vé que no es un diario, sino que has dejado correr la pluma al capricho de tu fantasía, hablas contigo, y el diálogo goza de ciertos privilegios que á las descripciones les están vedados.

—Pero no hay en ellos ni sombra de movimiento.

—¡Oh! ¡no! perdóname que te lo diga. Al contrario; le hay, y mucho. Vas á su casa dos veces al día, corres tras de ella, viajas por su causa. La verdad es, que por entonces no debías descansar nunca.

—Y siempre estoy solo en escena.

—Pero ella está contigo, y los dos juntos entretendréis al lector. Tú eres tan... ¿Cómo lo diría yo?

—¿Tan tonto, querrás decir?

—Sí, eso es; y ella tan... no seamos impo-
líticos; vamos, tan *templada*. En fin, ¿qué

riesgo corres? No se te nombrará nunca, no se te podrá reconocer, y si no tuviese éxito, si no agradase á los lectores, la culpa sería mía, el descrédito no recaería sino sobre mí. ¿Conque es cosa convenida? ¿Me autorizas para que me lleve estas cuartillas?

—Llévatelas, ya que tan escaso estás de ideas propias, porque es evidente que el público preferiría á estos episodios de la vida privada, una verdadera novela, de interés palpitante, en la que interviniesen muchos personajes.

—No lo sabemos, amigo; el público tiene caprichos muy raros, y haré que este libro, utilísimo para los enamorados, salga á luz en la primavera, la estación del amor.

—¡Sea! Y puesto que has acabado ya el tabaco, ¿quieres que volvamos al salón? haremos compañía á mi mujer, á quien no dirás nada de lo que estaba haciendo... ¡Hay que confesar, amigo mío, que no hay nada verdad en la vida más que el matrimonio!

—Eso depende de la esposa que se elija. Si te hubieses casado con la otra, con esa de quien hablas en estos apuntes...

—¡Oh! no me lo digas.

—No es que yo lo haya creído; es que me acuerdo bien que tú habías pensado en ello.

—Tal vez; pero hubiese sido un loco. Gracias á que no he consignado en mis memorias esa locura.

—Así lo espero. No hubiese podido publicarla si hubieses faltado de ese modo á lo que á ti te debes.

—Despáchate. Oigo á la niña. No está aún acostada, voy á abrazarla otra vez antes de que se la lleven á la cama.

* * *

—He aquí el diario de mi amigo:

I

11 JULIO 1868.

Ayer me hizo su visita matinal. No se ha mostrado conmigo ni menos afectuosa ni menos amable que de costumbre. Es una naturaleza extraña, muy metida en sí. Es preciso estudiarla, adivinarla; ella no se descubre nunca. Oculta sus más vivas impresiones, cuando por casualidad las tiene; entonces, apenas si se hace traición por ciertos movimientos de la nariz, algo de languidez en su mirada y algunos sacudimientos nerviosos. De alta estatura, casi magestuosa, marcha con paso sosegado y aire distraído, no apoyándose nunca en el brazo de nadie; siempre acompañada ó seguida de alguien que la sigue á cierta dis-

tancia, imposible la sería preocuparse de los accidentes del camino ni de los murmullos de admiración que su vista provoca. Sabe que es bella y que se la admira, pero no parece conmoverse. No siente ni entusiasmo ni odio; y no tiene sin embargo, más que rabietas y rencores. Es buena, ella lo dice al menos, y lo dice como si tuviese necesidad de persuadirse de ello; pero la seriedad de su carácter, y cierta dureza inherente á su naturaleza, la hacen conducirse como si fuese mala. Tiene treinta años, los tendrá largo tiempo, puesto que su organización la pone al abrigo de esas pasiones violentas que hacen envejecer. Sus perfiles son de una regularidad perfecta, su boca de una frescura admirable. Cuando se digna tomar el trabajo de querer agradar, nada más expresivo ni más dulce que su mirada. A pesar de su estatura, que es más que mediana, tiene la mano de niña.

Es de esas mujeres que parecen nacidas para ocupar un trono; acaso su familia, que se atreve á todo, ha soñado para ella algún elevado rango, algún esplendor purpúreo. Hubiera poseído todas las cualidades que se desean ver brillar en una reina: la nobleza del busto, la regularidad de los rasgos, la distinción, la majestad. Hubiese obrado con discernimiento, con tacto, después de maduras reflexiones. No se comprometería nunca con palabras poco meditadas, porque no habla sino en casos muy extremos. Casada, no hubiese llevado á su marido, ni una gran inteligencia, ni grandes tesoros de ternura; pero

hubiera sido una esposa fiel y segura hasta en momentos difíciles.

¡Desgracia es, amiga mía, que no hayas encontrado al principiar tu camino por el mundo, un hombre inteligente y recto, que se hubiese dedicado á desarrollar tus bellas cualidades, tus aptitudes para el bien! Pero se te puso al abrigo de toda influencia extraña, se te reservaba, desde tu más tierna edad, á destinos misteriosos y desconocidos. Se decían: si se casa, saldrá de mi dominación, de mi egoísta cariño, estropeará mis cálculos, y te envolveron en una red cuyas mallas no pudiste romper.

II

También vino ayer. La esperaba desde una hora antes; de repente oí la campanilla. ¡Dios mío! ¡si no será ella!

¡Si lo era! Sentía el roce, bien conocido para mí, de su traje.

Me lancé á su encuentro, la hice sentar, la desembaracé de su saquito de cuero, me arrodillé á sus pies y la miré.

¡Qué hermosa es! y sin embargo, está sin vestír; es la *toilette* de una mujer que vuelve de bañarse. ¡Pero está tan fresca, tan sonrosada, tan encantadora!

—¿Qué dicen tus ojos?— me pregunta,—
¿en qué piensan hoy?

—¡Te adoran!

—No; parece que me preguntan algo. ¿Qué
quieren saber?

—¿Me amas tú?

—¿Y para qué había de estar á tu lado si
no te amase? ¿No he tenido mil dificultades
que vencer para venir á verte?

—¿Me amarás siempre?

—¡Ya lo creo!

—¿Puedo, sin peligro para mi tranquilidad,
darte todo mi corazón, toda mi alma, entre-
garme enteramente á mi amor por tí, sin te-
mor de que me abandones?

—Sí, me respondió.

Entonces me levanté, la cogí en mis bra-
zos, y, como los minutos eran contados, no la
pregunté más.

—¿Pasado mañana, á la misma hora?—le
dije al despedirnos.

—Sí, hasta pasado mañana.

—Sin falta, ¿no es eso?

—Sin falta.

Y partió sonriéndose... ¡Ay! ¡con una son-
risa que iluminó todo mi cuarto!

III

Podía esperar tranquilamente su visita pró-
xima; había hecho provisión de dicha para
más de un día. Cuarenta y ocho horas pasan
muy pronto cuando se vive de recuerdos y es-
peranzas. No tenía necesidad de ponerme en
busca de distracción para pasar el tiempo; los
placeres míos no eran otros, desde hacía tres
meses, que verla y pensar en ella.

A veces he abierto un libro y le he vuelto á
cerrar al momento, ¿A qué leer? Mi pensa-
miento está en otra parte. ¿Me ama? Esa es
la pregunta que me hago veinte veces lo me-
nos al día. ¿Por que he de dudar? ¿No me
prueban su cariño sus frecuentes visitas? Sin
duda alguna. Y sin embargo, desde el princi-
pio de esta conquista amorosa, me siento agi-
tado, inquieto, nervioso. En vez de ser franca-
mente feliz, de complacerme en mi dicha, me
siento presa de tristeza invencible, como si
estuviese amenazado de una desgracia y mi
felicidad se hubiese de escapar de entre mis
manos. Nada hay que lo haga presentir; el
cielo está siempre puro, y el horizonte sin
nubes.

¡Vaya! desterremos estas ideas lúgubres;
el día que me separaba de ella ha pasado ya,

la veré mañana. ¿No me ha prometido venir, y no cumple religiosamente su palabra?

IV

Me despierto, y en el momento, con los ojos aún cerrados, mi primer pensamiento es:

Hoy vendrá, y dentro de poco.

Me visto apresuradamente, y arreglo mi habitación. ¿No hizo la última vez un gesto de disgusto al mirar este retrato? Si, pues pongámosle bajo llave. Estas láminas pueden llamar su atención; acaso se entretuviese en verlas y me robarían ese tiempo; ¡que se reúnan con el retrato!

A este rincón de mi cuarto le llama su tocador; ahí, detrás de esa gran butaca, trata de ocultarse á mis miradas indiscretas, y desaparece un instante para volver á reaparecer más resplandeciente de hermosura. Voy á colocar la butaca de modo que la inspire cierta confianza... poco justificada. Pasemos el plumero por esta mesa, que tiene polvo, y es donde deja el cuello y los puños. ¿Está todo en su sitio? ¿Se me olvida algo?... ¿Y en qué voy á ocuparme la hora entera que aún falta hasta la de su visita? Aquí veo un paquete de cartas recibidas hace un mes; ya es tiempo de contestarlas. Las leeré antes; apenas me había enterado de ellas.

¡Ah! esta es de D... que me echa en cara haberle olvidado. ¡Pobre amigo! una caída ocasionada por el caballo, le ha hecho estar largo tiempo en el lecho, y no pudiendo venir á verme, me ruega que yo vaya. ¡Y no he hecho caso de su súplica! ¡Absorto por mi amor, olvido hasta á los amigos más íntimos! Con D... mi querido compañero de la infancia, no podría dejar de hablar de ella. Se reiría de mi amor, trataría de abrirme los ojos; y yo no quiero tenerlos abiertos. No puede conocerla como yo la conozco; la juzgaría por haberme dicho que sí, y la debe juzgar mal. No quiero saber los defectos que la encontraría, yo no la hallo ninguno, la amo, y esto me basta.

Esta otra carta es de una mujer encantadora, una amiga antigua, á quien he contado siempre mis penas y mis alegrías, y que en cambio no ha tenido nada oculto para mí.

No te veo nunca ¿estás enamorado? Ven á contármelo.

No me he dado prisa en acceder á tan galante invitación, y no me pesa, porque aquí tengo otra nueva carta que he recibido ayer de mi amiga. ¡Leer esta catilinaria, pase, pero, oírse la pronunciar, sería muy fuerte!

Mi querido amigo: Como no has hecho caso de mi ruego, he tratado de saber noticias tuyas, y las he tenido muy buenas. Y, ante todo, para empezar lo más suavemente posible, á fin de contenerme en los límites de la más estricta política, te debo decir que ¡eres un estúpido!

Has puesto tu pensamiento en una conquista, cuyo corazón es lo que menos se conmueve, te creas para épocas cercanas pesares muy vivos. La que tú amas, á pesar de sus treinta años, es aún niña, y aún niña mimada. Ahora la eres agradable, te lo concedo; pero no eres para ella más que un juguete nuevo que no tardará en romper. Entonces, ni tus penas, ni tus súplicas, ni tus lágrimas, nada la conmovirá. Estará harta de tí, y con eso está dicho todo, porque es de una dureza á nada parecida y no obedece más que á su capricho. Es demasiado bella, y es claro, ha sido demasiado adulada; no ha sufrido aún lo bastante para que su naturaleza se haya templado en el dolor, y pueda comprender los sufrimientos de otro. Cuando cansada de tí te dé el pasaporte, no tendrá la franqueza de esas mujeres que dicen: Lo siento mucho, pero no esperes nada; aléjate de mí y no vuelvas más, déjame. Por el contrario, negándote todo lo que constituía antes tu alegría, tratará de retenerte á su lado para martirizarte. Ella ha sufrido en su infancia y en su primera edad cierta dominación y ciertas tiranías domésticas de que tiene que vengarse en un tercero; ese tercero eres tú.

Por causa de un gran abandono en su educación intelectual y moral, su carácter se ha hecho pequeño y bajo; es capaz de introducirte en el corazón, sin lástima alguna, infinidad de puntas de alfiler que tú quisieras no sentir, pero que te harán sufrir mucho por tu excesiva sensibilidad nerviosa. Te revolverás

contra ella, tratarás de sustraerte á ese suplício cotidiano; te ausentarás de aquí, regresarás de nuevo para volverte á ir y á tornar otra vez. Días enteros pasarán durante los cuales tendrá singular placer en hacer revivir recuerdos aún ardientes, y en inflamar tu imaginación sin aplacarla nunca. Te marchará de su lado, diciendo: ¡Es una eriatura infame! y con un gesto, con una flor seca que te envíe en una carta, habrá adivinado el flaco de tu sentimentalismo, y volverás de nuevo á decir: ¡Es un ángel!

Hay también en ese amor, que mi aprecio hacia tí me hace deplorar, una cosa en que, en tu desvanecimiento no has pensado. Quiero hablarte del dinero. Sin embargo, amigo mío, á pesar de tu ceguera, te ha de ser muy difícil no colocar á tu beldad entre las mujeres que sacan partido de su belleza. ¿Cómo? si no me concedes eso, ¿explicas el bienestar de que goza, ciertos inmuebles que posee, ciertas alhajas que luce? ¡Se los han dado, me dirás! ¡Ah! no ves niño que en estos tiempos no se da nada gratis, y que si después de haberlos recibido se hace la sorda, no es menos digna de estimación por eso, y tú eres de mi parecer acerca de ese punto. No recibe más que á los que le agradan, me dirás. Ese es un matiz delicado, convengo en ello, pero guárdate mucho de él; es tan ligero que es facilísimo borrarle y hacerle desaparecer. El que regala un collar de perlas ó un mazo de billetes de Banco no agrada siempre en el instante en que lo entrega, y un instante no

más basta para que se entiendan dos corazones. En fin, tú la agradas también, y nada te impide llevárselos, pues estás en tu derecho, y hasta es deber tuyo. Acaso parecerá ya que te muestras algo rehacio en cumplirle. Tú no vacilarías si se tratase de algunas que tú y yo conocemos, ¿por qué mostrarte menos generoso con X... que con esas otras? Porque con esas ¿no es cierto? no cabe la menor duda, es imposible engañarse, muestran francamente lo que son. La otra, por el contrario, no está clasificada por ti. Sus maneras distinguidas, su reserva, su conversación que no haría poner colorada ni á una joven, sus hábitos tranquilos, sus gustos sencillos y modestos, sus maneras de patricia romana, sus salidas clandestinas y muy ocultas, el ojo vigilante que la sigue sin cesar y protege sus paseos por París, todo eso te desorienta.

Como tu corazón ha de arrancar á tu pensamiento que no es más que una cortesana, y como al mismo tiempo se niega á colocarla entre las mujeres de mundo, has llegado á convencerte de que es una joven honrada. Es claro; esa exterioridad de clase media es lo que te ha seducido á ti y á otros muchos. El parisién, ofuscado por los trajes espléndidos, el lujo y el relumbrón, se deja á veces engañar por apariencias modestas, tranquilas y decentes. Cede á los jóvenes y á los extranjeros las altas celebridades galantes por seguir una humilde botita al bajar de un ómnibus, ó una modesta falda de merino que

pasa por las Tullerías. Pero no te quede duda, amigo, tu amor es un ejemplar falsificado de la clase media. Si la has visto subir en un coche de plaza, es porque no tendría entonces coche propio; ofrécela una berlina elegante, y aceptará sitio en ella con graciosa desenvoltura. Una recomendación tan sólo te haré: que sea la berlina lo bastante grande para que pueda meter en ella á toda su parentela. ¡Ay, amiguito, dónde has caído! Amar á una mujer, pase, pero verse obligado á querer, á hacer la corte, á entretener y á contentar á todos los parientes y deudos de esa mujer, es peor que estar condenado á trabajos forzados. Y es imposible que te sustraigas á ese castigo; la familia ejerce una gran influencia sobre la que te hablo, y estás perdido el día en que su tribu haya decidido perderte. Ese día no puede tardar, cree en mi golpe de vista ejercitado, y sufrirás mucho, porque tienes una imaginación muy viva. Busca entonces á tu antigua amiga y la encontrarás. No tendré el mal gusto de recordarte mis profecías, yo tan sólo te diré: Llorá sobre mi corazón lo tonto que has sido.

Arrojé esta larga carta á la chimenea. No sentí cólera hacia la bella predicadora que la habia escrito; evidentemente no conocía á la que amo. Si la enseñase á quererla, si la dijese cuán encantadora y adorable es, cuánto... No, no la convencería; me diría que soy juez y parte en la cuestión. Además, no tengo tiempo de escribir; ha dado la hora; va á venir ya.

V

Veamos por última vez mi cuarto. ¿Está todo en orden? Sí. Debe llegar antes de diez minutos; tomemos un libro.

Tiene interés; este capítulo está bien escrito.

¡Ay! ¡Han llamado! No, me equivoqué, continuemos leyendo.

No sé lo que leo, acabo de concluir un capítulo y me sería imposible hacer un resumen. Tengo delante de mí grandes páginas blancas manchadas con caracteres negros, y es todo lo que veo.

Han pasado algunos minutos más de la hora ¡qué! ¿no vendrá? ¡Es imposible! ¿No me lo ha prometido?... Me asomaré á la ventana, y más pronto la veré venir.

No me engaño, es aquella que vuelve la esquina; es su estatura, su traje, su sombrero. ¡Ah! ¡qué feliz soy!

¡No es! ¿Cómo he podido cometer tal torpeza? ¡Ah! Señora mía, ¿podíais elegir otra *toilette* y no causarme tan terribles emociones.

Decididamente, es mejor abandonar mi observatorio; las personas á quienes se espera en la ventana no llegan nunca. Me pasearé á lo largo de mi habitación; he tratado de estar

sentado y quieto, pero no puedo estar tranquilo. Las once van á dar. Un día me dijo:

Quando no me veas en tu casa antes de las once, no me esperes.

Si, ella me lo dijo, pero no deben ser las once. Mi reloj se adelanta. Sin embargo, nunca ha venido tan tarde.

Ya casi es mejor que no venga. No podría concederme más que unos instantes.

¿Qué he dicho? Sí, sí; ven, te lo suplico. Estarás poco aquí, pero te habré visto. ¡Ven!

Mi reloj no me engañaba. Las once daban en todos los de la vecindad; ¡vaya! todo ha terminado; es inútil esperarla más tiempo. ¿Qué habrá ocurrido?

¿Diría la verdad esta carta de mi escéptica amiga? ¿Estaré amenazado de alguna desgracia?

Eso es una niñería. ¿Por qué desconsolarme? Infinidad de motivos pueden haberla obligado á no salir de su casa.

Han llamado. Sí, esta vez no me engaño; ¡Al fin!...

Tenía razón en hacerme esperar; ahora corro á abrir la puerta, mientras que media hora antes, no hubiese corrido, hubiese ido sosegadamente. Ha querido hacerme sentir su poder.

Voy á abrir.

Era un desconocido que ha equivocado el cuarto. He estado á punto de estrangularle.

Muy malo es lo que ella ha hecho conmigo. Sabe cuán desconsolado me quedo cuando la espero y no viene. Hubiese podido advertírmelo, ¡la era tan fácil!... No iré más á su casa.

Voy á esperar que me dé explicaciones. Tendré carácter.

Te crees fuerte, porque la esperas aun á pesar de lo avanzado de la hora. Pero el cuarto, la media ha dado, y no tienes más que un solo pensamiento: reunirte á ella, saber lo que la ha ocurrido. No vaciles, ¿á qué conduce? Tú te conoces demasiado; tú quisieras decirte: *No voy*, pero irás. Sé, pues, franco, contigo mismo y sigue con valor el camino que te traza tu cobardía.

VI

A la una estaba en su casa.

—¿Está?...

—Sí.

—¿Está enferma?

—No, señor.

En mi egoismo, siento hasta esta respuesta. Puesto que no está enferma, ¿por qué no ha ido? Me dijeron que pasase.

¡Tengamos calma! Otra vez, en igual caso, no pude ocultar mi pena, mi despecho; ella lo conoció y estuvimos incomodados algunas horas. Hoy seré más dueño de mí; además no está sola, siempre tiene á su lado alguna amiga.

Me tendió la mano con aire desdeñoso y se puso á hablar de cosas indiferentes; de la co-

media que vió la noche antes, del baile que habrá hoy. Parece asombrarse de que no tome parte activa en la conversación. ¡Por vida del... Estoy tan nervioso que no tengo calma; su sangre fría me exaspera.

Que diga para excusarse una palabra tan sólo que yo comprenda, y quedaré satisfecho. Que al tenderla la mano me la apriete de cierto modo, y no quiero más.

Nada, ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada.

Su amiga es mejor que ella. Mi actitud la conmueve, me adivina y se marcha.

—¿Por qué no has ido esta mañana?—la pregunté en cuanto estuvimos solos.

—No he podido.

—Me lo figuro. Pero, ¿por qué no has podido?

—Porque... no he podido.

—¿Es así como respondes? ¿No ves cuánto sufro? No debiera confesártelo; pero mi pena es más fuerte que yo.

—¿Sufres por eso? Qué tontería.

—¡Vamos, dimelo! Hay algo que te ha impedido ir. ¡Bueno! No hablemos más de eso. No insisto más en tener alguna explicación de esa falta; no te la echo en cara. Dime tan sólo una palabra que me anime, que me consuele. ¿No quieres?

—¿Y qué he de decirte?

—Yo no sé, búscala y la encontrarás.

—No hallo ninguna.

—¡Bueno! está bien. Estás en mala disposición de espíritu; no quiero cansarte por

más tiempo, y te dejo. ¿Te veré mañana?

—No puede ser.

—¿Y pasado mañana?

—Tampoco.

—¿Cuándo entonces?

—No lo sé.

—¿No piensas lo que dices? ¿No ves que tus respuestas son muy duras? Vamos, no me desesperes más tiempo. ¿Qué hay? ¿Qué tienes?

La cogí una mano y la retiró, diciendo con mal humor.

—Que me haces daño, ¡déjame!

—¡Ah! Más daño me haces á mí. ¡Adiós!

—Adiós.

Me dirigí á la puerta, y estaba ya á punto de abrirla, pero no tuve valor, me volví hacia ella, me arrodillé á sus pies, y la dije:

—No me dejes marchar así; ten un poco de piedad. ¿Sería tan desgraciado si me marchase así! ¿Qué tienes? ¿Qué te he hecho?

—Nada —me respondió.

—Hablemos, ¿quieres? Deja ese bordado que te impide escucharme y que te separa de mí. Bien, gracias. Algo de extraño pasa aquí, dime la verdad. Tentaré valor, te lo prometo. ¿Habrán terminado nuestros amores? ¿Te ves obligada á dejarme?

Me miró con tristeza y se calló.

—¡Ah, Dios mío!... ¡Lo he adivinado!...

Entonces la pedí que se explicase y accedió á hablar.

Desde hace largo tiempo —me dijo,— la

atormentan por causa mía, la dan disgustos intolerables; se la echa en cara que mi amor no puede conducirla á nada. Hay momentos que no hace caso de esas observaciones; pero está muy disgustada, mucho; sienten falta de dinero y la obligan á pensar en él. Yo la interrumpí diciendo:

—¿Hay alguien que te causa esos disgustos?

—Sí —contestó bajando la cabeza,— y como soy incapaz de engañarte, ni de engañar á otro, es preciso que nuestros amores terminen.

Hacia ya un rato que no me hablaba con dureza. Su voz estaba conmovida, brillaban lágrimas en sus ojos; parecía sufrir mucho por la pena que me causaba.

—Escúchame—la dije después de un instante de silencio;—yo no quiero dejarte; te amo locamente. Lucharé con todas mis fuerzas, á fin de no perderte. Tengo por fortuna una renta que me basta para vivir; pero no puedo disponer del capital y ponerle á disposición tuya. Puedo reunir, sin embargo, una suma importante. ¿Quieres que lo intente?

—No —me respondió,— entre nosotros no deben mediar intereses; echarían por tierra nuestro pasado tan hermoso. No salgamos de él. Yo sufro tanto como tú, te lo aseguro. Necesito un gran valor para hablarte así, pero no puedo hacerlo de otro modo... Ven á verme, trataré de consolarte, seré siempre tu amiga.

—¡Oh! ¡no! —exclamé.— ¡Verte á título de amigo! ¿Qué te atreves á proponerme?...

Cuando salga de aquí no me verás más... No te quiero así. Estás sujeta á una influencia más fuerte que la mía. Debía esperarlo. Estaba loco al confiar en la duración de nuestros amores... Adiós, y gracias por los felices días que me has hecho pasar.

Y al hablar así, lloraba como un niño.

—Vamos,—dije por fin,—esta situación no puede prolongarse. Separémonos, puesto que es preciso.

La estreché entre mis brazos, me tendió sus labios, y con un apretado beso nos dimos el postrer adiós.

Ni una lágrima se desprendía de sus ojos. Salí tambaleándome como un borracho; tuve que agarrarme á la barandilla de la escalera para no caer.

Bajé paso á paso, deteniéndome en cada escalón. Me parecía siempre que me iba á llamar. No podía haberme dicho seriamente adiós para siempre. No se sacrifica á quien se ama por una miserable cuestión de dinero. Es una prueba; ha querido saber hasta qué punto la adoraba.

Fuí bajando lentamente. Tuve que prestar atención; una voz me llamaba.

Ya había descendido un piso entero; me disponía á bajar otro. De repente oigo pronunciar mi nombre.

¡Sí, no me engaño! Levanto la cabeza y la veo inclinada sobre la barandilla de la escalera en el piso superior. Me hace señas de que suba. ¡Ah! ¡ya lo sabía yo! No podía haber concluido todo.

En un instante subí el tramo que había tardado tanto en bajar. Ya había entrado en su cuarto, pero la puerta estaba abierta. La cierrro y penetro en la sala. Ella corre hacia mí. Esta vez llora; sí, está deshecha en lágrimas, y tiene los cabellos esparcidos. ¡Qué hermosa estaba así!

¿Para qué me hace subir? ¿Qué me dirá? ¿Renunciará sin duda á la posición que la quieren dar? ¿Sacrificará su interés á nuestro amor?

—Escucha—murmuró á mi oído;—yo me había prometido ser fuerte hasta el fin; pero cuando te he visto partir, me ha faltado el valor. Acabas de decirme que acaso tú podrías sacarme de esta dificultad. ¿Quieres hacerlo? Sufro horriblemente ante la idea de quedar obligada á otro que no seas tú, y me decido á aceptar tus ofrecimientos. Tú me juzgarás mal tal vez, pero...

—¡Juzgarte mal—exclamé,—por haber tenido confianza en mí, por haberme tratado como amigo, por haber hecho todo lo posible porque pueda estar al lado tuyo! ¡No, no! Te lo agradezco infinito, te amo mucho más por tu franqueza, y por eso debo tenerla contigo. Lo que te he ofrecido no lo tengo; es preciso que lo busque. Hoy es viernes, dame de plazo hasta el lunes, y no tomes decisión alguna antes de recibir noticias mías.

—Te lo prometo.

Me marché menos desconsolado. Una esperanza me sostenía, de las más vagas é insensatas, porque reposaba en el juego.

¡Sí, el juego! No tengo en estos momentos más que una suma de dos mil francos, que poderla ofrecer. Pero gracias al juego puedo centuplicarla. ¿No se ve á cada paso en los periódicos, que con un puñado de luises, éste ó aquél, coparon una de las bancas de Alemania? Yo he visto á un amigo mío ganar catorce mil francos con dos florines. ¿Por qué no he de tener yo esa fortuna?

¿Y además no es hoy viernes y 13 de Julio? Por espíritu de contradicción muchos jugadores aseguran que este día y esta fecha reunidos tienen *buena sombra*.

En marcha, y como Alemania está algo lejos, vayamos á Bélgica.

VII

Existe, en aquella placentera comarca, una preciosa ciudad en miniatura, llamada Spa, donde el burgomaestre y los notables de las cercanías, gentes hospitalarias, si las hay, han hecho construir para solaz de los viajeros de todas las naciones, un monumento conocido con el nombre de *Kursaal*. Todas las mañanas, á las once en punto, graves personajes entran en él, abren un arca, sacan un centenar de miles de francos en oro y billetes, los colocan sobre dos mesas, una de *ruleta* y otra

de *treinta y cuarenta*, y ruegan á los viajeros que se hallan veraneando en Spa, vayan á tomar parte de aquellos cien mil francos.

Los viajeros obran con gran discreción, debo confesarlo. Ordinariamente les ocurre, que no sólo no tocan á la suma que tan generosamente se les ofrece, sino que la aumentan con sus recursos propios. Yo me habia conformado hasta ahora con esa costumbre: habia vaciado mi bolsa en la de los señores notables, y acompañado de sus bendiciones, he vuelto á París en el tren de los tronados, tren económico y de la menor velocidad posible.

Estos precedentes debieran servirme de lección. Pero si he perdido, ha sido porque jugaba por mi cuenta. Esta vez, voy á jugar por la suya. Es con su suerte con la que voy á Spa, y la fortuna, según dicen, le ha sido siempre fiel. Vamos, pues, no reflexionemos más; la suerte está echada. Los belgas esperan mi pequeño tributo.

En los *boulevares* compro la Guía de los Caminos de hierro. El tren directo para Spa sale de París á las ocho. Es tarde. ¿Qué voy á hacer hasta por la noche? Para distraer mis penas, necesito movimiento, vida, un expreso que me lleve á todo vapor y me permita olvidárlas.

Otro tren parte para Bélgica á las cinco, pero se detiene en Lieja. Pasaré la noche en esta ciudad, y saldré para Spa mañana por la mañana. Llegaré descansado y dispuesto á la hora en que se abra la banca; ya pueden asegurarse bien los banqueros.

VIII

Entré en mi casa; mi equipaje quedó hecho bien pronto. Puse en una cartera mi modesto capital, y el retrato suyo que debía servirme de talismán. Tomé un coche y llegué á la estación del Norte.

¿No hay nadie que yo conozca? ¿Nadie que, como yo, vaya á tentar fortuna? No. No salen hoy para Bélgica, más que gentes sensatas. ¡Cuánto me voy á fastidiar! Sin embargo... Si, allí veo una cara conocida.

— ¡Hola! ¡Qué encuentro más feliz! ¿Dónde os dirigís?

— A Lieja, á ver las regatas que habrá en el Mosa, en las que tomarán parte mil embarcaciones.

— Yo voy á Spa, pero haré noche en Lieja.

— Perfectamente. Si tomásemos un *coupé* estaríamos seguros de que nadie nos molestaría.

— Tenéis razón. Pero, ¿sabéis—dije mirando á mi amigo,—que tenéis muy mala sombra?

— ¿Por qué?

— Porque habéis dado con el más insulso de los compañeros de viaje; voy á estar durante todo el camino, silencioso, gruñón y

soñoliento. Me hablaréis y no entenderé ni una palabra de lo que me digáis; haréis un derroche de amabilidad en mi obsequio y no os lo agradeceré.

— Pues á mi vez, yo fumaré cómodamente en mi rincón. Os prefiero, á pesar de todas esas advertencias, á cualquiera de esos mercaderes de remolacha y de carbón que nos rodean.

— Esta preferencia me honra. La hora de salida va á dar, coloquémonos en nuestros asientos.

Mi compañero, Pablo C..., joven muy conocido, tomó uno de los rincones, y yo ocupé el otro. No dijo ni una palabra; yo no hice más que soñar. ¿Ganaré, ó perderé? ¿La volveré á ver, ó no la veré más? ¿Me ama aún, ó no me ama ya? Tales fueron las espirituales preguntas que no cesé de dirigirme, y el círculo vicioso en que giré con regularidad desesperante.

En Compiègne, mi amigo, que acababa de encender su cuarto cigarro, y daba desde Chantilly señales de impaciencia, no pudo ya contenerse, y me dijo:

— ¿De modo que estáis enamorado?

— ¡Qué perspicacia la vuestra! No me asombra en verdad. Es preciso estar enamorado para ser tan ridículo como en estos momentos lo soy yo.

— Habladme de ella. Os hará bien.

— Lo creéis así.

— Lo espero. Yo también me he encontrado en el mismo caso que vos.

—Me infundís aliento. Pero tened mucho cuidado, porque así que empiece no pararé nunca.

—Os prometo no interrumpiros hasta la frontera.

—No está muy lejos. Por tanto comienzo sin más tardanza.

Pablo C... confiaba demasiado en sus fuerzas. Como es hombre perfectamente educado, estábamos ya en Saint-Quentin y aún me escuchaba, pero en Maubeuge se rindió. Entonces empecé de nuevo mis soliloquios.

A la una de la madrugada entramos en la buena ciudad de Lieja, que descansaba sumergida en profundo sueño. ¡Qué felices son estos liejeses! Oyéseles roncar á través de los muros de sus casas. Durante el día se habrán ocupado calmosamente, y sin apresurarse, de sus asuntos; habrán contado los sacos de escudos; habrán bebido una veintena de *chopes*, y fumado una libra de tabaco en sus grandes pipas de porcelana. Al caer la tarde, después de un sosegado paseo, por la orilla del Mosa ó por el boulevard *Sauvènière*, han vuelto á sus casas, han acariciado las sonrosadas mejillas de sus mujeres, y después de fumar una nueva pipa y beber su *chope* número veintiuno, reposan sin preocuparse del día siguiente. ¡Qué vida tan tranquila y tan buena al abrigo de toda pasión violenta! ¡En vez de ir á Spa debería quedarme en Lieja, en las alturas de Santa Walburge, para terminar allí mis días!

IX

Al día siguiente me separé de mi compañero. Sin tratar de retenerme á su lado, y esta prudente discreción se explica, se limitó á descarme una curación completa de mis males. En hora y media me condujo el tren á Pepinster primero, y después á Spa.

Ya te veo tal como te dejé, mi cómplice antigua, con tus calles bien alineadas, tus casas blancas, tus elegantes tiendas, tus anchas avenidas con árboles seculares, y tu paseo de las siete con músicas al aire libre. En verdad, mala hembra, que cualquiera te tomaría por una ciudad honrada y trabajadora. Te asemejas á ciertas mujeres que yo conozco, de reservado talante, exterior sencillo y maneras distinguidas. Las encontramos en nuestro camino, hacen que notemos en ellas, tratamos de serles presentados y bien pronto decimos: — Es una persona agradable y buena, podemos dejarnos ir de la inclinación que á ellas nos arrastra, podemos entregarla nuestro corazón, tendrán con él el mayor cuidado. — En efecto, le pone al lado del suyo, le consuela, le reanima; pero el día menos pensado, cuando está ya bien templado y se ha acostumbrado hasta á los más pequeños hábitos del suyo,

de repente aquella persona buena y agradable se desenmascara y dice:—Me has creído una mujer honrada, yo no soy más que una cortesana, trátame en adelante como una de tantas, ó véte. La bolsa ó la vida.

Tal es Spa. Después de haber recorrido con seguridad completa sus calles tranquilas, se detiene uno ante un edificio que parece el más honrado de todos. Una escalinata de estilo correcto os invita á subir; criados de plácido semblante se atropellan por salir á vuestro encuentro á abriros la puerta; entráis, os aproximáis á una mesa alrededor de la cual veis reunidas mujeres casadas, madres de familia, y solteras de inmaculada pureza; de seguro decís: aquí está la dicha, la fortuna.. y una hora más tarde, arruinados, desesperados, locos, huís del santuario.

Pero yo, hace mucho tiempo ya, arranqué la careta á la hipócrita, sus artificios me son conocidos, su aire de virtud no hacen en mí mella... Vamos, ¿comenzamos el ataque? Estoy ardiendo en deseos de conocer mi suerte... Pero no, tengamos calma. Los caballeros antiguos, cuando iban á combatir por el honor de sus damas, las saludaban antes de cruzar sus lanzas. Yo que voy á pelear por la fortuna de mi beldad, debo escribirla algunas líneas; me parece que me encontraré más fuerte en el momento de la lucha.

¡Ah! qué bien hará mi letra sobre papel de Spa, con viñeta, representando el *Kursaal*.

No es cuestión para mí—la decía,—ganar ó perder dinero; se trata de conquistarle para

siempre contra todos y á pesar de todos; de adquirir para mí y para ti el derecho de amarnos á nuestro placer, sin que nadie encuentre nada que decir. Mi felicidad y mi vida se hallan en juego; si pierdo, saldré desesperado de la lucha; pero entonces no te pido más que me reserves un lugar en tus buenos recuerdos...

A través de la abierta ventana oi estas palabras tan conocidas: *tres, encarnado, impar, pierde*. Mis dos mil francos están en mi bolsillo, y acabo de poner en mi cadena de reloj un talismán que ella me ha dado. ¡En marcha!

X

¡Cuánta gente en la mesa de la *ruleta*! Es imposible encontrar sitio. Hay allí una multitud de gentes que no juegan y á quienes se debería prohibir la entrada en el *Kursaal*. Si no tenéis afición al juego, ¿qué venís á hacer aquí? ¿Gozar con las nuestras acaso? asistir á nuestra ruina, frotaros las manos de gusto diciendo no somos nosotros tan tontos! En verdad que es una distracción agradable, y económica sobre todo.

Pude, por fin, sentarme. El *croupier* encargado de echar la bola en el cilindro no me gusta. Es imposible que gane hasta que sea

reemplazado por otro. Mis vecinos tampoco me agradan mucho: la cara de un señor grueso que está á mi izquierda ha de tener muy *mala sombra* para mí, con toda seguridad. Esperaré á jugar cuando se marche. No puede tardar en hacerlo, acaba de poner, dando profundos suspiros, su último billete de Banco.

¿No es la célebre condesa rusa, la señora de K... aquélla que veo frente á mi? Si es, no hay nadie en el mundo que se parezca á ella, es única en su género. Había hecho por Spa, una infidelidad á Homburg, su residencia habitual. No ha envejecido nada; sabe llevar muy bien sus setenta años. De seguro conocéis sus costumbres. A las once en punto de la mañana entra en los salones del *Kursaal* apoyándose en dos criados, ó en una silla de manos. Se sienta en la mesa de *ruleta*, lo más cerca posible del cilindro, á fin de seguir con la vista las bolas, y después colocar á su lado su caja de rapé de concha, un saco de seda verde, lápices y papel destinados á sus cálculos, hace una pila con el oro, otra con la plata, y deja también un mazo de billetes. Al empezar el juego, se limpia las narices, tose, estornuda, come pastillas, y se la oyen soliloquios como estos: — ¡Es extraño! El número 36 no sale nunca! Más de una hora hace que estoy tras él. ¡Si estará el cilindro desarreglado! Se impacienta, ríe, se encoleriza, increpa á los banqueros, les dice mil tonterías, y hasta les da en los dedos con la *raqueta*. Este entretenimiento diario le tiene hace muchos

años, y díese que ha producido dos millones de francos, lo menos, á las bancas de Alemania. Y no terminará, sin duda alguna, hasta que muera la condesa, que se quedará insensible y dulcemente cualquier tarde, al pie de la mesa de *ruleta*, murmurando por última vez entre dientes: *el cilindro debe estar desarreglado*.

Pero no estoy aquí para ocuparme tan sólo de la condesa K... El *croupier* que tanto me desagrada acaba de ceder su asiento á un joven cuya fisonomía me parece simpática. Acaso sea el hijo del burgomaestre. Spa es una ciudad patriarcal, ya lo he dicho antes; todo pasa allí entre familia; las autoridades todas en más ó en menos, son accionistas de la casa de juego, y para vigilar desde cerca sus intereses ejercen en el *Kursaal* distintos cargos.

El que antes estaba á mi lado desapareció al mismo tiempo que su último franco, cediendo su sitio á una joven demasiado bonita para que la suerte huya de ella.

Dí á cambiar un billete de quinientos francos. En cuanto le pierda me iré á la mesa del *treinta y cuarenta*. Si juego ahora en la *ruleta* es tan sólo por probar mi suerte, porque yo tengo la misma creencia que los hermanos Blanco, que al ver á sus criados acercar sillas ordinarias á los jugadores de *ruleta* les gritaban: — Butacas, butacas doradas para esos señores. Me han hecho ganar tanto dinero, que no podría nunca darles pruebas bastantes de mi agradecimiento.

Puse un luis á un *pleno* y acerté. Apunté después la ganancia al *encarnado* y salió. Paso al *negro*, pongo la mitad y gano. Juego veinticinco luses á la *transversal* y gano también. Tenía cerca de cinco mil francos delante de mí.

Debería contentarme con ellos. Estos cinco mil francos acaso fuesen suficientes. No, estoy de suerte, debo aprovecharla. Me parece que es justa. El *treinta y seis* salió y yo le había rodeado de luses. Tratemos de probar los *ceros* y juguemos el máximo á *caballo*. Me equivoqué, ganó el *trece*. Voy á éste; va á volver á salir.

Cero negro, dice el banquero.

Es preciso alternar, jugar ahora el *cero* y después el *trece*; era poseedor de una suma respetable; me dieron ideas de partir inmediatamente, y mañana... ¡Pero en vez de eso!...

¡Qué! ¿me voy á abatir por este golpe? ¿Y qué pierdo yo después de todo? Unos cuantos luses, una bagatela. Es una mala pasada que me hace la suerte para intimidarme y hacerme perder ánimos. Pero te conozco, guasona, y no te tengo miedo; para probártelo pongo cincuenta luses: veinticinco luses á los *ceros* y veinticinco luses al *negro*. Ganaré por un lado ó por otro.

Hagan juego, dice el banquero, y mete la bola en el cilindro.

¿Está hecho?

¿No va más? añadió un instante después. La bola se para, y el banquero dice con su monótona voz:

Primera, encarnado, impar, pierde.

Perdí en todas partes, y la odiosa *raqueta* del banquero se me llevó de un golpe mil quinientos cuarenta francos.

Esta vez aproveché la lección y me levanté. Mis ganancias eran aún más de tres mil francos, que unidos á la primera postura, me permitían entrar en el *treinta y cuarenta* con probabilidades de éxito. Salí á tomar el aire; deseaba tener la cabeza fresca y reposada antes de empezar el ataque. Muchas gentes del país se apresuraban á ofrecerme un carruaje. Me proponían ir á dar la vuelta á las fuentes, empezando por la de Gêronstère y acabando en la de los Toneles. ¡Son tan preciosas! ¡Si creerían que había hecho un viaje de cien leguas por ver los paseos de Spa! En una ciudad dedicada al juego, tan sólo existe para mí el *Kursaal*, y no me separo nunca de él. Soy de la misma clase que aquel inglés que, después de haber estado un mes en Homburg, se quedó asombrado al saber que iban allí muchas personas á tomar aguas medicinales y á seguir un tratamiento serio. Cuando lo supo, estaba decidido á volverse á su país, con una gran cantidad ganada en varios días, al *treinta y cuarenta*. La cuenta de la fonda la había pagado ya, el coche le esperaba para conducirlo al camino de hierro.

—¿Y qué clase de enfermedades curan estas aguas? —cometió la imprudencia de preguntar.

—Muchas; pero son sobre todo eficaces para el mal de piedra —le respondieron.

—¡El mal de piedra! Pues yo sufro por su

causa horriblemente; ¿y creéis que estas aguas me curarian?

—Con toda seguridad.

—Pues no me marcho. Que vuelvan á subir mi equipaje.

Y mientras esperaba la hora de tomar su primer baño, volvió al *treinta y cuarenta*, que le llevó todas las ganancias de los días anteriores.

Desde hace dos años no ha salido de Homburg; la mitad de su vida la pasa en el establecimiento termal, y la otra mitad en el salón de juego. Por eso está ya completamente arruinado. Pero si no tiene dinero, en cambio el mal de piedra no le abandona nunca.

No quise tomar ninguno de los carruajes que me propusieron, y me contenté con sentarme en el café que hay establecido en el piso bajo del *Kursaal*.

De una mesa próxima á la mía salió un profundo suspiro.

—¡Bueno!—me dije,—ese es un suspiro de un *tronado*; los conozco bien. Va á tratar de trabar conversación conmigo; pongámonos en guardia.

No habiendo producido el suspiro el efecto apetecido, mi vecino me dirigió la palabra.

—Caballero—me dijo con la mayor amabilidad,—me parece que he tenido el placer de encontraros alguna vez en otra parte.

—No lo creo—le respondí, con aspereza completamente inglesa.

Nuevo suspiro de mi vecino, que volvió á decir á los cinco minutos.

—Me chocaba hace muy poco vuestro modo de jugar á la *ruleta*; habéis debido ganar mucho.

—No tal, he perdido.

—¡Ah! ¡entonces, como yo!

Dejé prudentemente aquella conversación que se iba haciendo cada vez más alarmante; pero él la reanudó.

—Imaginaos que he llegado á Spa hará unos quince días, con veinticinco mil francos.

—Ha sido una imprudencia—dije echando una ojeada á mi interlocutor, que en su vida había tenido, de seguro, ni la décima parte de esa suma.

—Sí, señor, una gravísima imprudencia, porque los he perdido todos.

—Lo creo.

—Y no sé qué va á ser de mí; no tengo dinero para vivir en Spa, y no puedo marcharme, porque debo en todas partes.

—Dirijios al contratista de los juegos; tiene un singular placer en poner algunos luses á disposición de las víctimas de la mala suerte que desean regresar á sus casas.

—Me ha dado ya quince luses con ese objeto, y en vez de tomar el ferrocarril he jugado, y ya sabéis...

—Sí, lo sé, pero ¿qué queréis que yo haga?

—Que me prestéis cinco francos.

—¡Bueno! no habléis más. Tomad este luis y no le vayáis á jugar.

—¡Me guardaré muy bien!

Hé aquí una buena acción que me ha de

29760

traer la mala suerte. En el juego es preciso ser duro, insolente, insensible. La fortuna se parece á ciertas mujeres, á quienes se debe tratar brutalmente si quiere uno conquistarlas. La dulzura y la delicadeza no las conmueve.

Entré en mi hotel, á fin de tomar precauciones contra mí. Sería absurdo perder mis cinco mil francos en una sola sesión. Los dividí en varias partes, que puse en los diferentes cajones de mi mesa.

Primer cajón. Diez luises para gastos de hotel y viaje de vuelta. Hice juramento solemne de no tocar á ellos, sucediese lo que sucediese, antes de la hora de mi partida.

Segundo cajón. Los dos mil francos que he traído de París. Si pierdo lo que he ganado es lo menos que he de llevarme con mi primera puesta.

Tercer cajón. Mil francos, que juro han de ser los únicos que he de jugar esta tarde.

Cuarto cajón. Otros mil francos, que me servirán para tantear mañana la suerte si hoy me es contraria.

Estas dos últimas cantidades representan lo que podemos llamar la retaguardia. Entrarán en juego solamente, cuando la vanguardia, compuesta de cincuenta luises, pierda la batalla que voy inmediatamente á librar.

Después de tomadas estas precauciones eché una ojeada sobre mi traje para asegurarme de que todos mis talismanes estaban en sus sitios, y salí de mi cuarto.

¡Calla! ocupó el cuarto núm. 13; es un buen agüero. Todo me hace creer que voy á ganar inmensamente.

Y si fuese cierto que ganase mucho, ¿iría el lunes á llevarlo? ¿No sería ridículo, á mi edad y en mi posición, hacer tales larguezas? Ella se burlaría de mí, y tendría razón. Si se tratase de un nuevo amor, de una nueva conquista... Pero este amor data ya de muchos meses y ha sido ya vencido... ¡En fin, ya veremos!

Decididamente el aire de Spa conviene á mis pulmones: respiro más fácilmente, no dudo de nada, me ha vuelto el apetito, estoy menos nervioso.

Tengo una alegría loca: he encontrado al salir del *Hôtel de l'Orange* á D... principal contratista de juegos en Spa, y le he dicho:

—Voy á copar la banca, os voy á ganar cien mil francos. Entremos en tratos: dadme quinque mil que necesito para pagar una cuenta, y me marcho sin jugar.

—Estoy convencido—me respondió,—de que haría un excelente negocio, pero no puedo aceptar el trato: sería dar un mal ejemplo. Además, vos me sois simpático y no me incomodaría porque copaseis la banca. Los noticieros no dejarían de hablar en sus respectivos periódicos de vuestra suerte, y afluirán muchos extranjeros á Spa. Tengo calculado que duplican mis beneficios la semana siguiente á aquella en que la banca sufre cualquier accidente de estos. La noticia del desastre envalentona y aguijonea á todos los jugadores

de Europa. Y por último, el trato que me proponéis en broma, me le ofrecen todos los días en serio. Ahí tenéis, leed esa carta:

Sr. contratista de los juegos:

He descubierto una combinación infalible para hacer quebrar todas las bancas de treinta y cuarenta. Pero aborrezco el juego, desdén la fortuna, y si convenís conmigo en asegurarme una renta anual de doce mil francos, me comprometo por mi honor, á no poner jamás los pies en Spu. Dignaos dirigirme la respuesta á M. H... (á la lista), París. Si en el término de tres días, por cualquier causa, no me habeis contestado, saldré inmediatamente para Bélgica, venceré la repugnancia que me inspira el juego, y os arruinaré en muy poco tiempo, no por enriquecerme, sino para enseñaros á hacer caso de la advertencia que os dirige un matemático, hombre honrado.

—¿Y permanecisteis insensible á esas amenazas?

—Como á las vuestras.

—Hacéis muy mal —le dije riéndome.— Os voy á arruinar esta misma tarde. Adiós.

Me alejaba ya, cuando D... me llamó para decirme:

—Ya sabéis, si necesitáis diez luisas para volveros á Francia, mi caja está á vuestra disposición.

—Está bien —dije,— y murmuré entre dientes: *al freir será el reir.*

XI

Ya estoy otra vez en el *Kursaal*. ¿Qué voy á jugar? ¿La tercera parte nada más, ó todo? Es prudente, en el *treinta y cuarenta*, tener algo de sistema y moderarse... Decididamente, buscaré una serie, es decir, pondré á una carta la mitad. Si tengo la suerte de dar una serie de diez ó doce *pases, golpes* que se ven todos los días, me he salvado.

Sin más tardar me senté cerca del banquero para cuidar mejor de mi dinero, y *sali por cinco luisas*, que puse al encarnado.

—*Encarnado pierde, color gana*—dijo el banquero.—*Encarnado y color gana. Encarnado y color pierde.*—Si continúa esta intermitencia, mi primer puesta no resistirá mucho tiempo.

Todo lo que duró esta banca ocurrió lo mismo. No hubo más que *tres pases* seguidos á favor del *negro*, y otros *tres al encarnado*, que no aproveché, porque no dupliqué la postura sino en el quinto *pase*.

Mi billete de mil francos desapareció, y me levanté.

¿En qué iba á pasar el tiempo hasta la hora de comer? Había jurado no tocar mi segundo billete hasta por la noche. He hecho mal, ten-

go el presentimiento de que van á empezarse á dar *series*, y un jugador viejo, con quien cambié algunas palabras, me dijo que desde hace dos días cesan las *intermitencias* de cuatro á cinco.

Precisamente dan las cuatro. Me devolveré mi palabra; yo fui quien me la dí, pues en libertad estoy de no cumplirla.

¡Ea! voy al hotel á buscar mi segundo billete de mil francos; en una ciudad extraña y fuera del país de uno, es conveniente tener el dinero encima por lo que pueda ocurrir. Además, que los muebles de los hoteles cierran muy mal, y me podrían robar con la mayor facilidad.

Entro de nuevo en el *Kursaal* con otros mil francos. Sentí cierto rumor en la mesa del treinta y cuarenta; me enteré y supe que el negro acababa de darse *doce veces*; el jugador viejo que antes cité había ganado lo menos veinte mil francos.

Esto no le sucede á nadie más que á mi; es para desesperarse. Pero con cincuenta lises en el bolsillo un jugador no se desespera nunca. Me senté y empecé á apuntar, convencido de que no tardaría en darse una nueva serie.

— *Tres encarnados.* — *Dos negros.* — *Un encarnado.* — *Un negro.* — *Dos encarnados.* — *Tres negros.* — *Un encarnado.*

En vez de buscar la serie en el *encarnado* ó en el *negro*, voy á buscarla en el *color* y en el *contra*. No obtengo resultado ninguno: mi segundo billete de mil francos voló como el primero.

Debiera aprovechar esta ocasión para ir á comer; pero no tengo ganas, he vuelto á pensar en mi amor... Si, á medida que ella se me escapa, porque á cada billete que pierdo se aleja más de mí, la quiero más ardientemente. Conozco que la pierdo, y por eso mismo la adoro. Lo que es ahora no vacilo como hace poco en entregarla todo lo que gane.

¿Qué hará en estos momentos? Estará en familia cerca de su genio maléfico que le dirá: Olvida á ese chico, que no puede serte útil para nada, piensa en tu porvenir. Y ella se resiste, piensa en mí, á través del espacio su corazón se hace un ovillo junto al mío. Pero imprudente, ¡si eres tú quien me hace perder! ¿Has olvidado el antiquísimo refrán: *Desgraciado en el juego, afortunado en amores?* Si es cierto debes amarme mucho en este momento. Amame un poco menos, te lo ruego, hasta esta noche. Cuando no juegue, entonces volverás á pensar en ello.

¿Qué voy á hacer mañana en Spa? ¿Por qué he de perder un día? Sería más sencillo terminar hoy aquí y salir mañana en el expreso de las once. Aún tengo dos mil quinientos francos. Es preciso llevarlos sobre mí para evitarme nuevas idas y venidas al hotel, puesto que las *series* se presentan cuando vengo en busca de refuerzos.

Esto es hecho; mis soldados están en línea de batalla, todas mis tropas tomarán parte en ella; hasta la retaguardia recibirá orden de marcha. Adelante.

Esta vez jugué como un loco; no guardé la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONDO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

menor regla de conducta; apunté diez luises, veinte, cincuenta, á medida de mi capricho; mis nervios, sobreexcitados desde la víspera, no me permitían ser dueño de mí; el juego me había mareado por completo. Pierdo, gano, vuelvo á perder para ganar de nuevo. Una especie de niebla me rodea, impidiéndome distinguir las cartas que desfilan ante mi vista; el zumbido de mis oídos no deja llegar á mí la monotonía voz del banquero cantando los *puntos*; no percibo más que la mano del *croupier* ocupándose en dar ó recoger montones de oro y billetes de Banco.

Ganaba y mucho. Juego desde hace un instante el máximo y reuno más de treinta mil francos de ganancia.

Todos los puntos tenían los ojos fijos en mí. Yo no veía aquellas miradas, pero las adivinaba, las sentía. Una voz murmura: *Va á copar la banca*. Estas palabras me dejaron helado. Me pareció que habían de traerme *la mala*, sin poderme dar cuenta de tal presentimiento. Y es que no jugaba ya, ni por mí, ni por ella, sino por la gente que me miraba. Por encima del dinero y del amor, sobresalía la vanidad, el orgullo de jugador. Mi embriaguez era completa.

Perdí dos puestas de seis mil francos. Detente, imprudente, economiza tu suerte, no agotes el filón.

¡No! ¡Haré quebrar la banca! ¡Quiero coparla!

XII

¡Has sido tú el *copado*! Has perdido oro, plata y billetes. Aquella gente que hace poco te admiraba, se ha marchado encogiéndose de hombros. Vamos, cede el sitio á otros tan locos como tú.

Salgo, me paseo durante una hora, diciéndome que todo está perdido, que no la volveré á ver más. De repente una idea hiere mi imaginación. Tengo aún en el hotel el dinero para el viaje de ida; voy á buscarle, y... le pierdo.

En el patio del Casino encuentro al sujeto que me habló en el café; se le ve más contento; cuenta billetes de Banco. Con el luis que yo le di se ha enriquecido. ¡Si yo se le pidiese! ¿Y por qué no?

Dice que prefiere devolverle en Paris. Tiene mala sombra pagar deudas.

Vuelvo á entrar en el *Hôtel de l'Orange*. ¿Qué otra cosa mejor podría hacer que acostarme? ¡Ay! no puedo dormir: en el cuarto inmediato al mío un jugador afortunado suena el óró y entona cantos de victoria. ¡Estoy por quejarme al dueño de la fonda, esto es insufrible! Los hoteles de una ciudad dedicada al juego deberían estar divididos en dos clases: unos

para los gananciosos: otros para los arruinados. Es sabido que el jugador afortunado no duerme, pasa la noche en contar el dinero y hacer castillos en el aire: es hablador, hace mucho ruido é incomoda como nadie. El jugador desgraciado, por el contrario, viéndose en mil aprietos para pagar al día siguiente la cuenta de la fonda, está triste, silencioso, se hace el chiquito, habla á los mozos con respeto y no piensa más que en entregarse al sueño, para olvidar sus pérdidas.

A las tres de la madrugada, á pesar de mis enérgicas observaciones, mi fastidioso vecino se dignó apagar la bugía y dormirse. Me apresuré á hacer otro tanto; pero mis nervios estaban irritados con tan largo insomnio, y me vi presa de horribles pesadillas. Los *croupiers* del *treinta y cuarenta* se me aparecían en sueños y los oía gritar:

— *Hagan juego.*

— *Negro y color ganan.*

Hasta á ella la entreveía en mi sueño. Estaba tendida sobre una mesa de *ruleta* cubierta de billetes de Banco; tenía en vez de brazos y piernas, *raquetas* de *croupier*; su corazón estaba reemplazado por un *cilindro de cobre*.

A las nueve me despertó sobresaltado la voz de mi vecino. Se había levantado ya y se informaba por medio del mozo, de la hora en que se abría la sala de juego.

— A las once, le respondió.

— Pronto, pronto entonces, agua caliente, que venga un barbero, y tráeme el almuer-

zo. Quiero llegar de los primeros para elegir sitio.

Estas palabras me reaniman; antes de que termine el día de hoy, el *treinta y cuarenta* me habrá vengado.

Yo no debo pensar más que en volver á París lo más pronto posible; ¿pero cómo? Ayer por la noche jugué hasta mi último luis. Felizmente el contratista de los juegos se puso á mi disposición. Me espera sin duda en este momento, porque los jefes de las partidas le habrán dado ya cuenta de los incidentes ocurridos el día antes, y sabe con pocos luses de diferencia, el alcance de mis pérdidas. ¡Qué notables son esos jefes de partida! Ellos ven, oyen y notan todo; mientras nosotros, entregados en cuerpo y alma al juego, no percibimos más que el ruido del oro, y no vemos más que las cartas, esos hombres nos observan, nos desenmascaran y escudriñan nuestros pensamientos. Cuando no saben nuestros nombres, nos dan entre ellos motes apropiados á nuestra manera de jugar; el *áspero*, el de los *talismanés*, el *soñador*, el *encarnado*, el *negro*, el de *columnas*, el *pleno*: y estos motes nos duran á veces hasta el año siguiente, cuando volvemos á sus dominios.

Me visto, salgo, y me dirijo á la pequeña caseta de todos conocida, ocupada por el contratista de los juegos. Cuatro ó cinco personas le esperan ya en la antesala; en sus caras alicaidas se echa de ver que pertenecen al número de los tronados. Van á pedir de diez á cincuenta francos para volver á su país na-

tal. Muchos de ellos han recibido ya el dinero del viaje; pero en vez de ir á tomar los billetes han vuelto al juego y han perdido. A estos les acompaña hasta el ferrocarril un empleado del *Kursaal*: les paga los billetes y les vigila hasta que sale el tren.

Al momento que pasaron mi tarjeta al señor D... la puerta de su gabinete se abrió ruidosamente y vi salir á un hombre exclamando:

—Os digo que me mataré hoy mismo en vuestros salones; mi muerte hará mucho ruido, y esta ratonera será cerrada.

—Está bien— responde con calma el contrastista, —estoy acostumbrado á esas amenazas; me las han hecho un centenar de veces todos los veranos. Suicidaos, si os place, pero no os daré ni un florin y avisaré á la policia.

Al instante el hombre aquél desapareció sin decir ni una palabra, y al verme el señor D... se sonrió y me hizo entrar.

—Vamos— me dijo, —sé que habéis estado á punto de arruinarme, á mí y á mis accionistas. ¡Qué atroz habéis sido: ponerlo todo de una vez! ¡Pensar que habéis tenido, un instante, treinta y dos mil francos en vuestro poder!

—¡Ah!— exclamé, —no renovéis mis dolores; no podré consolarme nunca de haber tenido la fortuna en mis manos, y la he dejado marchar, sin aprovecharme nada.

—Comprendo vuestros pesares— me respondió el señor D... —pero permitidme que no participe de ellos.

De repente añadió:

—¿Cuánto habéis traído de París y cuánto habéis perdido?

—Dos mil francos.

—Eso es— dijo consultando sus notas, —el *enamorado* llegó con dos mil francos, ganó hasta treinta y cinco mil y volvió á perder hasta la primer postura.

—¡El *enamorado*!— dije yo asombrado.— ¿Es así como vuestras notas me designan? ¿Cómo se sabe eso?

—Nada más sencillo. Cuando haciais un buen golpe, sacabais del bolsillo una fotografia que acariciabais con vuestras miradas. Evidentemente era el retrato de una querida, que se convirtió en talismán en vuestras manos... Y ahora que no tenéis dinero y queréis volveros á París, ya sabéis que tengo diez luises á vuestra disposición. Hélos aquí, hacedme un recibo.

Un instante después me separé del señor D... y cedi el sitio á otro visitante.

Entré en el hotel, hice el equipaje, pagué mi cuenta, que no era muy subida, y me paseé por la ciudad esperando la hora de la salida del tren. Al volver una esquina me encontré con el prestatario mío de la vispera. A su vista se me ocurrió una idea... Si él ha podido enriquecerse con un luís, ¿por qué no he de intentar la fortuna con lo que me queda después de pagar el hotel? Pero, ¿y el viaje?... Me costará lo más cuarenta francos; puedo, pues, disponer de cinco luises. Y si en un instante se me van, ¿qué voy á hacer hasta maña-

na? Veinticuatro horas sin dinero en una población dedicada al juego, son mortales... Hallé medios de conciliarlo todo: los salones del *Kursaal* se abren á las once, el tren no parte, en realidad, hasta las once y treinta y cinco, tengo lo menos veinte minutos por delante. Si gano, me quedaré un día más, y si pierdo me marcharé inmediatamente. Si, pero M. D... no me ha prestado sus doscientos francos para jugar en contra suya; se hubiese guardado muy bien de darme armas para combatirle; ¡estaría bueno que le desbancase! ¡Bah! es dinero mio, después de todo; ¿no he firmado un recibo que tendré que recoger? ¡Atrás escrúpulos exagerados, timidez tonta, falsa delicadeza!

Volví de nuevo al hotel, hice que cargasen mi equipaje en el omnibus, entregué al conductor los cuarenta francos destinados á mi billete de primera, que no le tomará hasta el último momento, llamé á un cochero, á quien pagué adelantado por prudencia, y me dirigí al Casino. Las once daban; entro y subo precipitadamente la escalera. Los jefes de las partidas están haciendo sus cuentas y preparando el dinero; por fin uno de ellos pronuncia esas palabras tantas veces murmuradas á mi oído:

—Señores, *hagan juego*.

¡A los diez minutos mis cinco luises habían desaparecido!

XIII

Ya me encuentro en la estación. No me preocupa otra idea que encontrar un coche donde pueda entregarme al sueño, ahora mi único consuelo; en la primer portezuela que abrí, fui acogido con estas palabras:

—Dispense usted, caballero, este departamento es el reservado para los *tronados*.

—Pues precisamente es el que busco.

Al entrar yo, estallaron ruidosas y alegres carcajadas; me hallaba en presencia de tres parisienses muy conocidos, todos amigos míos.

—¡Vosotros aquí!—les dije.—¿Pues cómo no os vi ayer en el Casino?

—Porque no hemos salido en todo el día de nuestros cuartos. Nos dejaron anteayer sin un franco y esperábamos dinero.

—No teniais más que pasar una tarjeta al contratista del juego y os hubiera prestado algo.

—Ya lo había hecho ocho días seguidos, todas las mañanas, y por cortesía se lo devolvíamos en el día.

—¿De modo que acabáis de entregárselo ahora?

—Uno de nosotros ha sido el que ha tenido el singular placer de recibirlo. Quería mar-

char hoy de aquí á todo trance, y como al salir de París nos habíamos obligado á volver juntos, ha pagado las cuentas del fondista de los tres, y nos ha tomado los billetes de vuelta. Y ahora para hacer toda clase de locuras en el camino, ¿cuánto dirás que nos queda?... Dos francos y medio.

—Pues señores— les dije con arrogancia,— voy á confiarles mi fortuna.

Y uní á la masa común un franco veinticinco céntimos, que era lo que tenía.

Se oyó un silbido y el tren partió. Parece como que respetaban nuestra desgracia; íbamos solos en nuestro compartimiento. Entonces empezó la conversación más alegre que puede imaginarse. Cada cual refirió sus aventuras y sus infortunios con esa alegría propia y exclusiva de parisienses que viajan, aunque les hayan dejado sin blanca.

Estamos ya en Pepinster. En esta estación se deja el ramal de Spa, y se toma la extensa línea que conduce á París. Nos apeamos del coche y nos paseamos un rato por el andén. Uno de mis compañeros de viaje propuso que entrásemos en la fonda por pasar el tiempo. Inmediatamente se le puso el fondo social ante su vista y se le hizo comprender que debía moderar sus pasiones.

Dieron la señal de llegada del tren de Colonia. Se paró y fuimos á apoderarnos de un coche vacío, cuando en la portezuela del compartimiento inmediato, vimos una preciosa cabeza de mujer. R... la conocía; verla, abrir la portezuela, seguirle todos los demás é in-

vadir el compartimiento que ella ocupaba, fué obra de un segundo.

—¡Calla, eres tú!

—El mismo, y estos amigos que te presento.

—Los conozco. Felices, señores.

—¿De dónde vienes?

—De Colonia, donde tengo una tia.

—¡Una tia, tú! Vaya, me parece que exageras. Si tú no has tenido familia nunca.

—¡Ea! ¿ya empiezas á faltarme?

—Y vosotros, ¿de dónde salís?

—De Spa...

—Y qué ¿habéis ganado?

—¡Sí, mira!

Y pusimos ante sus ojos nuestros tres francos setenta y cinco céntimos.

—Y yo que contaba con vosotros para almorzar— dijo,— prorrumpiendo en alegres carcajadas.

—Qué, ¿tampoco tienes dinero?

—¿No sabes que tengo hecho voto de no llevar nunca un luis en el bolsillo?

—¿Pues cómo viajas?

—Me toman los billetes y me alimento en el camino como Dios me da á entender. No siempre me sucede encontrar... *tipos* como vosotros.

Y decía la verdad; esta chica, que hace poco tiempo llama la atención de París y gasta cien mil francos todos los inviernos, no ha tenido diez luises juntos en su portamonedas, tanto es lo que confía en su propia fama. Es la criatura más loca del mundo. Su última aventura puede contarse como entretenimien-

to de viaje. Hacía comercio... de amistad con un muchacho muy rico, pero muy joven; tanto, que servía como voluntario en un regimiento de caballería. Como se consumiese de hastío en el pueblo donde estaba de guarnición, escribió un día á X... *Vente y me ayudarás á tener paciencia*. X... salió de París y llegó al pueblo de... con su cestita de mano y sus preciosos ojos negros. Era lo único que llevaba. El joven en cuestión, que voluntariamente había sentado plaza en el ejército por pura afición, para hacer debidamente los honores á tan amable visita, empezó á descuidar el servicio y á reemplazar los paseos militares por excursiones alegres á todos los pueblos cercanos. No tardó mucho en hacerse notar aquella chica, de maneras desenvueltas, siempre al lado de nuestro joven soldado. El capitán de la compañía se enteró y dió cuenta al coronel, que hizo ir á su presencia al voluntario parisién. Este olvidó su modesto rango militar, no se acordó más que de su brillante posición en la sociedad, y faltó al respeto á su jefe. Resultado: quince días de calabozo y el aumento de un año de servicio en el ejército. Desesperación del individuo, sentimiento de pesar en su compañera. ¿No era ella quien había causado la desgracia del joven? ¡Pues ella debía salvarle! Va en busca del capitán y le dice:—Perdonadle por favor, y mi agradecimiento será eterno.—Los militares—la dijo,—no creemos que las mujeres agradezcan nada; dadme algo en prenda.—¡Aquí me tenéis! ¿Está libre ya?—¡Ah!—responde, algo

tardamente por cierto, el capitán,—yo no puedo hacer nada; ya depende todo del coronel.—X... corre á casa del coronel, que después de haber tenido la poca delicadeza de exigir prendas, dice que el asunto corresponde al general. Este tiene las mismas exigencias; X... hace las mismas concesiones, pero el sumario se halla en el Ministerio de la Guerra. Habiendo ido ya demasiado lejos para retroceder, y abrigando la idea de que cumple un deber, se resigna á toda clase de sacrificios, y X... recorre las oficinas, se desorienta en los negociados, prodiga prendas á diestro y siniestro, hasta que llegó el momento en que la dijeron:—Tan sólo el ministro es quien puede mejorar la suerte de vuestro protegido.—Y pide una audiencia; pero en Francia, es cosa sabida, una mujer bonita no ha ejercido nunca influencia en ningún ministro; estos excelentísimos señores son incorruptibles, y el voluntario, nuestro héroe, tuvo que sufrir la pena impuesta.

—¡Lieja! ¡cinco minutos de parada!

Nuestro coche se vió aquí asaltado por un enorme belga, muy mal educado. Empezó por sentarse encima de nuestra delicada compañera, que dió un grito, y cediendo su asiento, se refugió á nuestro lado. El intruso nos miraba con los ojos abiertos y como asombrado. No tenía, sin duda, costumbre de encontrarse entre verdaderos parisienses. Nuestros trajes, nuestras maneras, nuestro lenguaje, todo le extrañaba. A poco sacó del bolsillo una larga pipa alemana con la chimenea de porcela-

na pintada, la atascó tranquilamente de tabaco y la encendió. Nos miramos sin poder protestar, porque dos de nosotros fumábamos cigarros, y X... había ya consumido diez cigarillos, cuyas colillas se veían esparcidas sobre el piso del coche. Sin embargo, el humo que se desprende de la pipa es tan espeso y de un olor tan desagradable, que R. se decidió á bajar un cristal cerrado hasta entonces. El belga, á quien sin duda no agradaban las corrientes de aire, extiende una mano inmensa y levanta la ventanilla. R... vuelve á bajarla al momento, y el belga la levanta una vez más. Nos miramos unos á otros con estupor. ¿Quién vencerá, Francia ó Bélgica? El amor propio nacional estaba en juego. Entonces nuestro amigo R... se envolvió tranquilamente la mano en un pañuelo, y dando un golpe en el cristal, le hizo saltar en mil pedazos. Nuestro vecino, completamente asombrado con nuestro sistema de quitar obstáculos, se puso de nuevo á fumar en su pipa con más furia que antes. Nuestra compañera se reía con todas sus fuerzas, y como enseñaba unos dientes preciosos, no dejábamos de mirarla.— *Al freir será el reir*— debió decir para sus adentros el belga, á quien nuestros proverbios no le eran desconocidos. En efecto, en la estación de Namur nos abandonó bruscamente, y cuando nos felicitábamos de aquella marcha tan repentina, que creíamos definitiva, vuelve de nuevo, se reinstala en su asiento, y detrás de él aparece un empleado de la estación, que dirigiéndose á nos-

otros nos dice:—Uno de ustedes ha roto ese cristal; el que sea, tiene que pagar tres francos.—Nuestro enemigo se había vengado yendo á denunciarnos. Quisimos protestar; X... tuvo el aplomo de afirmar que el cristal lo había roto el belga; pero nosotros inspiramos menos confianza al empleado que su compatriota, y nos vimos obligados á pagarle. No nos quedaron más que setenta y cinco céntimos para el resto del viaje. Jamás se habrá visto viajero alguno en situación tan desesperada. Nuestro denunciador se había embozado en un fuerte capote para preservarse del aire. No debía sentir pena ninguna, porque se durmió profundamente, mientras que nosotros, fijos los ojos en nuestros recursos, nos preguntábamos cómo llegarían á comer cinco personas con setenta y cinco céntimos. El hambre se dejaba sentir cruelmente, y cuando R... propuso comernos el belga, nadie dijo nada; por primera vez en nuestra vida comprendimos y excusamos á los naufragos de *La Medusa*.

En la frontera, mientras los carabineros reconocían los equipajes, todos nosotros nos pusimos en busca de algún viajero conocido á quien pedir prestados cinco francos. Le firmaríamos todos nosotros aunque fuese un recibo de doble suma si fuese preciso. ¡Ah! éramos los únicos parisienses que íbamos en el tren; ninguno de los banqueros que viajaban con nosotros nos conocían lo bastante para aceptar nuestras firmas.

Henos ya en Tergnier. Son las seis y media.

Henos almorzando á las diez y no llegaremos á París hasta las nueve.

—Veinte minutos de parada y fonda—gritaron los mozos de la estación.

Estas voces despertaron á nuestro belga; arrojó lejos de sí su capote y se bajó del coche. ¡Ah! el miserable va á comer.

—Podíamos dejar en prenda nuestras alhajas—dijo uno de nosotros. ¡Vana esperanza! Los relojes de mis amigos habían quedado empeñados en casa de un judío de Spa. El mío me le dejé en París; por prudencia nunca le llevo á esas ciudades dedicadas al juego, por evitar las formalidades que necesita un extranjero para empeñar algo. En cuanto á las sortijas de X... que puso generosamente á disposición nuestra, no nos permitió aceptarlas nuestra delicadeza.

Pero R... fué por provisiones con el fondo social, y trajo pan, un poco de queso y una botella de agua. Nos aseguró que lo había regateado mucho y por eso había llegado á tan buen resultado: nosotros le dimos por unanimidad un voto de gracias. A guisa de mantel extendimos un pañuelo blanco sobre el asiento y nos pusimos á la mesa. Apenas habíamos empezado cuando apareció de nuevo el belga; un compatriota suyo, á quien sin duda habían encontrado en la fonda, le acompañaba. Se instalaron en el rincón opuesto al nuestro y sacaron de sus bolsillos diversos envoltorios, de donde vimos salir medio jamón, un pollo, un magnífico salechichón, seis panecillos, uvas, tres botellas de Burdeos y media de café.

La comida de ambos duró dos horas; después encendieron su pipa y se durmieron.

Nosotros, en cambio, puestas las manos en el estómago, que nos dolía, no pudimos cerrar los ojos.

Por fin llegamos.

A las diez, sin siquiera ir á nuestros domicilios respectivos, cenamos en el café Inglés, dejando á deber el importe, donde somos todos conocidos, y á media noche entraba en mi casa.

No tenía allí ninguna noticia de ella, y no me apesadumbró tanto como otras veces. Las doscientas leguas que acababa de recorrer en cuarenta y ocho horas, las dos noches sin dormir y las emociones del juego me habían hecho perder la sensibilidad. El cansancio había matado el amor; el cuerpo había vencido al alma; no quería más que dormir, y... bien pronto me dormí.

XIV

Me desperté tranquilo, sí, pero más enamorado que nunca. Eso debía sucederme así que me viese libre de la fiebre del viaje y de la lucha. ¿Qué voy á hacer? Es inútil engañarme; tres días hace que me dió una tregua con ciertas condiciones, pero estas no han sido cumpli-

das. Voy á vestirme y me iré á su casa, la contaré con todos sus detalles mi viaje, lloraré mi derrota y la suplicaré que me trate como si hubiese vuelto victorioso. La situación es grave; es preciso tener valor y mirarla frente á frente. Si ella hubiese roto nuestros lazos por no quererme, podría convencerla de que se hallaba equivocada sobre la naturaleza de sus sentimientos para conmigo, é invocando el pasado acaso consiguiere prolongar la situación. Pero no es eso, yo la soy tan agradable como antes, al menos así me lo ha dicho; pero no la soy nada útil, y ahora quisiera que uniese yo lo uno á lo otro. Esta combinación, ventajosa para ella, no está al alcance de mis medios. ¿Tengo derecho, ni es delicado tampoco, presentarme con el corazón repleto de amor, pero con las manos vacías? Evidentemente que no. Desde el momento en que la cuestión de dinero se halla sobre el tapete, debo resolverla, si puedo, y si no desaparecer de su vista. Cualquiera más afortunado que yo me sustituirá.

Es muy duro, sin embargo, perderla porque no tengo un puñado de billetes de Banco, mientras que otro... ¡Pero qué! ¿no has querido amores fáciles no sujetos á las leyes civiles ni morales, sin los indisolubles lazos del matrimonio, sin temor de ser marido, sin obligaciones sociales, y no te has dirigido á una de esas mujeres que, según la frase de Prudhomme, comercian con el amor? ¿De qué te quejas? De que no me lo haya advertido desde el principio; yo creía... Tú creías... pues era

ser demasiado inocente. Y sin embargo tus amigos te han abierto los ojos con respecto á ese particular. Cuando tú les decías candorosamente:—No es una mujer que se vende, es una mujer que se da, ellos te respondían:—No tal, es una mujer que se presta, y quien más interés ofrece por el préstamo, hace el negocio.—Es decir, que ha llegado la hora de ponerte á prueba, á no ser que la abandones por completo y no te acuerdes para nada del pasado. ¡Oh! está seguro de ello, la bancarota no la considerarían fraudulenta, la llamarían una simple quiebra, porque ahora te olvida de buena fe, sin malicia alguna. ¿De modo que decididamente es una cortesana?—Tu asombro, querido amigo, es chistoso.—¡Pues qué! en vez de Hetaria y de sus descendientes, tú, parisién del siglo XIX, no has inventado la *lorette*, la *entreténida*, la *cocotte*, y el día que te encuentras con una de esas creaciones, ó por mejor decir, una de esas criaturas, reniegas de ella, no quieres reconocerla? ¡Sea! ¡no la veré jamás! Nuestros amores han concluido, todo ha terminado entre nosotros. Pero es preciso, al menos, que la escriba. Me espera, aguarda lo que la he dicho que la llevaria, no tengo derecho á mantenerla por completo ignorante de su suerte.

¡Ea, ya está hecho! La doy cuenta de las decepciones de mi viaje y de la necesidad en que estoy de no verla, puesto que no puedo hacer nada en favor suyo. Mi carta es digna, seria... ¡oh, muy seria! He llegado hasta enternecerme un poco en las últimas líneas al hablarla

de nuestra separación; he hecho algunas alusiones al pasado, ¡me gusta tanto evocar nuestros recuerdos queridos! Al darla el último adiós, en vez de tinta, lágrimas brotaban de los puntos de la pluma. Acaso me haya extendido demasiado en el beso de despedida. Pero sí, lo repito, es muy digna la carta, muy digna.

La carta ha partido para su destino. No hay nada como las situaciones claras. Me encuentro más ligero, más bien, más alegre... Cuán agradable es decirse:—Puedes disponer del tiempo á medida de tus deseos, cesas ya de obedecer á un gesto, á una mirada; no dependes ya de un capricho; una palabra más fría que de costumbre, recibida por el correo de la mañana, no vendrá ya á enturbiar la felicidad del día entero y á ponerte triste y de mal humor; una cita no cumplida no dará al traste con tu juicio y tu buen sentido. No eras más que un esclavo, menos aún, porque en él solamente su cuerpo obedece y su espíritu puede vagar por el espacio, mientras que el pensamiento del hombre enamorado no se sabe separar de la persona á quien quiere; ahora ya te perteneces en cuerpo y alma.

—¡Ah! no esperaba yo soportar tan bien esta ruptura. Estoy contento de mí, muy contento.

—Tú no eres difícil de contentar. ¿Quieres saber por qué estás satisfecho, por qué estás tranquilo? Porque sin confesártelo esperas que no está todo terminado, que tu carta tan... digna, pero tan lacrimosa, la conmoverá y se

apresurará á volverte á llamar á su lado. ¿Mueves la cabeza, no lo crees? Ya lo veremos bien pronto. ¿Por qué esta tarde has interrumpido el paseo para ir á preguntar á tu portera si no habían traído algo para tí? No sabía yo que tenías tanta prisa en leer las cartas de tus acreedores. Porque ¿quién si no puede escribirte? Ella ó los ingleses á quienes has olvidado desde hace seis meses, y ellos á tí no; mientras que tus amigos, pagando la indiferencia tuya en la misma moneda, no dan señales de vida.

No has tenido ninguna carta y ya estás menos tranquilo que por la mañana. Si aún tienes calma es porque crees que no ha tenido tiempo material de contestarte. Esperemos.

Te has despertado más temprano que de costumbre, tiras de la campanilla y dices: Mis cartas.—No han traído ninguna, te dicen.—Y tu frente se ha arrugado, tu mirada se ha oscurecido, y tu pulso... ¡Ah! tu pulso empieza á hacer de las suyas.

Dan las doce, y nada; llega la tarde y nada; el día siguiente, tampoco. Sí, no hay duda, algo nuevo ocurre: no puedes estar quieto, indudablemente vas á ir á su casa.

XV

No me sentía bien al subir la escalera. ¡Tenía tanto miedo de no ser recibido! Pero no fué así; me recibió como si hubiese olvidado la escena del viernes anterior, el viaje á Bélgica y mi carta de despedida. Se mostró conmigo tan afectuosa que me hizo creer había sido presa de una pesadilla, que nada había cambiado y que podía, como otras veces, pedirle otra cita.

Me fué negada rotundamente.

—¿He sido reemplazado por algún otro?—
la dije sollozando.

Guardó silencio.

—¡Por favor!—respóndeme.

—No tengo nada que decir.

Esto fué todo lo que de ella obtuve, y yo no podía obligarla á hablar, ni darla un escándalo; después de lo que había pasado, de lo que había yo convenido, de lo que la había escrito, hubiese sido muy ridículo.

—¡Vaya, pues, adiós!

Me acompañó hasta la puerta, me apretó afectuosamente la mano, y me dijo:

—Hasta la vista.

—No, imposible, no te veré jamás. Esta vez sí que ha concluido todo para siempre.

* * *

Al día siguiente fui á su casa como el día antes, como otras muchas veces. El mismo afectuoso recibimiento, la misma ternura, pero contenida, algo ceremoniosa; y, sin embargo, lo bastante expresiva para hacerme la ilusión de esperar un momento de olvido, una efusión súbita de cariño, una explosión espontánea de amor... Sí, sí, es indudable. ¡Ella obedece á no sé qué consejos, qué sugestiones, qué necesidad implacable, pero me ama, me ama todavía!

* * *

Si aún te ama, ¿por qué tarda tanto en manifestártelo con calor, por qué encerrarse en esa reserva que antes traspasaba con tanta prisa? ¿Porque la han impuesto algún nuevo lazo, porque tendrá otro amante!

¡Bonita razón para una mujer como ella! ¡Pues bien! tendrá dos amantes; según tu propia expresión, habrá reunido lo útil á lo agradable. Esas clases de compromisos están muy en moda desde los más remotos tiempos. La virtud no tiene que ver nada en ello, y te

lo han dicho ya; ciertas mujeres saben amar en plural.—Sin duda ninguna, pero hay muchas que no aman más que en singular.—Son mujeres distintas de éstas.—En la clase á que pertenece puede haber también honor.—Vaya una palabra sonora, ¿y qué aplicación tiene en este caso?—No está fuera de lugar; no hay, teóricamente hablando, más que una moral eterna, universal, soberana, ¡muy bien! Pero prácticamente los hombres casi siempre tienen dos conciencias: la que podríamos llamar general, que les sirve para aborrecer los vicios y las faltas calificadas, y su conciencia personal que les hace crear deberes inherentes á la situación que ocupan, á la profesión que ejercen. A veces les sucede que hacen almoneda de la conciencia general para no obedecer más que á la conciencia personal. Este médico, por ejemplo, es un miserable; mata á disgustos á su mujer y abandona á sus hijos, pero en cambio pasa las noches á la cabecera de los enfermos: se arruina por visitar gratis. Aquel soldado es de los más perdidos; llegará un día de batalla y será un héroe. Este banquero es un bribón, pero ha robado, y una reciente causa criminal lo prueba, por hacer honor á su firma. En fin, aquella mujer es una cortesana, su conciencia particular ó profesional la impone obligaciones que se considera obligada á cumplir. Afirmase que no ha engañado nunca á sus amantes; se suceden unos á otros con rapidez vertiginosa y rara abundancia, es un desfile sin cesar renovado, pero sin promiscuidad.—Vamos, lo comprendo

ahora, tú eres víctima de la conciencia particular de tu beldad.—Sí.—¿Y qué vas hacer?—Esperar á que me llegue el turno, ó más bien á que vuelva de nuevo á tocarme la vez.—Eres prudente y calmoso.

XVI

Pero no, no soy ni calmoso ni prudente; mi paciencia y mi calma estaban tan sólo en mis ilusiones. Aún soy lo bastante imbécil para decirme: es imposible que haya sido sustituido por otro; si me ha tenido en observación ha sido por capricho, por probarme, por saber hasta dónde llegan mi abnegación, mi reserva, mi discreción... Estas ilusiones han concluido; tiene un amante, me ha dicho su nombre, le he visto. Es un peruano conocido en todo París, inmensamente rico, pero feo, amarillo, delgaducho, enfermizo.—¿Entonces no estarás celoso por lo que me has dicho hace poco?...—¡Que no estoy celoso!...—¡Ya lo verás!

Voy á buscar al peruano para prohibirle que vuelva á casa de ella, ó pedirle una satisfacción si no hace caso de mi prohibición.—¡Ah! ¡Que no estoy celoso!

XVII

Supongamos por un momento que el dueño del Grand Hotel ó del *Splendid Hôtel*, puesto que el nombre es lo de menos, toma cariño á un viajero poco favorecido por la fortuna. Le da el cuarto más bonito y le alberga durante seis meses, por su bella cara nada más: tal hecho es increíble, pero puede suponerse cierto. Llega un día en que le dice:—Amigo mío, mis negocios van muy mal, y me veo obligado á no poderos seguir dándoos la hospitalidad que tan feliz era antes en ofreceros, y tengo que daros por sucesor un riquísimo extranjero que se ha presentado como llovido del cielo.—Habláis á medida de vuestro deseo;—suponed que dice el viajero pobre, furioso de verse desposeído—vuestro trato no me conviene. Voy á ir á buscar á ese rico extranjero, á prohibirle que ponga los pies en vuestra casa, y si se niega á obedecerme le desafío y le mato.—Pero si el desgraciado no tiene culpa ninguna, si ni siquiera os conoce; si no os ha hecho nada; si queréis tomarla con alguno aquí me tenéis á mí, yo soy el culpable.—¡Con vos, mi generoso anfitrión! Si yo á vos os quiero, si os venero; es del extranjero tan sólo de quien quiero desembarzarme.

¿Qué pensáis de todo esto? ¿El viajero poco afortunado está en su derecho? No, y mil veces no. ¿Sus amenazas no son absurdas?

—¡Ya lo creo que lo son!

¿Entonces por qué he de buscar una cuestión con mi rival el peruano? ¿Su inocencia no es tan completa como la del rico extranjero antes citado? ¿Pues qué mi situación no es análoga á la del viajero poco afortunado? ¿Y ella, no se encuentra en la posición del generoso dueño del hotel?

Evidentemente, y gracias á ese ingenioso ejemplo, me vine á razones. Es preciso confesarlo, estaba á punto de cometer una injusticia y ser la irrisión de todo verdadero parisién. ¿Desde cuándo un paseante en corte como yo produce escándalos de la especie del que yo meditaba? Pase el desafiar á un rival, pero el peruano no lo es. No es más que un mazo de billetes de Banco. Debo combatirle con sus propias armas, aplastarle, ó más bien aplastar á su protegida bajo el peso de mis talegos de luises. Es demasiado buena compatriota para no preferir mi dinero al oro extranjero.

Sin duda, pero cuando se quiere hacer el papel de Crespo victorioso, conviene presentarse con dinero, valores diversos y títulos de propiedad, accesorios de que carezco en absoluto. Si los hubiese tenido ¿hubiese ido á Spa á tentar fortuna, esa rueda que á punto ya de detenerse ha esquivado bruscamente mis caricias? Tengo por todo tener una renta en usufructo, cuyo capital me corresponderá dentro de cincuenta años, prudente precaución toma-

da por un testador cuidadoso de precaverme contra mis propios apetitos.

¿No podría, sin embargo, orillar las dificultades? Si me decidiese á ofrecer un interés crecido, acaso encontrase quien me prestase, no sobre el capital, que es irrealizable, sino sobre la renta que cobrarán otros por mí durante cierto número de años. Tratemos de probar.

Me dirijo á uno de esos banqueros no clasificados, que cobran á título de comisión intereses usurarios. Me despidió cortesmente diciéndome que la operación propuesta por mí no sería correcta. ¡Es muy bueno esto! Pues qué, ¿lo sois cuando prestáis al quince por ciento? Precisamente vuestra incorrección es lo que me ha hecho pensar que seríais indulgente con la mía.

Me indicaron otro prestamista servicial; no quiero serlo yo menos, y voy y vengo y le paseo en coche ocho días seguidos, para oírle decir que no podía hacer nada por mí. Se dirá que debería habérmelo dicho antes, pero tiene por regla invariable dedicar una semana entera á cada cliente. Al cabo de... cincuenta y dos clientes llega al fin del año sin haber hecho ningún gasto personal, y sobre todo, sin haber entregado á sus parroquianos ninguna de las sumas que hace brillar ante sus ojos.

No habiéndome dado resultado el usurero moderno me puse en busca del usurero clásico, el del tiempo de nuestros padres, del juicio *pur sang*. Parece ser que aún existe

uno en los barrios extremos. Le encontré, le convencí y se dignó acceder á mis deseos mediante un tanto por ciento de interés que no me atravesé nunca á confesar, por miedo de tener que ir al momento á visitar al doctor Blanche.

Puse la suma bajo un sobre y la envié á su destino. Esta vez la victoria es mía, el peruano será vencido y yo tomaré posesión de mi bien.

Esta triunfante entrada compromete gravemente para el porvenir mis recursos financieros. Pero ya me ocuparé de ese detalle cuando esté curado de mi locura; hasta entonces ella me absorbe por completo, me constriñe hasta el punto de impedirme oír las amonestaciones de mi razón y ver el abismo que se había abierto para engullirse mis modestos recursos. ¡Cuando pienso que al ganar en Spa unos veinte mil francos, me preguntaba si á mi vuelta se los ofrecería!... Es que entonces mis relaciones amorosas con ella no me recordaban sino cosas agradables. Y podía extasiarme en ellas sin amargura, sin cólera. Mis satisfechos deseos me permitían entrever, no sin cierta voluptuosidad, un reposo lleno de apacibles recuerdos y de sus apariciones encantadoras. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! A los placeres de otras épocas han sucedido las resistencias, los desaires, y son para mí tanto más crueles, cuanto que comparándolos con el pasado, sé lo que he perdido. Si, la resistencia era enérgica, el desaire también era bastante claro y bastante preciso

para matar toda esperanza. No mata, sin embargo, hace por el contrario, revivir el deseo y eternizarle. ¡Si me fuese dado no ver ni oír! ¡Ay! me parezco á Tántalo, cuya mirada inquieta se elevaba hacia los frutos fugitivos, y cuyo oído percibía sin cesar el murmullo de un claro arroyuelo, que no debía nunca refrescar sus reseco labios.

Condenado á reproducir antiguos *clichés*, como todos los que tienen que hablar de amores, repetiría con mis colegas que no se llega á conocer el poder de una mujer hasta el día que perdéis su cariño. La separación, la ausencia, la infidelidad, la ruptura, el sufrimiento en una palabra, son medidas métricas que permiten tan sólo conocer la extensión del amor. Si nada le turba, si es calmoso y reposado, se lo toma por un ténue cariño, por un capricho, y no se hace caso de él. Si es tormentoso, reñido, violento, se cuenta con él y no se le escatiman toda clase de sacrificios. Debiera ser vergonzoso para la humanidad, pero es lo cierto, hasta tal punto, que me creo excusado de repetir una verdad tan axiomática. Y ya la he rendido tributo en mis primeras frases.

¿Es verdadero amor lo que siento por ella? El desprecio mata al amor; ¿no podría yo intentarlo con aquella por quien me creo obligado á arruinarme? Hé aquí una nueva fase no conocida por mí. Pero sería inútil. ¡El desprecio matar el amor! ¿No irá eso con ciertas mujeres despreciables, á quienes todos los días sacrifican muchos alucinados su fortuna

y su vida? Las mujeres respetables y dignas de serlo, ¿no sabrán ahorrarnos ese género de sacrificios?... ¿Es amor lo que experimento? me pregunto una vez más. ¡No lo sé, verdaderamente no lo sé! ¿Qué me importa la palabra? Yo os la abandono. Llamad como queráis á lo que me conmueve, me arrebata, y me desespera; lo que me hace reír, llorar y cantar; lo que me enerva, me atonta y me mata; lo que me hace desvariar en este momento, y me tiene vuelto el juicio desde hace seis meses. ¡No la amo, sea! Sin embargo, todos mis pensamientos la pertenecen, todas mis acciones afluyen á ella; no veo más que por sus ojos, no hablo más que por ella y para ella; mi vida está, en absoluto, confundida con la suya; lo que no tiene que ver con ella me es indiferente, y podría acabarse el mundo sin que me apercibiese de ello, con tal de que sobreviviese con ella á la catástrofe... ¡No la amo, muy bien! Hasta la aborrezco, si queréis... pero es hora de ir á su casa, y... me marchó á verla.

XVIII

Estaba persuadido de que al verme saltaría á mi cuello, y me diría:—Gracias, mil gracias por haberme devuelto mi independencia, mi

libertad, por haberme dado la posibilidad de dar pasaporte al que nos separaba, y ser tuya, de tí solo, como otras veces.

No ha dicho nada por el estilo. Me ha recibido y me ha tratado del mismo modo que los días pasados; he creído ver solamente que al saludarla me había apretado la mano con más calor que de costumbre, como si hubiese querido decirme con el lenguaje de las manos:—¡Está muy bien, lo he recibido y te doy mil gracias!— Pero en nuestra conversación no hizo alusión alguna al envío que la había hecho por la mañana. Por discreción no podía yo abordar el asunto, y en cuanto á ella, comprendo su reserva: es la primera vez que la mando dinero y se siente como embrazada delante de mí. Hablaremos de ello mañana.

No hemos hablado tampoco, y se ha mostrado con la misma parsimonia que el día anterior en la concesión de ciertos insignificantes favores. Esta actitud me la explico y la comprendo. ¿Qué hubiese yo pensado de ella, si después de haber sido durante dos meses tan avara en darme muestras de ternura, me las hubiese de repente prodigado? Hubiese atribuido ese cambio brusco á mi largueza. Ha

querido impedir que conciba tal pensamiento, y espera que, borrado el recuerdo de mis sacrificios, pueda yo creer que no los debo sino su cariño hacia mí.

La es muy difícil también, lo reconozco, del día á la noche despedir al peruano. Yo he tenido la culpa de que él haya ocupado mi lugar; no he sabido sacrificarme en tiempo oportuno. Hoy ya debe indicarle que está de más aquí, pero consiento que lo haga guardando las formas.

De cualquier modo, esta espera, en el momento de llegar al fin deseado, es muy cruel. Hácense muy bellos proyectos, la imaginación se extasia en ellos y se vive á espensas suyas. Yo me hallo en la situación de un viajero que ha emprendido una larga caminata. Después de una trabajosa travesía, oye resonar sobre el puente del navío esas palabras tan ardientemente deseadas: ¡Tierra! ¡tierra! Su mirada se anima, sus mejillas se coloran, su pulso se hace más agitado, su nariz se dilata. Cree aspirar ya las emanações de la próxima ribera y se regocija con la idea de volver muy pronto á ver lugares queridos. ¡Ay! que los marinos se habian engañado, que han sido víctimas de un espejismo; aún se hallan lejos de la tierra, y esta decepción, sucediéndose á sus aspiraciones demasiado prematuras, desespera por completo al pasajero ya fatigado por tan larga espera.

No estoy yo aún desesperado, tan sólo estoy cansado de permanecer estacionario y ver que ella rehusa hacer ninguna alusión á nues-

tra próxima dicha. Esperaré dos días más, y después provocaré una explicación.

* * *

No he tenido necesidad de buscarla. Ella ha venido naturalmente.

XIX

Me había dado cuenta de que tenía intención de asistir por la noche á una representación de gala, dada en el Teatro de la Ópera en honor de una testa coronada, y añadió con mucha gracia:—Te prevengo que voy á ir muy guapa. Si quieres verme á tu placer ven antes de marcharme al teatro.—Me guardé muy bien de rehusar tal invitación, y á las ocho en punto me presenté en su casa en traje de etiqueta, porque me había procurado una butaca de orquesta, á fin de admirarla, no sólo en su domicilio, como para ello había sido convidado, sino en público.

No tardó mucho en presentarse con un traje de una riqueza inusitada. Mi vista quedó encantada, no así mi corazón. Aquellos

encajes de elevado precio y aquel maravilloso collar de perlas afirmaban con toda claridad el reinado del peruano. Sin embargo me hacía estas reflexiones:—¿Podía yo poner en duda la existencia de ese extranjero?—No.—¿No era mejor para mí que debiese él su fortuna á sus presentes más bien que á sus méritos?—Evidentemente.—¿Entonces, por qué quejarme?—Aceptado el peruano, ha tenido razón en aceptar blondas y collar y no podía encontrar mejor ocasión para ponérselas.—¡Sea! Pero hubiera debido abstenerse de darme citas para hacer brillar ante mí todas estas riquezas cuya vista no me había de agradar. La había faltado tacto en esta ocasión y quise dárselo á entender.

—Llevas un collar muy bonito—la dije secamente.—No sabía que le tenías.

—No podías saberlo—respondió sonriéndose,—llega ahora en línea recta, de casa del joyero. Tu mirada le estrena, y eso es lo que yo quería.

—¡Ah! lo has querido tú.

—Sin duda. Era muy justo. Te lo merecías.

—¿Por qué? ¿qué he hecho yo?

—Eres tú quien me ha hecho tan precioso regalo

—¿Cual?

—Este collar.

—¡Yo! ¡que te he regalado ese collar!

—Claro, de una manera indirecta pero muy delicada. Me has enviado el precio de la alhaja para que yo pudiese elegirla. Así lo he hecho y ya la ves. Es bonito, ¿no es cierto?

6

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero la idea tuya ha sido mucho mejor. Has querido dejarme este recuerdo material de nuestros cortos amores, para obligarme á dirigir sin cesar mi vista y mi pensamiento á nuestro pasado tan feliz.

— ¡El pasado! — exclamé vivamente — no se trata del pasado, sino del porvenir.

— ¡Oh! el porvenir no me pertenece — me respondió con su dulce voz.

Y como era la hora de marcharse al teatro se apresuró á dejarme, mientras que yo permanecí en mi sitio estupefacto, aniquilado.

XX

Ha sido al pasado á quien he hecho mi ofrenda. Al pasado á quien acabo de rendir ese forzado tributo. El porvenir ya no existe para mí; ella lo ha dicho... La miserable me ha robado, ó más bien se ha pagado á sí misma. Yo descuidaba darla lo que debía por los seis meses transcurridos, y ha tomado por la fuerza su salario... ¡Y hablaba yo de su desinterés! ¡Y la trataba como á una bien educada! ¡Y quería hacerla pasar por tal! ¡Yo solo la defendía contra todos! ¡Y la había colocado en un pedestal como á una estatua! ¡Cuán ridículo he sido! ¡Me he cubierto de lodo! ¡Qué infamia! ¡No es de mi dinero de

lo que se trata, estoy medio arruinado, pero qué importa! Esto no es cuenta suya. ¡Por qué no soy más rico! ¿Qué voy yo á hacer en ese corta cabezas con algunos billetes de mil francos? Su familia y sus amantes no se vencen con tan poco, y mis quejas serían grotescas. Lo que es infame es haberme robado mi pasado y marchitado su recuerdo. Más en calma, más reposado, más prudente, hubiese tenido un día el placer al volverla á ver con el pensamiento, no tal como hoy es, sino como fué, casi una joven sencilla, si no una mujer honrada. Ahora no la veré ya sino como una cortesana. Sus besos, que largo tiempo aún hubiese saboreado en sueños ó en el delirio de mi fantasía, me los vendía con su cuenta y razón; ya calculaba ella lo que más tarde la valdrían. Nunca jamás se abandonó á mí, se prostituyó siempre... Y desde hace dos meses ¡qué crueldad! tenerme en suspenso, entretejer mi esperanza, excitar mis deseos para decirme el día que creí llegar á mi objeto: — Vete, todo ha concluido, te echo de mi lado.

Ya, desde hace tiempo, dejé de ir por su casa, y ando errante de calle en calle, de boulevard en boulevard, marchando precipitadamente, deteniéndome de pronto, y volviendo á tomar mi andar presuroso sin preocuparme de los transeuntes, de los coches ni de los obstáculos. Gesticulo, grito, lloro de rabia. Habrá habido gentes á quienes hayan detenido y sido llevadas á Charenton por sus extrañas maneras que debieran haber parecido menos sospechosas que las mías.

De repente me doy contra un obstáculo viviente, un muchachón de cinco piés y muchas pulgadas.—Tened cuidado, me dijo.

¡Tened cuidado! cualquier cosa, como si eso me fuera tan fácil. Iba á responderle con mal talante para enseñarle á no ponerse en mi camino, y sobre todo por dar desahogo á mi cólera, cuando me sentí coger de una mano y oí estas palabras dichas con voz suave:

—¡Qué! ¿Sois vos? ¡Qué placer siento al veros! Desde nuestro encuentro en el ferrocarril no había tenido noticias vuestras; no se os ve en ninguna parte.

Era el amable compañero de viaje que escuchó mis lamentaciones desde París á Lieja, salvo algunas intermitencias de sueño.

Le reconocí, pero le miré con asombro. Apercibióse de ello, y me dijo:

—¡Diablo! ¿Aún os dura el mal?

—¡Qué!—le pregunté.

—Aquella famosa pasión.

Tan inesperada salida me hizo entrar en posesión de parte de mis facultades intelectuales. ¡Ah! ya tengo alguien con quien hablar, puedo reemplazar mis soliloquios con confidencias. ¡Pobre de él!

—Esta pasión—exclamé tomando el brazo del desgraciado que tuvo la imprudencia de interrogarme,—esta pasión ha aumentado inmensamente en estos dos meses.

—¡Vaya! pues entonces parecía ya estar en su punto.

—Pues se ha convertido en delirio, en locura.

—Y qué, ¿será preciso cuidarla?—me dijo deteniéndose.

A pesar de su estatura parecía dar señales de inquietud al estar á mi lado. Pero le arrastré conmigo diciendo:

—¡Cuidarme! Inútil. Hubiese sido eso muy bueno muy pocos días hace, ahora ya estoy curado; ¡oh! sí, completamente curado.

—¿Desde cuando?—me preguntó.

—Desde hace una hora.

—¿No más?

—¡Oh! Y ha bastado. Tan completa ha sido la desilusión, el golpe tan rudo, la caída tan terrible. Aún me veis todo mal tratado, Acaso por eso hablo con cierta animación, Pero ha pasado ya el peligro, me he salvado.

—¡Tanto mejor!—murmuró, sin estar más seguro, y comprendiendo, sin duda, que era más prudente en interés suyo y mio, dirigir la conversación á otro asunto.—¿Qué os vais á hacer esta noche?—me preguntó.

—Yo, nada.

—¿Venís de comer, acaso?

—No tal, y hasta creo que no he comido para llegar más pronto á su casa. ¡Ah! ¡y qué bien me ha recompensado mi prisa! Imaginaos que...

Vió el peligro que de nuevo corría, y replicó:

—El traje negro y la corbata blanca que lleváis es lo que han hecho equivocarme.

—¡Ah! Llevo corbata blanca y traje negro.

—Y hasta se os ve el frac debajo del *pardessus*.

— ¡Ah! ¡pues es verdad! — dije mirándome asombrado; — pues no sé por qué voy vestido de esta suerte.

Mi amigo dió nuevas muestras de inquietud. Pero repentinamente me acordé de todo y exclamé:

— ¡Ah! ¡si, ya lo sé! Iba á ir á una representación de gala que hay en la Opera.

— ¿Tenéis billete?

— Sí, una butaca.

— ¿Y no la vais á aprovechar?

— No, ya no quiero ir.

— ¡Ah! ¿estará ella en la Opera?

— Sí... sí... yo no voy...

— ¿Y por qué esa resolución si no estáis ya enamorado? ¿No acabáis de decírmelo? Estáis curado, os habéis salvado, ¿qué peligro correréis? Vamos, acompañadme; me encuentro en la misma situación que vos, tengo también billete para esa representación de gala. Venid, que estará magnífica. Paréceme que necesitáis ruido, agitación, distracciones. Y entíendase que yo dispongo de vos sin el menor reproche por vuestra parte, del mismo modo que vos dispusisteis de mí á vuestro antojo desde París á Lieja.

El reconocimiento me obligaba á obedecer, y... en el fondo, no me contrariaba juzgar por mí mismo del efecto que produciría mi collar con las luces del teatro.

XXI

Durante un entreacto ocupé mi sitio. La mayor parte de los espectadores de las primeras filas no habian dejado sus butacas á fin de dirigir los anteojos á su sabor por el anfiteatro y los palcos. El golpe de vista era sorprendente: la mayor parte del París elegante se habia apresurado á porfia á hacer, en favor de aquella representación extraordinaria, una infidelidad de unas cuantas horas al campo y á los baños de mar. Un gran murmullo llenaba la sala, radiante de luz y de placer. En aquella pesada atmósfera flota, á pesar del resplandor de las arañas, más numerosas que de costumbre, una especie de niebla que á medias oculta los pisos superiores. El calor es terrible; el ambiente cargado de perfumes embriagadores. Las mujeres se hallan reclinadas en sus butacas, con sus semblantes resplandecientes de belleza, transpirando sus ojos medio cerrados, los labios entreabiertos, la nariz dilatada, la cabeza inclinada, sonrientes, lánguidas, como enervadas por una beatitud interior, sumergidas en éxtasis.

Al principio no quise buscarla; obligaba á mi vista á huir del lado de la sala donde ella debería estar. Pero bien pronto, arrastrado

hacia ella por una fuerza magnética, la distinguí en un palco, completamente al descubierto. Había aprovechado el entreacto para levantarse, y recostada en la pared, con una actitud de reina, fría y desdenosa en apariencia, entregaba á las miradas su cimbreante talle, sus caderas anchas y desarrolladas, sus brazos desnudos y su pecho amplio y duro, escotado hasta un extremo inusitado. Todo ese cuerpo magnífico parecía ofrecerse, y al contemplarle á pesar mío, turbado ya por los effluvios, las desnudeces, los murmullos y las languideces de aquella sala, sentía apoderarse de mí un gran desfallecimiento.

Terminado el entreacto, volvieron los músicos á ocupar sus asientos, y el telón se alzó. Me volví hacia el escenario para ver el baile prometido en el programa. Derecho en mi butaca, apoyándome en los codos, y con los gemelos en la mano, me prometí, para olvidar lo que había visto en la sala, no perder un solo instante de vista las pantorrillas de las bailarinas. Puede ser que entre tantas encuentre un par de éstas que consigan llamar mi atención. Pero, apenas vi unos cuantos pasos de las primeras de ellas, cuando, sin querer, maquinalmente, mi cabeza dió un cuarto de conversión á la izquierda, mi cabeza, mis brazos y mis gemelos siguieron el movimiento, y me encontré vuelto hacia ella por completo.

Hundida ahora en una butaca, en una postura lánguida y descuidada, tenía en una mano un ramo de rosas, y en la otra un abanico que agitaba lentamente á la altura de su pecho.

Con aire tranquilo y las pupilas medio cerradas, se abandonaba voluptuosa al dulce ruido de la música. Su corte se halla en el palco colocada en orden de batalla; el padre, clásicamente vestido, solemne, como quien tiene conciencia de la elevada misión que está llamado á desempeñar; la amiga inseparable, haciéndose la chiquita y ocultándose discretamente en la sombra proyectada por su espléndida compañera, y la madre, alerta, vigilante, activa, recogiendo como de paso todas las miradas dirigidas sobre su hija, respondiendo á las sonrisas que la dirigen, tomando notas. Podría decirse que esta vieja, mi implacable enemiga, había descubierto mi presencia en la sala, y murmuraba entre sus desvencijados dientes:—En tu época no ocupábamos tan magníficos palcos; nuestro triunfo no era tan completo; me felicito cada día más de haberle destronado para elevar al peruano á los honores supremos.

Sí, veo claro tu juego, ahora. La fiebre que me domina, agujonea mis nervios y me presta asombrosalucidez: eres tú la causante de todo, la que me ha perdido. Yo había descuidado el interesarte en mi causa, había desconocido tu autoridad, había olvidado que era contigo solamente con quien debía contar. Te has vengado. Me imaginaba tontamente no tenerme las que entender más que con mi amada, y por el contrario, eran los que la rodeaban los que me precisaba conquistar, á fuerza de cuidados, de adulaciones y sobre todo de regaños pequeños y á veces grandes también. ¡Ah!

si desde un principio hubiese caído en la cuenta y me hubiese entendido contigo, aún reinaría yo. No sólo no hubieras introducido al enemigo en la plaza, sino que tú misma hubieras dirigido contra él tus terribles baterías. He tenido razón cuando hace un instante creía en el amor desinteresado de tu hija, ella ha sido sincera; pero he hecho muy mal en olvidar que tú no la permitirías por mucho tiempo que lo fuese, que tú cuidabas de hacer su fortuna y la tuya. Demasiado hábil, y por contrariar nuestros amores desde un principio, te has mostrado parte, el día que has visto empezar á debilitarse su amor, y le has dado el golpe de gracia. Cuando ya no me ha querido, se ha vuelto hasta cruel; está en el orden natural de las cosas. La cortesana ha aparecido entonces y se ha dado prisa en pensar en el interés, largo tiempo descuidado, por causa mía. ¡Y pensar que me se había advertido todo esto! Y la experiencia de todas mis pasadas aventuras deberían habérmelo hecho ver claramente. ¡Ay! las personas y las cosas, sin cambiar jamás, se presentan siempre ante nosotros bajo nuevas formas que nos impiden reconocerlas y ponen á prueba nuestro saber, y caemos en las mismas faltas que otras veces. La práctica de la vida nos lleva á establecer, sobre cualquier asunto, reglas generales, á que no obedecemos, por creer encontrarnos enfrente de una excepción.

Bastante he filosofado sobre mi amada; dignaos escucharme, querida suegra. Acaso haya medio de entendernos. Estoy pronto á

hacer nuevos sacrificios, y es con vos, esta vez, con quien entraré en tratos... ¿Qué queréis? ¡El amor que por ella sentía ha vuelto á apoderarse de mí!... ¿Pero me había dejado libre alguna vez?... ¡Está tan bella esta noche!... Soy un loco, un cobarde, convenido. Pero quiero una hora, una hora no más de abandonarse á mi como otras veces... No hablemos ni siquiera de él: no seamos exigentes: no es su fuerte el abandonarse. No pido más que una hora de posesión. ¡Ah! temo su frialdad, la conozco... ¡Ella es la que me exalta, la que me ha perdido!

Las bailarinas habían hecho pasos notables y maravillas de elasticidad y de gracia; habían llenado la sala con sus sonrisas, é inflamado al público con sus miradas, sin haber tenido conciencia de sus proezas ni de sus esfuerzos. Ahora, cae el telón, y un nuevo entreacto comienza. ¿Por qué no he de aprovecharle en acercarme á ella yendo á su palco á saludarla? ¡Oh! ¡después de lo que me ha hecho!... ¡Y por qué no, si muero de envidia!... No... de ningún modo... no está en su casa, en ese palco; está en la de él; en casa del peruano. Y á propósito, ¿dónde estará? ¿No se habrá dignado venir á la Opera á contemplarla? ¡Por vida del!... ¡Es buena idea! ¡Contemplarla! ¡Cómo si no pudiera hacer cosa mejor!

Un gran movimiento se observa en estos momentos en su palco. El padre se ha levantado, y, siempre solemne, penetrado de la gravedad de la situación, se inclina profundamente; la amiga dejó su asiento de primera

fila apresurándose á desaparecer; la madre, que se hallaba ya medio dormida, mueve su butaca, mientras sus labios marchitos tratan de sonreirse.

¡Es él! ¡indudablemente es él!

¡Ah! voy á verle en coloquios con ella. ¡Así podré reconocer si ella le quiere ó no! si me ha despedido por amor á él ó por amor al oro. Limpié los cristales de mis gemelos, los gradué bien y los coloqué ante mis ojos. Se agitan bastante en mi mano temblorosa; mi vista se oscurece y se pierde, pero adivino lo que la emoción me impide distinguir con claridad.

¿Por qué has adquirido esa reputación de fealdad? Porque, sin duda, no estamos acostumbrados á esas miradas de Ultramar, á ese tinte amarillo, á esas arrugas precoces, á esas carnes enjutas y comidas del sol de los trópicos. Pero sus cabellos y sus cejas son muy espesos y de un negro azulado muy extraño; tiene una mirada aterciopelada y dientes de negro. Me explico muy bien que ese ejemplar de la *zona tórrida* pueda ser agradable á una parisién; la causa asombro; excita su curiosidad, y, en las mujeres, con suma frecuencia la curiosidad y el deseo van el uno en pos de la otra.

El está en pie detrás de la butaca que ella ocupa, medio encorvado é inclinado hacia ella. Diríase que no contento con admirarla tal como ella está, sus curiosas miradas anhelan descubrir otros horizontes y penetrar en el infinito.

¿Pero cuál es la actitud de ella? ¿La hace verse libre de su languidez la presencia de su amo y señor? Si, sus mejillas colorean más que antes; su postura es más abandonada, sacudimientos nerviosos agitan sus labios su seno inanimado hasta entonces, se conmueve y se agita... ¡Ah! acaba de volverse hacia él y ha plantado fijamente sus ojos en los del peruano. Esto es demasiado; voy á separarles; voy á abofetearle.

XXII

He abandonado precipitadamente mi asiento, y me he dirigido á los pasillos; de un salto he franqueado el tramo que conduce á palcos planteas, y después de orientarme me he llegado al suyo.

He avanzado hacia él, y con voz bastante fuerte le he dicho:

—Caballero, ¿por qué cerráis el palco al ir yo á entrar?

—No me había dado cuenta de que era ese vuestro deseo, dispensadme — me dijo con extremada finura.

—Eso es imposible...

—Os lo aseguro...

—Que no es posible, os he dicho...

—Vuestra insistencia es injuriosa.

— ¡Pues que lo sea!

Me miró asombrado, y después, sin perder su calma:

— Parece caballero, que tratáis de armar una cuestión.

— Tal vez.

— Entonces es inútil que tratéis por más tiempo de buscarla, la habéis encontrado ya. Servios decidme vuestro nombre para tener el honor de enviaros mis padrinos.

— Aquí está mi tarjeta.

— Y esta es la mía.

Me saludó cortesmente y se alejó. Al llegar á un mechero de gas, se paró, y echó una ojeada sobre la tarjeta que acababa de entregarle. Mi nombre, que sin duda ha oído pronunciar en su casa, le da la explicación de mi conducta. Se encogió ligeramente de hombros y entró en el *foyer*.

En el mismo instante, mi amigo Pablo C... que presenció el final de esa escena, me cogió del brazo y me sacó fuera de la sala.

Después de haberse puesto á mi disposición para el día siguiente, me dió detalles interesantes acerca de mi adversario, á quien no conocía yo más que bajo un aspecto. Pasa por ser un espadachín de primera, y el juego suyo es tanto más terrible, cuanto que no tiene nada de clásico ni de conocido. Posee además en el terreno, á donde ha acudido muchas veces, una sangre fría asombrosa que le hace dueño de la situación.

Estos informes, destinados evidentemente á calmar mi ardor, y á inspirarme ideas pacíficas,

me fortificaron aún más en la resolución de rechazar enérgicamente toda tentativa de arreglo que se me propusiese.

En la disposición de ánimo en que me hallaba, la estocada que se me prometía y hasta se me garantizaba, no podía asustarme; me alegraba por el contrario. El sufrimiento físico concluirá con el moral; si curo de la herida, tengo la probabilidad acaso de verme también curado de mi amor.

Entré en mi casa, puse en orden mis asuntos, y, naturalmente escribí una larga carta á... ella. No sería yo un hombre completo, si en las actuales circunstancias no cometiese esta última necesidad.

XXIII

No se me había exagerado la habilidad de mi adversario. En dos minutos, me puso fuera de combate, gracias á una estocada que mis padrinos y los suyos alabaron mucho. Mi admiración no fué menor, aunque ella no hubiese podido libremente manifestarse, porque he tenido que guardar cama durante seis semanas.

Habiéndose mostrado parte en este asunto las autoridades, se vió obligado el peruano á marcharse al extranjero. Ella le ha seguido á

su destierro, y le ha dado después tales pruebas de cariño, que piensa, según dicen, casarse con ella. Al saber ese proyecto, cuentan que la madre exclamó:

—¡Una hija por quien hemos hecho tantos sacrificios, y en quien teníamos tantas esperanzas, portarse tan mal con nosotros, es espantoso!

MARTA

I

JUNIO, 1856.

ENTRABA en mi casa, ya á media noche, hace como unas seis semanas, cuando me entregaron, escrita con lápiz, la esquela siguiente:

He sentido mucho no encontrarte; tu buena amistad me es muy necesaria en estos momentos. Ven á verme mañana muy temprano.

Tuyo
EDMUNDO.

Me prometí acceder á este ruego, porque en efecto, la amistad que me une á Edmundo no es resultado de uno de esos conocimientos, tan comunes en nuestros días, hechos en el café, alrededor del tapete verde, ó en casa

de cualquier cortesana á la moda; no lo es tampoco por mediar relaciones de interés; descansa á la vez en una simpatía razonable y en recíproca estima. Nos conocemos desde nuestros más tiernos años; nuestras madres estaban también íntimamente unidas, y yo recuerdo aún el dolor de la mía cuando murió la de Edmundo. Jóvenes ya, nuestra amistad no se enfrió lo más mínimo: diversas circunstancias nos han separado momentáneamente; hemos estado sin vernos y hasta sin buscarnos semanas y meses enteros; pero nunca hemos dudado el uno del otro, convencidos de que al primer llamamiento que nos hiciésemos, nos encontraríamos prontos á prestarnos mútua ayuda.

Hacia, ahora precisamente, largo tiempo que no nos habíamos encontrado. La última vez que le había visto, daba el brazo á una mujer muy sencillamente ataviada, cuyo aire joven y elegante me llamó la atención, por más que no pude distinguir sus facciones, que ocultaba bajo un espeso velo. Al pasar Edmundo por mi lado, se contentó con darme un apretón de manos sin detenerse; algunos amigos de nosotros dos, me dijeron después que tenía una querida, á quien nadie conocía, y que ocultaba á todas las miradas. Hubiese podido saber la verdad con sólo ir á su casa; pero no quise, por no pecar de indiscreto. Si él no me hablaba de esos amores, es porque poderosos motivos le obligarían á callarlos; la amistad, tal como yo la entiendo, no admite ninguna especie de investigación.

Al día siguiente me presenté muy de mañana en casa de Edmundo; al verle, no pude reprimir un movimiento de sorpresa; tan cambiado le encontré. Sin darme tiempo á interrogarle, me dijo:

—Te esperaba con impaciencia; ¿puedes disponer en mi obsequio de la mayor parte del día?

—De toda la que tú quieras.

—¿Tienes el coche esperándote?

—Sí.

—Vamos entonces.

Subimos en él, dió unas señas al cochero, y un cuarto de hora después nos deteníamos ante el Hospicio Beaujon.

Durante el trayecto no me dirigió Edmundo ni una sola vez la palabra; parecía presa de tristes preocupaciones, y me creí en el deber de respetar su silencio.

Apenas se paró el carruaje cuando mi amigo se apeó. Le ví dirigirse á la portería y tomar algunos informes, y después, volviendo á mi lado, me dijo:

—Temía tanto llegar tarde, y me he dado tanta prisa por eso, que aún tenemos una hora larga de espera antes de poder entrar. Me dicen que podemos esperar en el recibimiento ó pasearnos por el jardín; ¿qué prefieres?

Me pareció que el aire libre y el paseo le convenían mucho en la disposición de ánimo en que se hallaba, y le propuse entrar en el jardín, cuya entrada nos indicaron.

Es un terreno de tres ó cuatro fanegas de tierra, que labran para atender á las diversas

necesidades del hospicio, situado entre la fachada que da á la calle y el cuerpo de edificio que ocupan los enfermos, que se hallan de este modo lejos de los ruidos exteriores que pudieran molestarles hasta verse libres de sus dolencias.

Al principio recorrimos en silencio uno de los estrechos senderos del jardín; pero cuando levanté los ojos hacia Edmundo y ví que lloraba, el interés que me inspiró dejó á un lado todo sentimiento de discreción, y le insté con calor á que me confiase sus penas.

—Para que puedas comprenderlas—me dijo,—debo antes referirte lo que me ha ocurrido en los seis meses transcurridos sin vernos. Si empezase ahora esa narración no tendría tiempo de terminarla.

—Podemos disponer, según has dicho, de cerca de una hora.

—¡Tú lo quieres, pues sea! El momento, en verdad, es el mejor para ocuparme de ella—añadió dando un suspiro.

Acaso recordarás—me dijo Edmundo,—que después de haber comido juntos un día del pasado invierno, no quise acompañarte al teatro bajo pretexto de que debía ser presen-

tado en casa de la señora T... Te pregunté si podías darme algunas noticias que me sirviesen para arreglar mi conducta cerca de ella; tú me dijiste que no la conocías más que de vista y tuve que preguntar al amigo que se había encargado de hacer mi presentación.

—La señora T...—me dijo,—no tiene bienes de fortuna; su esposo fué teniente coronel y tenía cincuenta y ocho años cuando se casó con ella, seducido por su maravillosa belleza. Murió dos años después y no la ha dejado más que la viudedad correspondiente á su graduación, y las pocas economías que un oficial del ejército francés puede hacer por más que sea oficial superior. Ella administra con mucho esmero su pequeña fortuna, y al verla siempre perfectamente vestida, y por la manera de recibir en las *soirées* que da en su casa todos los jueves, podría creerla más rica de lo que es en realidad.

A los treinta y ocho años aún llama la atención; sus ojos conservan toda su brillantez, su frente no tiene arrugas, su boca es preciosa. Desgraciadamente, todo eso es lo que causa su desesperación, porque es tan coqueta como hermosa, y la señora T... tiene una hija, cuya vista hace conocer brutalmente á los más incrédulos una verdad que ella quisiera ocultar.

Asegúrase también que madre é hija no viven en la mejor inteligencia; obligada á reconocer al lado de su hija la madurez de la edad, y lo que es aún más terrible, forzada, á no caer en el ridículo, á convenir en ella en presen-

cia de los demás, la señora T... cuyo amor propio se siente cruelmente herido, no perdona á Marta el mal que la hace, inocentemente por cierto. Sus intereses también padecen, porque á pesar de sus treinta y ocho años, bella, con talento y muy experimentada, podría encontrar con quien casarse de nuevo, si la joven, que era lo único que llevaría por dote, no asustase hasta á los más atrevidos.

Por todas estas causas, la señora T... indulgente con todos, es severa, injusta y hasta excesivamente dura con su hija; y de un carácter violento, tienen frecuentes altercados que degeneran en palabras ofensivas, que van derechas al corazón y las separan cada día más.

Tales son las diferentes particularidades en que se me inició antes de ser presentado en su casa.

La señora T... me acogió con su más graciosa sonrisa, como persona dispuesta á ver en todo joven meramente presentado, el yerno que pudiera desembarazarla de sus funciones de tutora y de madre, y ayudarla á convertirse en mujer, y mujer hermosa aún.

En cuanto á Marta, aunque los rasgos de su fisonomía no tenían la corrección y pureza de dibujo tan notables como los de la señora T..., había en sus grandes ojos negros, sus cejas fuertemente delineadas, en su labio inferior algo grueso y en su coloración acentuada, una vida y una energía unidas á una encantadora expresión de dulzura, que hacían

de ella una de las jóvenes más bonitas que había yo visto.

Aquella noche, sus cabellos recogidos en una gruesa trenza desde la mitad de la cabeza, estaban sembrados de infinidad de perlas menudas engarzadas en oro; llevaba un vestido de muselina blanca, escotado á medias, cuyos cuatro volantes terminaban en un adorno de encaje. Este traje, que se hubiera podido creer obra de afamada modista, no era debido, después lo supe, más que á la imaginación y á la habilidad de Marta. Ella misma, por la mañana, se había ataviado; el sembrado de perlas que lucía entre sus cabellos, la había llevado una hora; el bordado de los volantes más de un año de trabajo representaba.

Muchos hombres hay que huyen de algunas jóvenes con quien se hubiesen casado á pesar de su modesta dote, espantados del lujo y la elegancia que despliegan todas las noches; y sin embargo, muchos de esos atavíos que parecen haber sido adquiridos á peso de oro, de las primeras modistas de París, son debidos muchas veces al buen gusto y al trabajo de las que los llevan.

Esta elegante *toilette* con la que Marta tanto me agradó la primera vez que la vi, fué para mí después objeto de un culto especial; me gustaba vérsela llevar, ella conocía mi flaco y tenía verdadera complacencia en satisfacer mi deseo; así que en mi espíritu Marta, su traje blanco y su sembrado de perlas, forman un todo estrechamente unido, y

sus rasgos no pueden presentarse claramente más que dentro de ese marco adorado.

III

La señora T... no tenía la pretensión de dar *soirées*; reunía tan sólo una vez por semana á ciertos amigos antiguos de su marido, que iban acompañando á sus hijas, y algunos jóvenes que conocía de larga fecha. A veces autorizaba á éstos, como sucedió conmigo, á presentar algún extraño; pero este caso debía hacerse saber al recién venido, que era admitido á una simple reunión de amigos íntimos. Los padres de familia jugaban al *wihst* en un gabinete contiguo al salón, y la gente joven tocaba y bailaba cuando cualquiera de ellos y de ellas se sentaba al piano. La señora T... hacía los honores de su casa con hechicera gracia; dejaba á todos completa libertad é inventaba sin cesar entretenimientos agradables para distraer á sus invitados; Marta la ayudaba á las mil maravillas, riendo con éste, charlando con el otro, corriendo de grupo en grupo, esparciendo por todas partes su bulliciosa alegría.

Noté, sin embargo, que rehuía dirigir la palabra á un joven, á quien la señora T... hablaba con mucha intimidad. Hasta parecía

manifestar cierta afectación en no mirarle, mientras que él tenía largo rato los ojos fijos en ella. Esta escena muda me interesó y traté inútilmente de descubrir el misterio que encerraba, cuando un incidente inesperado me dió la clave de él. Después de haberse bailado varios valeses y rigodones, pidieron sus amigas á Marta que cantase; se negó al principio, pero como las instancias fueron cada vez más vivas, tuvo que ceder. Aunque Marta no tenía una voz de mucha extensión, cantaba con gusto, y sobre todo con mucho sentimiento, y experimenté un verdadero placer al oírla. Al terminar su romanza se levantó del piano y se dirigió hacia la puerta del salón. Estaba yo sentado delante de ella é impedía el paso; por lo que me apresuré á levantarme, retirando mi sitial hacia la pieza inmediata. En aquel momento la señora T..., que no podía verme porque uno de los batientes de la puerta me ocultaba, se reunió con su hija, y en tono seco y duro, que me extrañó, la dijo:

—No estás en voz esta noche, y no debías haber cantado.

—Me lo rogaban tanto—replicó Marta,— que no he creído que podía negarme más.

—Eso te conviene decir; en realidad, no te disgusta lucir tus habilidades.

Marta se mordió los labios por no contestar, pero llevada de la vivacidad de su carácter, respondió:

—Madre mía, dad órdenes á Alfredo para que cuando me sienta yo al piano os mire á

vos en vez de no apartar, como ahora ha sucedido, sus ojos de mí; él no se atreverá á desobedeceros, y acaso así seáis más indulgente conmigo.

Y á fin de evitar la tempestad que sobre sí se había atraído, entró precipitadamente en el gabinete donde yo me hallaba; y al verme comprendió que yo lo había oído todo; se puso colorada y desapareció de allí apresuradamente.

Todo estaba explicado; el joven á quien llamaban Alfredo no era indiferente á la señora T...; ella notaba la admiración que en él producía Marta, y estaba celosa de los diez y ocho años de su hija.

Por su parte, ésta, viendo con claridad lo que ocurría, como muchas jóvenes educadas con cierta libertad, había notado los verdaderos sentimientos de la señora T..., y demasiado joven para comprenderlos ó para dispensarlos, se los reprochaba á su madre cuando se veía por ésta tratada con injusticia.

Gracias á mis observaciones no me ví obligado, como sucedía á la generalidad, á echar la culpa de esa especie de enemistad, ó despecho sentido por la señora T..., á tener cerca de sí una compañía que la envejecía. Este sentimiento puede existir, pero no se puede creer en él sino con gran reserva, porque está fuera de las leyes naturales. Las madres, por el contrario, se complacen en ver crecer á sus hijos, y encuentran en esa juventud y esa belleza que se desarrolla ante sus ojos, una dulce compensación á la juventud y la

belleza de ellas propias que desaparecen. Es una nueva vida que Dios les da llena de frescura y de dulces emociones, en la que un corazón se une á otro corazón, se rejuvenece á su contacto y vuelve á encontrar los animados latidos de otras veces. Por lo tanto, cuando un hombre querido se atraviesa en medio de esa santa unión de la madre y de la hija, puede suceder que, bajo el dominio de los celos, la primera se haga dura y cruel para la segunda, si aquella es más, que madre, amante.

La *soirée* terminó sin ningún incidente, pero la conversación que sorprendí fué causa de que Marta, teniéndome por iniciado en uno de los secretos más íntimos de su casa, no me considerase por completo como á un extraño.

A la media noche, después de tomado el té se inició la marcha, y los concurrentes fueron á saludar á las señoras de la casa. Indudablemente, la señora T... estaba muy enamorada de Alfredo C... y lo dejaba adivinar á pesar de su conocimiento de la sociedad. Cuando se despidió de ella le echó una mirada llena de ternura.

Yo observaba á Marta, que con los ojos fijos en ellos se sonrió tristemente.

IV

Después he vuelto á casa de la señora T... por política y por gusto, pues sus *soirées* son muy agradables, y no voy más que por Marta. Desde el primer día me sentí atraído hacia ella por su belleza; ahora su talento y su buen carácter, llenos ambos de seductores contrastes, me impiden separarme de ella. Sin embargo, reconozco sus defectos: de naturaleza ardiente, de carácter resuelto y demasiado exaltado, es de temer que no conociendo la sociedad ni la realidad de la vida cometiese alguna falta cuyo alcance no comprendiese. Y hay que convenir en que, mal dirigida por su madre, demasiado entregada á sus propias pasiones, no tenía aquella virginidad de alma tan preciosa en una joven.

A pesar de estas observaciones me encariñaba cada día más con Marta, sin darme cuenta exacta de este amor, ni le razonaba para no tener que combatirle; por eso mis visitas se hicieron cada vez más frecuentes.

Por su parte me veía con placer, se estableció entre nosotros cierta intimidad. Era lo bastante hermosa para que muchos hombres se hubiesen fijado ya en ella; pero yo había comprendido lo que su posición tenía de

difícil, y la mostraba mi simpatía por otro motivo distinto de su belleza; y sobre todo, era la vez primera que alguien, al hacerla la corte, persistía en el deseo de serla agradable.

Y era claro, los jóvenes admitidos en su casa se acercaban á ella con gran facilidad, porque su madre, deseando casarla pronto, no ponía obstáculo alguno; pero á medida que el amor nacía en ellos, el cálculo y el razonamiento nacían también: comprendían que la renta, ya por sí modesta de la madre y de la hija, no era sino eventual; se deslizaba á sus oídos que la señora T... tachada de ligera, no ofrecía garantías serias para suegra; y en fin, les mataban por completo sus ilusiones con la frase: — *Marta no lleva dote alguno.* — Entonces ponían término á aquellas peligrosas atenciones, dirigían bruscamente sus homenajes á la señora T... y ésta, adulada su vanidad de mujer, les perdonaba que no la hubiesen pedido su hija.

Yo no había seguido esa táctica, me había ocupado de Marta solamente y persistía en ocuparme de ella; por eso se decía que me iba á casar con ella. Pero este matrimonio era imposible: huérfano, y solo en París, me había gastado locamente como tú sabes bien, desde los veintiuno á los veinticuatro años, el modesto capital que mi padre me había dejado. Desde aquella época vivo con la pensión que me pasa un tío rico, sin hijos, dispuesto á dejarme una bonita fortuna cuando se muera, á condición de que mientras viva cumpla

exactamente sus mandatos. Egoísta y positivo, como la mayor parte de los viejos solterones, mi tío sería capaz de desheredarme, sin ningún remordimiento, empezando por dejar de pasarme la pensión si hiciese un matrimonio por amor.

Yo he explicado francamente mi posición á Marta, haciéndola saber las habladurías á que servíamos de blanco y mi intención decidida de dejar de hacer aquellas visitas tan continuadas, que no teniendo objeto, podían comprometerla. Ella me rogó que desistiese de mi intento.

He adquirido la costumbre, me dijo con lágrimas en los ojos, de veros, de hablar con vos con el corazón en la mano, de confiaros mis alegrías y mis penas, no me robéis ese único placer. Me falta valor para sacrificar á mi primero y único amigo á las exigencias de una sociedad que no se cuida de mí. Dejemos que hablen de nuestro matrimonio y continuemos queriéndonos como dos hermanos.

¿Cómo no dejarse convencer? Yo hice lo que otros muchos hubiesen hecho en la posición mía; continué mis visitas.

No ha de creerse, sin embargo, que la madre y la hija viviesen en continuo desacuerdo. Cuando la señora T... no se hallaba sometida al influjo de los celos, era muy condescendiente con Marta y satisfacía voluntariamente sus caprichos; no teniendo otro interés que ser hermosa para agradar á Alfredo C..., abandonaba también en manos de su hija el cuidado del hogar y la administración

de la casa. Eran dos amigas, dos hermanas: la mayor tenía diez y ocho años y era muy razonable; la menor treinta y ocho y era muy ligera de cascos. Pero el papel de madre, tal como lo comprenden ciertas mujeres que, el día en que su hija cumple quince años, renuncian al mundo para ellas, y no van á él sino por su hija, que no la pierden de vista, siguen todos sus pasos por los senderos de la vida, penetran en sus más recónditos pensamientos para conducirlos por el verdadero camino si intentasen extraviarse, para que, en fin, cuando llega el momento de confiárselas á un yerno, por ellas elegido, puedan jurar que su hija es casta y pura, porque su vigilancia no ha cesado nunca, este papel, decíamos, que la señora T... no lo comprendió nunca así.

Marta y su madre vivían en un completo acuerdo hacía algún tiempo; pero no habiéndose cambiado en nada su posición recíproca, era de temer que cualquier accidente las volviese á desunir. En efecto, al entrar un día en su casa, á eso de las tres de la tarde, sentí al entrar en el salón, cerrarse bruscamente una puerta, pero no lo fué con la bastante ligereza para no darme tiempo á divisar á la señora T... que se dirigía á su cuarto. Marta, pálida y temblorosa, presa de una gran agitación, se hallaba de pie al lado del piano.

—¿Qué tenéis?—la dije con viveza.

—Tengo—me respondió,—que no puedo permanecer más tiempo aquí: que sufro demasiado.

Y la pobre joven se deshizo en lágrimas, repitiendo á través de sus sollozos:

—¡Esto debe terminar, sí, es preciso! Esta vez tendré el valor de marcharme de aquí.

La señora T... que por la manera de cerrar la puerta debía encontrarse tan agitada como su hija, no creyó oportuno hacer partícipe de sus emociones á un extraño, y me dejó sólo con Marta.

—Soy vuestro amigo y tengo derecho á vuestra confianza—la dije tratando de calmarla,—contadme lo que ha ocurrido.

—Apenas si yo lo sé: mi madre ha buscado una riña conmigo sin motivo, como otras mil veces lo ha hecho, y como lo volverá á hacer mientras viva con ella, ó más bien mientras Alfredo venga aquí.

—¡Qué! ¿también se ha mezclado su nombre en esta discusión?

—Sí, como siempre; me ha echado en cara ser muy coqueta con él, hacerme *toilettes* extravagantes para ser por él notada, y todo ello porque tengo hoy el vestido blanco que vos me decís que me sienta tan bien. ¡Pobre traje, qué malas intenciones te acusan! Y no tienes, sin embargo, más que una, bien inocente, la de ser agradable á mi amigo, añadió mirándome.

—¿De modo que soy yo la causa involuntaria de un disgusto tan grande?

—Sí—dijo sonriéndose á pesar de sus lágrimas;—pero consolaos; si no hubiese habido ese motivo se hubiese buscado cualquier otro pretexto.

—Vaya—la dije,—desarrugad el ceño, recobrad vuestra alegre sonrisa; y no estéis incomodada más tiempo con vuestra madre.

—Si no lo estoy; si soy feliz con veros, y ya estoy tranquila, ya lo veis. Pero—añadió con tristeza,—estas escenas se renovarán, y como no estaréis aquí para darme valor, tengo miedo de hacer alguna que sea sonada.

—¿Qué haríais?—la pregunté riéndome.

—¡Huir de aquí, por ejemplo!

—¿Y dónde iríais?

—A casa de mi tía.

—Y os volvería á traer á casa de vuestra madre, como es su deber.

—Entonces, me iría... no sé dónde, pero aquí no estoy mucho tiempo.

—¡No seáis niña! No conocéis la gravedad de tal acción, que podría haceros desgraciada para toda la vida. Felizmente no haréis nunca lo que decís. Adiós; estáis sola conmigo y debo abreviar mi visita; haced presente mis respetos á vuestra madre y marchad á abrazarla ahora mismo.

—¡Ah! me pedís demasiado, señor predicador—me dijo,—volved mañana y estaré más alegre.

V

Tuve que confesarme que me había enamorado de Marta, poco á poco, y sin sospechar-

lo. Proyectos de insurrección, y cólera sensata, todo en ella me agradaba; estaba por completo dominado por sus encantos y yo había jugado como un niño con mi reposo.

Me ha propuesto, me decía yo, su amistad á cambio de la mía, y he aceptado, como si entre ella y yo no pudiese mediar más que ese sentimiento. Con respecto á ella pudiera ser; esa niña loca no ha amado nunca, ignora lo que es amor; la basta llamarme hermano suyo, contarme sus penas, y verme de cuándo en cuándo. He hecho un mal negocio y es tarde para volver atrás.

Razonaba de este modo sin saber en realidad lo que pasaría en el corazón de Marta, que podría muy bien estar engañada sobre la naturaleza de sus sentimientos para conmigo.

Después de analizar los míos, quedé asustado del grave peligro que corría, y resolví huir de esta pasión sin salida, no yendo á casa de la señora T... sino muy de tarde en tarde, como cualquier visitante.

Pero es muy difícil romper costumbres que son agradables. Tuve que hacerme gran violencia y busqué emociones fuertes con que sustraerme y olvidar mi amor. Hice muy mal: el dolor sensato en vez de rechazar de sí los recuerdos y las imágenes capaces de aumentarlo, se alimenta con ellas, grita y se desespera; su propia fuerza se disminuye bien pronto y se extingue por fin, falta de alimentos. El dolor que se distrae, ó que cree distraerse, reaparece á lo mejor más fuerte, más violento que antes: aseméjase al fuego

oculto bajo la ceniza; arde sordamente, pero arde; quitad la ceniza, y las llamas brillarán más intensas que nunca.

Yo lo sé por experiencia propia; durante quince días conseguí aturdirme y no fui á casa de Marta; pero al cabo de ese tiempo mi energía me hizo traición, me abandonaron las fuerzas y me decidí á volver á casa de la señora T... cualesquiera que para mí fuesen las consecuencias de mi debilidad.

El día que tomé esta resolución, entré bastante tarde en mi casa. Así que me vió, la portera se dirigió á mi encuentro para decirme, con gran misterio, que una señora, diciéndose pariente mía, había preguntado por mí, á primera hora de la noche; que había insistido en esperarme, y no había tenido más remedio que hacerla aguardar en mi habitación. No traté de adivinar el misterio, y subí sin apresurarme; todo lo que no tenía relación con mi amor me era indiferente.

La llave estaba puesta en la cerradura, y abrí. Una bujía ardía sobre la chimenea; una mujer, con la cabeza oculta entre sus manos, se hallaba sentada en una butaca; me dirigí á ella y reconocí á Marta.

Ella estaba viendo y no lo creía; me parecía un sueño.

—¡Vos aquí!—exclamé cuando pude hablar.

—Sí—respondió con dulzura,—nosabía donde refugiarme, y he venido á pedir os protección; ¿no sois mi amigo, mi hermano?

—¡Es una locura que puede perderos!

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1025 MONTELEÓN, MEXICO

—Lo sé—me dijo con resignación.

—¿Qué os ha sucedido?

—¡Me han echado á la calle!

—¿Por qué causa? ¿Cómo ha sido eso?

—En estos quince días que no habéis venido á verme, en lo que habéis hecho muy mal, porque yo pasaba los días esperándoos, he sufrido de todas las maneras posibles. No sé qué tendría mi madre, ni qué hayan podido hacerla; pero estaba conmigo más injusta que nunca. Yo, por el contrario, recordando vuestros consejos, tenía gran sangre fría y mucha paciencia, escuchando sus reproches sin responderla. Hoy me hallaba sola en el salón, pensando en vos, que me habíais abandonado, y temiendo que estuviérais enfermo; estaba muy triste, tanto que lloraba. De repente, entra Alfredo C... sin ser anunciado por nadie, me pregunta dónde está mi madre y le dije que había salido. En vez de marcharse, que hubiese sido lo mejor y lo más noble, porque no ignora lo que padezco por su culpa, se sentó y quiso trabar conversación conmigo. Para hacerle entender mi descontento, me puse al piano, y toqué haciendo el mayor ruido posible. Aproximándose entonces, me reprochó mi dureza para con él, me juró que me adoraba y que, si hacía la corte á mi madre, era por tener la dicha de verme todos los días. Estas palabras me indignaron, le mandé salir y no me obedeció. Quise encerrarme en mi cuarto, y me cogió del brazo, me suplicó que le escuchase y cayó á mis pies. En este momento entró mi madre y nos sorprendió en esa

situación. ¡Ya podréis adivinar la magnitud de su cólera, y sobre quién iría á recaer! Me dijo las cosas más atroces; que yo no era ya su hija, que no quería verme, que me marchase de su casa. Y salí de ella sin saber qué hacer, ni dónde ir, y maquinalmente me dirigí á la calle donde vive mi tía. Habíase marchado por la mañana, á sus posesiones. ¿Qué hacer entonces? Me acordé de vuestras señas y aquí me tenéis.

—Marta—la dije,—aún es tiempo, os voy á volver á llevar á casa de vuestra madre.

—¡Oh! no—dijo,—¡jamás!

—Á casa de cualquier pariente vuestro, entonces, ¿no tenéis ninguno?

—No tengo á nadie más que mi tía, y no está en París.

—Pues á casa de una amiga vuestra, á casa de la señora de V... por ejemplo, que tiene una hija y que os tiene gran cariño.

Y al decir esto, miré el reloj, y comprendiendo que lo que la proponía era de difícil ejecución á tales horas, busqué cualquier otro medio de salir de aquel atolladero, pero no encontré ninguno.

—Marta—la dije,—por favor, tened valor; volved á casa de vuestra madre, haced este sacrificio por mí, si no lo habéis de hacer por vos misma.

—No, no—respondió,—exigidme todo lo que queráis, menos eso.

En presencia de tal resolución, no sabía qué partido tomar; temía que nuevas instancias por mi parte degenerasen en dureza de cora-

zón. Además los bellos ojos de Marta, inundados de lágrimas, me miraban de un modo tan suplicante, que mi energía me fué abandonando poco á poco. Sin embargo, quise hacer un esfuerzo supremo.

—Marta—la dije con tono resuelto que me costó gran trabajo aparentar;—yo no puedo teneros aquí, es preciso absolutamente que me sigáis; venid, pues, y la cogí de la mano.

—¡Oh!—exclamó soltándose,—no me amais, me he engañado, prefiero morir.

Y corrió hacia la ventana que estaba abierta.

La detuve y la cogí en mis brazos.

—¡No amarte yo!—la dije, teniéndola cogida,—¿cómo puedes tú creer eso? Es mi amor, por el contrario, lo que me hace insistir tanto tiempo en evitar tu pérdida.

La pobre niña no me oía; había pasado, en unas cuantas horas, por tantas emociones, que la dió un violento ataque de nervios. Se tiraba del sofá, donde la había echado, y golpeaba su cabeza contra el respaldo del mueble impidiéndome prestarla auxilio, porque sus manos agarradas á las mías, las apretaban con inaudita fuerza. Obligado á seguir sus movimientos convulsivos, tan pronto cubrían mi cara sus desparramados cabellos, como se apretaba contra mí, sintiendo los precipitados latidos de su corazón. De sus labios entreabiertos salían frases sin ilación, que el delirio dictaba.

—¡Quince días sin venir á verme—decía,—qué desgraciada he sido! No vivía...

no pensaba más que en él... ¡Le amo tanto!... ¡Edmundo! ¡Edmundo! ¡no me echés de tu lado! ¡ya lo ves, me moriría!

No tenía conciencia de lo que decía; había perdido la razón, y yo, poco á poco, también llegué á perderla.

VI

Cuando amaneció, y Marta, vuelta en sí, vió armas, libros, muebles extraños, en vez de las blancas cortinas de su ventana, del retrato de su padre sonriéndola, en su marco dorado, del Cristo de marfil á quien dirigía su primer mirada y su primer pensamiento, creyó estar soñando.

Pero el recuerdo de lo que había ocurrido la vispera, vino á presentarse de pronto en su horrible desnudez; midió el abismo en que había caído, y, ocultando la cabeza entre las manos, se deshizo en lágrimas.

Me separé de su lado, comprendiendo que aquel dolor necesitaba de la soledad para darle rienda libremente; y necesitaba también reflexionar para adoptar un plan de conducta en mi nueva é imprevista posición.

No es posible—me dije,—que la señora T... haya arrojado á su hija de su casa para siempre. Dueña ya de sí, la buscará; ¿qué pen-

sará de su desaparición y hacia dónde habrá dirigido sus pesquisas?

A un amigo mío, de cuya discreción tengo pruebas, y que por sus buenas relaciones con la señora T... podía ponerse con facilidad al corriente de todo, le di el encargo de que supiese la verdad. Después me fui á casa del único pariente que tengo, el tío de que te he hablado. Cuando llegué, estaba almorzando, me recibió con su cordialidad habitual, y no habiendo aceptado su invitación para que le acompañase, me dió un cigarro y me dijo que le refiriese algo nuevo.

—A eso vengo, le respondí.

Le conté mi presentación en casa de la señora T..., mi amor por Marta, no perdonando el más mínimo detalle, y acabé por darle cuenta del suceso que me había ocurrido la noche antes.

—Pues te doy mi enhorabuena—me dijo alegremente, y, levantándose de la mesa, me condujo al salón.

Ya en él le hice observar que mis confidencias no debía atribuir las ni á una loca vanidad, ni al deseo de obtener su felicitación tan sólo; había querido ilustrarle sobre mi verdadera situación para que pudiese darme consejos con conocimiento de causa y comprender los proyectos que había formado. Entonces me escuchó seriamente. Cuando le hablé de mi deseo de casarme con Marta, para devolverla la posición que en la sociedad había perdido ó iba á perder, me trató de loco, y me dijo que tuviese á mi lado todo el tiem-

po que quisiese á Marta, que á eso no se oponía como tío mío que era, pero que no le hablase nunca de casarme con ella. Después tiró de la campanilla, pidió el coche, me despidió amigablemente y se fué á la Bolsa, según costumbre diaria.

Ya me esperaba esta negativa, y si había dado este paso, era por quedar bien con mi conciencia, y porque lo creí un deber. Aunque Marta hubiese sido mil veces más hermosa, lo mismo la hubiese condenado mi tío, por ser pobre.

Tratábase ahora de saber si podría yo casarme sin su consentimiento, y si tenía derecho á cambio del nombre que daba á Marta, de condenarla á toda clase de privaciones, en el caso probable en que dejase mi tío de darme la pensión que me tenía señalada. Me pareció lo más prudente conservar esta protección, y dejar al tiempo el cuidado de procurar el cambio en nuestra situación.

El amigo á quien había dado el encargo de adquirir informes, acudió á la cita conmigo convenida. La señora T... á quien había ido á ver, y á la que había pedido noticias de Marta, se había desatado en recriminaciones contra su hija, quejándose de su mal carácter y de sus arrebatos continuos.

—¿Podréis creer—le dijo,—que ayer, tomando al pie de la letra las palabras que la he dicho en un momento de cólera, se ha escapado de casa?

—¿Y no sabes dónde está?

—No debiera haberme ocupado de ella, pero

para tranquilidad mía, he enviado á buscarla á casa de su tía, y he sabido que había ido allí á preguntar por ella, y no estando en París, se había marchado al campo á buscarla. Mi hermana, con quien no estoy en buenas relaciones, siempre la ha dado la razón en contra mía; en otras ocasiones la retenía á su lado muchos días; que se la guarde, si quiere, semanas enteras, á ver si viene más sumisa y varía de carácter.

El error que padecía la señora T... y que se explica por haber estado Marta en casa de su tía, antes de ir á la mía, me hizo concebir la esperanza de que mis amores no se verían turbados por nada en mucho tiempo. No atendiendo sino á mi egoísmo, resolví tenerlos ocultos para que la señora T... no pudiese descubrirlos, el día que cualquier accidente la hiciese perder la tranquilidad de espíritu que ahora gozaba, gracias á su equivocación.

Cuando volví ya no lloraba Marta; se arrojó avergonzada en mis brazos, sin preguntarme el motivo de mi ausencia, comprendiendo que me estaría ocupando de ella. La di cuenta de lo que había sabido, y la propuse que viviese en compañía mía.

—Yo no tengo familia — me respondió, — tú eres el único que me quiere, tus deseos son los míos. Ya no soy Marta de T..., soy tu Marta tan sólo.

Al día siguiente salimos para Aulnay.

VII

Viniendo de París, después de dejar á la izquierda á Bourg-la-Reine y Sceaux, se encuentra este precioso pueblecillo, rodeado de frondosas alamedas. El piso ha sido reemplazado por una arena amarillenta, suave para los pies como el césped, y sus casas de madera, semejando *chalets* suizos, están recubiertas de clemátidas y rosas. Desconocido para los paseantes aristocráticos, Aulnay permanece silencioso y desierto toda la semana, y el domingo se anima, día que la clase media parisién invade sus bosques y sus paseos, sus gabinetes al aire libre y su famoso árbol de Robinson, cuyas colosales ramas ofrecen hospitalidad á muchos visitantes.

En un extremo de este pueblecillo, alquilé una pequeña habitación, de modesta pero risueña apariencia. Los cuartos no eran muchos y se daba con gran facilidad la vuelta al jardín; pero los campos que se extendían al pie de las ventanas, los bosques que empezaban junto á los muros de la casa para no terminar hasta Fontenay-aux-Roses, ofrecían los más alegres horizontes y los más hermosos paseos.

La señora T..., como muchas mujeres que estriban su dicha en obtener la admiración

en los salones, no había tenido nunca afición al campo, prefería durante el verano ir á cualquier punto donde hubiera baños de mar, á donde París entero se transporta con su brillantez, sus intrigas y sus orquestas. Por eso, Marta, para quien la vida campestre era una novedad, sintió infantil alegría los primeros días de su permanencia en Aulnay; corría de un lado á otro, batía palmas de contenta, se asombraba con adorable inocencia y se sonreía con todo, con los pájaros, con las flores, con el sol; á los diez y ocho años, para olvidarse del pasado y no pensar en el porvenir, basta un poco de alegría y otro poco de amor.

¿Y cómo había de ser de otro modo, si yo olvidaba lo que nuestra posición tenía de incierta y de falsa? Y es claro, los primeros días de una unión cualquiera con una joven inocente y pura, tienen seducciones irresistibles, ante las cuales desaparecen penas é inquietudes. Plácele á uno observar aquellas mejillas siempre dispuestas á ponerse encarnadas, sus labios temblorosos, aún incapaces de hablar de amor, sus ojos un poco entornados y soñadores, sus caderas nacientes, que sin dar idea aún de la mujer, no son tampoco las de una niña. Entonces aquella á quien la timidez y la educación habían hecho parecer muda, que no se atrevía á dar vuelo á sus encantadores pensamientos, consiente en hablar y da rienda suelta á ricos tesoros de observación que tenía cuidadosamente ocultos: sus ojos bajos ven todo lo que desean ver; sus discretos oídos oyen hasta hartarse; su talento, que se

creía escaso, comprende con medias palabras no más. Después os cuenta extensamente la historia de su corazón; la coquetuela trata de probaros que ha sentido inclinación por alguien distinto que vos, é inventa cualquier bello enamorado para señalarle á vuestros celos retrospectivos; pero, no teniendo éxito alguno, pasa á las impresiones que á uno mismo se refieren, y os cuenta poniéndose encarnada, por qué y cómo habéis llegado á serla agradable.

Así me confesó Marta haberme amado desde el día que me manifesté propicio á participar de sus penas; me refirió también su emoción en cuanto me veía, sus esfuerzos por ocultarla, sus temores de no ser correspondida, su despecho cuando no me ocupaba de ella. Y al escuchar sus confesiones llenas de juventud y de freseura, las sombras del porvenir desaparecían; no veía yo otra cosa sino que tenía al lado mío una mujer joven, bella, enamorada, que satisfecha con su vida actual me prohibía ocuparme del porvenir.

Verdaderamente había rodeado mi felicidad de infinitas precauciones para prolongarla y hacerla tan completa como fuese posible, todo el tiempo que estuviese destinado á gozar de ella: era imposible que fuese descubierto nuestro retiro; de tanto misterio habíamos rodeado nuestra marcha de París; tenía dinero suficiente para sufragar por largo tiempo nuestros modestos gastos y verme libre de inquietudes materiales, incompatibles con el amor; en una palabra, nada que nos recorda-

ra las exigencias del mundo y la realidad de la vida, debía inquietarnos.

Era un verano magnífico; nuestra casita, fresca y alegre, nuestras flores, abriendo atrevidamente sus cálices al sol, y hasta un nido de ruiseñores habían elegido para domicilio los tilos que había en el fondo del jardín. Nos levantábamos muy temprano, y empezábamos á través de los campos lo que nosotros llamábamos nuestro paseo botánico. Marta, ignorante como buena parisién, de todas las faenas del campo, no sabía el nombre de ningún árbol ni de ninguna planta, y cometía equivocaciones chistosísimas. Sin conocerlas yo mucho mejor, me burlaba de ella y pretendía instruirla; pero la indómita discípula ponía en duda mi saber y se dirigía en busca de noticias más exactas á cualquier campesino que encontrásemos trabajando.

—Buen hombre—le decía,—¿esa tierra está sembrada de trigo?

—¡Nones!—decía el labriego,—es la avena del tío Mateo.

—¡He ganado!—exclamaba yo victoriosamente.

—¡Por casualidad!—decía Marta, haciendo un gesto.

Y daba las gracias al campesino, que no dejaba nunca de añadir al verla marchar:

—¡Vaya con Dios, señora!

Este calificativo que la daban en Aulnay porque nos creían casados, la hacían enrojecer. ¡Pobre niña! Esa palabra que las jóvenes los primeros días de su matrimonio no la

oyen sin experimentar un sentimiento de orgullo y de placer, la parecía un reproche, casi una afrenta, en la posición en que se hallaba con respecto á mí.

Al volver á nuestra casa almorzábamos, y mientras yo me paseaba por el jardín, Marta empezaba á hacerse la *toilette* diaria, que consistía en un sencillo traje de muselina ó en inventar algún nuevo peinado. En este último detalle daba muestras de mucho gusto; era la única coquetería, el medio infalible de seducirme.

Las horas más calurosas del día las consagrábamos al estudio, es decir, á la lectura de algún libro favorito. Marta, sentada á mi lado, tenía en la mano algún interminable bordado, y pretendía trabajar mientras me escuchaba; pero apenas abría yo el libro y empezaba á interesarnos, veía yo estirarse su cuello, animarse su fisonomía, dejar caer la obra de sus manos y permanecer ociosas é inactivas.

Habíamos encontrado en un rincón un clavicordio antiquísimo, oculto sabe Dios cuánto tiempo bajo un tapete verde; hicimosle transportar al salón, y Marta se entretenía en sacar sonidos que, si nos desgarraban muchas veces los oídos, nos ponían de buen humor. Con frecuencia una nota chillona y discordante, inmediatamente seguida de nuestras carcajadas, venía á interrumpir algún precioso trozo de ópera, y otras veces, Marta aparentaba conservar su seriedad, se empeñaba en tocar á pesar de mi gritería y sostenía que el piano

era excelente, las notas exactas y que yo no entendía de música. Entonces empezábamos una discusión que no acababa nunca, para probarnos mutuamente las excelencias de nuestro oído y de nuestro instinto musical. Al final se echaba á reír, me abrazaba y juraba quemar el piano, causa de nuestras terribles discordias; y después le perdonábamos la vida en atención á sus muchos servicios, su edad, y sobre todo sus achaques.

Apenas el sol se ocultaba nos preparábamos á dar el paseo de la tarde. A ruego mío, Marta, á quien podría hacer daño la frescura de la tarde, se envolvía en un chal. Era su chal de soltera, sencillo y bonito á la vez, que le había regalado su padre tres años antes, y que era el que precipitadamente había echado sobre sus hombros al escaparse de su casa. No tenía más recuerdo que ese del hogar paterno; por eso tenía un cuidado extremo de aquel chal; le doblaba así que entraba en casa y no se le ponía cuando amenazaba llover.

Un día, al volver de un paseo imprudente á través del bosque, sorprendió en él un gran desgarrón; la vi contemplar tristemente aquella avería, y no creyendo que yo la oía exclamó:—;Pobre chal! también tú has perdido tu antiguo esplendor; ya, lo mismo que yo, no tendrás derecho al respeto de nadie.

No di entonces importancia á aquellas palabras que hubieran debido indicarme algún oculto sufrimiento de Marta. Desde hacía poco tiempo la más ligera causa la llevaba á recordar el pasado; es verdad que entonces

cualquier cosa también la hacía de nuevo no pensar más que en su amor y en la alegría de verse amada, y la sonrisa renacía en sus labios tan prontamente como había desaparecido.

Nuestros paseos por la tarde los dábamos por los bosques de los alrededores, siguiendo con preferencia las calles de árboles más desiertas y las sendas más estrechas, no teniendo otros deseos que marchar uno delante del otro, respirar los perfumes que esparcen en la atmósfera las encinas y los avellanos en flor, y ver los gusanos de luz relucir entre la yerba y las estrellas en el cielo. Entonces era llegado el momento de nuestras más tiernas confidencias. Marta inclinaba su cabeza en mi hombro, y sus labios me repetían, muy bajito, las preciosas revelaciones que sus ojos me habían hecho mil veces en todo el día.

VIII

El otoño sucedió al estío; un viento frío penetraba á veces por nuestras puertas y ventanas mal unidas. Habíamos querido encender fuego en la chimenea del salón, pero poco acostumbrada, sin duda, á ese uso, nos había llenado de humo para castigarnos por haberlo desconocido. Estos pequeños reveses

no habían hecho daño alguno á nuestra alegría, y no me acuerdo de que nunca hayamos pensado que en París el aire es menos intenso y que las chimeneas son mejores. Aulnay, donde habíamos sido tan felices, nos parecía una parte integrante de nuestro amor, y hubiese sido un crimen para nuestro reposo pensar en abandonarle.

Sentíamos, sin embargo, que faltaba algo al bienestar material de que habíamos estado rodeados, y empezamos á desear ya los bienes del prójimo. El objeto de estas codiciosas miras era una casa separada de la nuestra por el muro que dividía los jardines de ambas. Tenía piso bajo y principal; sus ventanas daban al Mediodía, y se hallaba resguardada del viento Norte por una hilera de árboles frondosos, elevándose resplandeciente de blancura y de luz, enfrente de nuestro modesto albergue, hecho á la ligera para ser alquilado durante tres meses del año tan sólo á algún fugitivo parisién.

Viendo acercarse el invierno, nos permitíamos desear la posesión de la lindante casa sin hacer daño á nadie, porque había estado sin habitar todo el tiempo que estábamos en Aulnay. Preguntando á las gentes del pueblo á quién pertenecía y si podría alquilarse en un precio arreglado, para el tiempo en que estábamos ya, supimos que acababa de ser vendida á unos recién casados, que tenían intención de vivir en ella en la bellísima estación del otoño. Fué preciso resignarse, y no nos fué muy difícil, porque reapareció el calor

como por encanto, cual ocurre muchas veces al principiar el invierno; parecía que estábamos en pleno estío á no ser por la frialdad de las noches y el tinte amarillento de las hojas.

Habíamos vuelto á emprender nuestra buena vida de antes, cuando una mañana, al volver de nuestro paseo acostumbrado, vimos pararse un coche de camino delante de la casa de que hablaba.

—Nuestros vecinos han llegado—dije á Marta.—En efecto—replicó alzando la vista;—sus ventanas están abiertas; han tardado mucho en decidirse, pero al fin han venido; apuesto á que es un matrimonio viejo.

—¿Por qué?

—Por la forma del coche.

—Pues yo creo, por el contrario, que son jóvenes.

—¿Apostamos algo?

—Lo que quieras.

—Ya me debes cuatro.

—Pues vayan las cuatro y quedaré en paz ó te doblo.

—¡Sea! Si la mujer tiene más de treinta años, ganas tú.

—Convenido; vayamos á saberlo cuanto antes.

—¿Desde dónde los veremos mejor?

—Desde el montecillo que hay en el fondo de nuestro jardín, dominamos todo el suyo. Indudablemente se estarán paseando por él ahora mismo, para reconocer su nueva propiedad; vamos, que tengo prisa por ganarte la apuesta.

—Sí, la apuesta tuya no es más que un pretexto para satisfacer tu curiosidad á todo tu placer, y yo he caído en el lazo—la dije sonriéndome.

—¡Sí, sí! ¡Y tú me dices eso porque temes perder, tramposo!—Y me llevó tras de sí.

Como lo había previsto Marta, no tardamos en ver á nuestros nuevos vecinos. Ella se paseaba sola por una calle de árboles; pero unos arbustos colocados entre ella y nosotros, la ocultaban á medias, no dejándonos ver la cara.

—Tiene aire de ser joven—dije,—doblo la apuesta.

—Los talles engañan muchas veces; acepto. Un poco de paciencia y sabremos bien pronto quién gana.

De repente, Marta dió un grito, y antes de pensar yo siquiera en detenerla, baja corriendo del montecillo donde nos habíamos subido, abre una puerta mal cerrada, penetra en el jardín de nuestros vecinos y corre al encuentro de la joven que por él se paseaba.

—Marta, ¿tú en Aulnay?

—¡Juana! ¿tú aquí?—dijeron al mismo tiempo las dos jóvenes, confundiéndose en un estrecho abrazo.

Al momento comprendí el peligro que la acción irreflexiva de Marta podía ocasionarnos. Había hallado una amiga en la que creíamos una extraña, y no escuchando más que á su corazón, se había lanzado á su encuentro; pero después de los primeros transportes de alegría, cuando llegase el instante de las pre-

guntas y las confidencias, ¿qué iba á decirle? ¿qué la contestaría? Ella no había previsto tal obstáculo, que comprendí habria de proporcionarla crueles sufrimientos. Yo no podía auxiliarla en nada: si ella inventaba alguna fábula para explicar su permanencia en Aulnay, mi presencia la estorbaba; era hasta necesario que no me viese su amiga, y me marché del jardín.

Una tristeza repentina, la primera que había experimentado desde que principiaron nuestros amores, se apoderó de mí; me pareció que mi felicidad había concluido.

Marta volvió al cuarto de hora; en cuanto me divisó á lo lejos corrió á mi encuentro, y se arrojó toda asustada en mis brazos.

—No podemos permanecer aquí más tiempo; vámonos, pero pronto; van á venir al momento á visitarnos.

—¿Cómo?

—Sí; Juana y su marido estarán dentro de un instante en nuestra casa, ¿comprendes?

—¡Marta!—reliqué con cierto tono de reproche, que no fui dueño de evitar;—¡has turbado con tu imprudencia nuestra dichosa vida!

—¡Perdón!—exclamó llorando;—conozco mi falta; pero cuando he visto á Juana, mi mejor amiga, lo he olvidado todo, he creído ser la Marta de otras veces, sin reflexionar la distancia que de ella me separa ahora.

—¿Y sabe ya?...—la pregunté.

—No, todo lo ignora; hace cinco meses que salió de París; me he visto obligada á mentir y á engañarla.

—Pues, ¿qué ha pasado?

—No puedo decírtelo; te afligiría, no comprenderías mi pena y mi vergüenza. Soy una loca, una ingrata; nos amamos, y todo lo que no fuese nuestro amor debiera serme indiferente.

—No, Marta, dimelo todo; es indispensable para que podamos tomar nuestras medidas.

—¡Bueno! voy á tratar de hacerlo, porque necesito desahogar mi corazón. Juana me ha dado cuenta de su reciente matrimonio; me ha hablado de su padre que la daba orgullosamente el brazo al entrar en la iglesia; de su madre, que lloró al separarse de ella, y la prometió escribirla todos los días. Estos detalles me han hecho mucho daño; tú lo comprendes, ¿no es cierto? y me perdonarás.

Cogí la mano de mi pobre Marta y la apreté entre las mías.

Y continuo así:

—Juana se paró en su narración y me dió sus excusas por haber empezado á hablar de sí misma; me preguntó si vivía en Aulnay con mi tía ó con mi madre. Comprendí mi imprudencia, me puse colorada y me sentí turbada, y echándose á reír me dijo:—¡Ah! lo adivino, tanto he hablado de mí, que no te he dado tiempo para contarme tus secretos, ¿te has casado también y vivís aquí?—No he tenido valor para decirla que sí, pero tampoco la he dicho que no, y ha creído que sus sospechas eran ciertas. Entonces me ha atormentado con mil preguntas.—¿Es joven? ¿Es rico? ¿Qué ocupación tiene? ¿Es aquel chico que bailaba

tanto contigo el invierno pasado? No me dices nada, es él, lo he adivinado.—Y en efecto, no decía nada ni tenía valor para hablar. Por más que Juana tanto me preguntaba, que no me daba ocasión de hacerlo: ¡Qué suplicio tan atroz! Felizmente vino su marido á reunirse con ella; Juana me presentó á él, me saludó, y yo he bajado los ojos y he debido parecerle bastante tonta, siendo una mujer casada. Me han invitado á entrar en su casa, y he tenido la suficiente presencia de espíritu para contestarles que me estaban esperando.—Bueno, no insistimos—dijo Juana riendo;—no nos querría nuestro vecino si te detuviésemos, y sería una desgracia indisponerle con nosotros. Hasta ahora; mi marido y yo iremos á veros hoy mismo.

Se marcharon, y apenas tuve fuerzas para volver á entrar en casa.

—No hay que vacilar—continuó diciendo;—es preciso que no nos encuentren aquí cuando vengan; en Aulnay no puede uno negarse á recibir visitas como en París. Ya comprendes cuán doloroso sería para mí mentir delante de tí, porque no restablecer la verdad cuando una palabra basta para hacerlo, es mentir, y tú mismo, ¿en qué falsa posición no te hallarías con respecto al marido de Juana?

—Tienes razón—dije, después de reflexionar algunos instantes,—marchemos de aquí; ya veremos cómo podemos continuar siendo dichosos.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—exclamó.—¿Dudas de nuestra dicha en el porvenir?

Guardé silencio; no debía hacerla partícipe de mis tristes presentimientos.

Una hora más tarde dejábamos á Aulnay; la campesina que nos servía de criada, quedó encargada de decir á la amiga de Marta, cuando viniese, que un negocio imprevisto nos había hecho salir precipitadamente para París.

En el momento de partir, no viendo á Marta á mi lado, la busqué por la casa y abrí su cuarto. La hallé arrodillada y llorando. Así que me vió, se levantó.

—Acabo de dar gracias á Dios—me dijo,—por la felicidad que he disfrutado en esta casa, y le he pedido que continúe otorgándonosla. Mi amor á tí es tan verdadero, que acaso merezca me sean perdonadas mis faltas.

En la primera revuelta del camino, echamos la última mirada á nuestra preciosa casita; la mujer que nos había servido durante nuestra estancia, de pie, delante de la puerta, nos seguía tristemente con la vista, y Juana V..., fiel á su promesa, orgullosamente apoyada en el brazo de su marido, se dirigía hacia la morada que nosotros abandonábamos por culpa suya.

IX

Al entrar en mi casa, en París, encontré una esquila del amigo que había estado

á instancias mías á ver á la madre de Marta; ignoraba el lugar de mi retiro, y no había podido dirigirme su carta, por lo que me rogaba que fuese á verle así que llegase. Como lo había previsto, nuestras inquietudes iban á dar principio, y no había ya posibilidad de sustraerse á ellas.

Lo que tenía que contarme era: que gracias al tiempo y á la ausencia, la ira de la señora T... contra su hija se había aplacado; la extrañaba no oír hablar nada de Marta, y escribió á su hermana para tener noticias de ella. Esta estaba viajando, y tardó en responder que no había visto á su sobrina hacia largo tiempo, y que no comprendía ni una palabra de lo que la decía. La inquietud de la señora T... fué inmensa; después de diversas pesquisas, sin resultado, resolvió dirigirse á la policía, y felizmente encargó á mi amigo que la ayudase. Este, para tranquilizarla al menos sobre la existencia de su hija, y para evitar que se tomaran graves medidas, se creyó en el deber de darla cuenta de lo que él sabía acerca de mis relaciones con ella. Deploró con su madre esta mancha en el honor de Marta, pero la aconsejó guardar silencio y esperar nuestra llegada, no dudando que yo devolvería á Marta, por medio del matrimonio, el sitio que debía ocupar en la sociedad.

Le respondí que no se había engañado al suponerme la intención de casarme con Marta; pero que sin fortuna los dos me parecía necesario obtener de mi tío el consentimiento

de nuestro matrimonio; que emprendería su conversión y esperaba conseguirlo pronto. Autoricé á mi amigo para que repitiese mis palabras á la señora T... á fin de que estuviese tranquila sobre el porvenir de su hija. Le rogué también que ocultase nuestra llegada á París para que no produjese ruido.

Mientras, anticipándome al porvenir, trataba de hacerle que fuese lo mejor posible. Marta, á quien por un sentimiento de delicadeza no quería hablar de mis proyectos, cayó en una especie de postración moral muy alarmante. La pobre niña se había exagerado sus propias fuerzas al creer que podría romper con la vida honrada en que había sido educada, y reemplazar por el cariño de uno solo, la dicha de sentirse amada y respetada por todo el mundo. En Aulnay, donde siempre estaba yo á su lado, pude desterrar de su espíritu, por medio de la distracción, todo pensamiento extraño á nuestros amores, é impedir que los recuerdos del pasado contrariasen nuestra felicidad. Pero en París los pasos que tenía que dar en nuestro interés mútuo, me obligaban á dejarla sola muchas veces, pudiendo reflexionar á solas con toda libertad.

¿Echaba de menos la inocencia de sus primeros años, las caricias de su madre, hasta los disgustos de que había huido? ¿Quién lo sabe! ¿La vista de su amiga de la infancia, de Juana, casada y dichosa, la había impresionado y envidiaba parecida suerte? ¿O tal vez, recordando que no la separaban de su madre más que unos cuantos pasos, sentía el imperio-

so deseo de abrazarla? Acaso la melancolía de Marta participase de todas esas causas á la vez, é incapaz de adivinarlas sufría doblemente como el enfermo que ignora dónde tiene el mal que mina su existencia. Cualesquiera que fuesen, había perdido la infantil alegría de otras veces; yo la veía palidecer y adelgazar. La preguntaba y me respondía que era dichosa y que nunca había estado mejor. Insistía, y por miedo á ser comprendida juraba que no deseaba nada, que no echaba nada de menos y achacaba su estado á dolores de cabeza que siempre había padecido.

Quise vencer aquel malestar y la hice que me acompañase varias veces al teatro. Estas diversiones, no impotentes para distraerla, fueron en más de una ocasión causa de disgusto para ella. Temía á cada paso ser conocida; cuando cualquier espectador volvía la cabeza hacia nosotros, se ocultaba precipitadamente en el rincón más obscuro del palco. Llegó á ocurrir encontrarse al pasar por uno de los pasillos, con algunos jóvenes que conocía en las reuniones donde iba antes; y á pesar de ir oculta bajo un espeso velo, bajo el cual era imposible ser conocida, se apretaba convulsivamente contra mí.

Estos temores la llevaban á recordar la época en que, sentada al lado de su madre en la primera fila de un palco por asientos, paseaba sus miradas por toda la sala y saludaba á sus amigas con una sonrisa. Hay mujeres que podrán cometer una falta, pero no se habitúan nunca á la equívoca posición que

es consecuencia inevitable de ella. Comprendí el sufrimiento de aquella pobre alma herida, y no exigí más que Marta saliese de casa.

Una mañana, sin embargo, seducidos los dos por la hermosura de un espléndido sol de invierno, resolvimos ir á ver nuestra casita de Aulnay que habíamos tenido tan bruscamente que abandonar. Juana y su marido no debían estar ya allí, y no podíamos temer encontrar á nadie conocido en esta época del año.

El día que pasamos fué delicioso; el frío y la agitación producida por la marcha devolvieron al hermoso semblante de Marta los brillantes colores que había perdido. La sorprendí riendo como otras veces; volvía á ser la niña de antes, y olvidando el presente, no vivía ya más que en el pasado. Dimos la vuelta al pueblo, volvimos á ver nuestra casita, nuestros copudos árboles, y recorrimos con placer nuestros paseos favoritos; cada paso nos traía á la memoria un recuerdo feliz y seguíamos adelante para no dejar á las penas tiempo de que sucediesen á nuestros recuerdos.

Un día que tan bien había empezado debería haber concluído lo mismo; pero no fué así. No pudimos tomar el coche que nos había llevado á Aulnay, y nós fué preciso tomar, para volvernos á París, un ómnibus destinado al servicio público. Apenas habíamos entrado en él, fui conocido por uno de esos jóvenes que, bajo el pretexto de haber ido al colegio

con nosotros diez años antes, os aprietan la mano y os tutean. Venía de pasar el día en el campo, con su querida, una aventurera. Nos dirigieron la palabra, y á pesar de nuestro obstinado silencio, como no estábamos más que los cuatro en el carruaje, persistieron en hacer que la conversación fuese general, y á propósito de asuntos que Marta no debía oír.

¿Qué hacer? ¿Cómo hacerles callar ó incomodarse sin caer en el ridículo? La mujer que va sola con un hombre que se sabe no se ha casado, pasa por su querida, y ésta se supone siempre que ha de pertenecer, mientras no se pruebe lo contrario, á cierta clase de mujeres delante de las cuales puede hablarse de todo. No faltaron al respeto á la que yo acompañaba, porque eso no lo hubiera yo permitido; pero hirieron profundamente á Marta, acostumbrada á otra manera de conducirse.

Estos detalles pueden parecer pueriles; tantas mujeres aceptan con gran ligereza posiciones falsas, y se acostumbran á un género de vida sin nombre en la sociedad, que no puede imaginarse cuán crueles son para ciertos espíritus delicados. Marta no se quejó, no hizo nunca alusión á aquel encuentro; pero yo me apercibí de que había recibido una herida profunda y que, para siempre, tenía en el corazón una llaga incurable: el recuerdo de una vida libre de sucesos deshonrosos.

Bien pronto los dolores de cabeza de que se quejaba, y que eran producidos por sus incessantes preocupaciones, se hicieron más violentos. Sin estar mala por completo, y sin que-

rer guardar cama, tenía frecuentes accesos de fiebre. Yo no me atrevía á dejarla sola y pasaba á su lado el tiempo que debiera consagrar á vencer la resistencia de mi tío. Eso fué lo que nos perdió.

La señora T..., á quien no se había podido ocultar más tiempo nuestra estancia en París, irritada de no verme tomar determinación alguna, tuvo la idea de escribirme para echarme en cara haber deshonrado su nombre, ordenándome que la devolviese su hija, puesto que no me casaba con ella, amenazándome, si no lo hacía, proceder contra mí por el delito de seducción y raptó de una menor.

Tal amenaza no me asustaba; pero me pareció conveniente aparentar que la daba importancia, y dirigí á mi tío la carta de la señora T... Creía yo que al ver cómo se presentaban las cosas, accedería á dar el consentimiento deseado, ó me obligaría á pasarme sin él si persistiese en su negativa; la impaciencia de la madre de Marta y el estado de ésta, no me permitían tener más calma. Me decidí, al mismo tiempo, á pedir á un protector mío, muy influyente, un destino que estaba vacante, para tener una posición independiente.

Iba á salir á emprender estos asuntos cuando me trajeron la carta de la señora T..., sobre la que mi tío se había limitado á escribir estas palabras:

¿Qué quieres probarme? ¿Que debes casarte con esa joven que tan bien ha calculado su amor, su escapatoria y su caída, y que, de acuerdo con su madre, te conduce dulcemen-

te al matrimonio, único objeto de sus ambiciosas miras! Estás en libertad de hacer esa locura; pero yo, para que ni siquiera parezca que la autorizo, no te veré más.

Marta estaba al lado mío cuando recibí la carta, se apercebió, y la alarmó, sin duda, el movimiento de cólera que no fué dueño de contener.

Me marché al momento, decidido á no contar con mi tío para asuntos del corazón, que tan mal comprendía, y á no pedir consejos á nadie más que á mi conciencia. En tales disposiciones, el destino que deseaba me era indispensable de todo punto; y fuí tan exigente que tuve la dicha de obtenerle. Corrí al momento á llevar la noticia al amigo mío que tanto me había ayudado en este asunto. Le dije que diese cuenta á la señora T... de mi intención de casarme con su hija lo más pronto posible, y mi deseo de que Marta volviese á casa de su madre, para vivir con ella hasta el día que pudiese, legalmente ya, vivir conmigo.

Quando después de haber estado largo tiempo indeciso, se decide uno á tomar un partido, se siente la cabeza más despejada y el espíritu más alegre; de este modo entré en mi casa, por el camino más largo, formando mil proyectos para el porvenir, y buscando la manera más delicada de dar la gran noticia á mi preciosa prometida.

Había empleado todo el día en estas diversas ocupaciones, y estaba anocheciendo cuando llegué á mi casa. Marta, que pretendía conocer el ruido de mis pasos y corría siem-

pre á esperarme en la puerta de la escalera, no estaba en su puesto habitual.

Abri y no ví á nadie; la llamé y no me respondió. Creí que sería alguna broma suya.

—Marta—dije,—es inútil que te ocultes porque no te he de buscar.

Presté atención; no oí ninguna careajada que me respondiese. Encendí una luz y recorrí todas las habitaciones. No solamente no encontré á Marta, sino que no percibí señal alguna de su presencia; ni un libro, ni un bordado, négligentemente tirados sobre un mueble. Abri un armario; el sombrero que ordinariamente usaba no estaba en su sitio. ¡Qué! ¡Habrá salido! ¡Y sin mí! ¡Nunca hizo eso, ni aun en Aulnay!

Ya caigo, pensé en mi interior, me estaba bordando algún bolsillo, se la habrá concluido la seda y habrá ido á comprarla.

Pero no volvía.

Bajé á preguntar á la portera; la habia visto salir, una hora después de marcharme, es decir, hacia ya cuatro ó cinco horas.

No comprendía nada de aquélllo. Mil extrañas ideas cruzaron por mi espíritu; creó que hasta hubo un instante en que dudé de la fidelidad de la pobre niña.

Es imposible, me decía, subiendo la escalera, que ella no me haya escrito algunas líneas; no puede jugar de este modo con mi reposo.

Me puse á buscar por todas partes, y habiendo visto, sobre el velador de la sala, un objeto cuidadosamente envuelto, me apoderé

de él. Era el bolsillo que me estaba haciendo. A través de las mallas de seda y oro, me pareció distinguir un papel; tiré de los cordones y hallé la carta de la señora T... que me habia enviado mi tío por la mañana con las anotaciones hechas por él. Marta, á su vez, habia añadido lo siguiente:

Después de haber leído esta carta, un partido tan sólo debo tomar: marcharme de tu lado. Las amenazas de mi madre me asustan por tí. Adiós; piensa de vez en cuándo en nuestros bellos días de amor que pasamos en Aulnay.

Quedé anonadado, no sentía fuerzas ni aun para quejarme; sentía miedo de verme solo y abandonado. Como leí maquinalmente la carta, algunas palabras, medio borradas, que no habia visto antes, no llamaron mi atención.

Me voy á casa de mi madre—decía;—estando allí, te verás libre de toda clase de persecuciones, y tu tío me juzgará mejor.

Estas líneas, escritas evidentemente, en el último momento, después de largas vacilaciones, por compasión hacia mi, me devolvieron la razón. Ya sabia dónde hallarla, para reprocharla su generosa acción, para decirle que, creyendo salvarme, por poco me mata; y por último, que no tenia derecho á disponer de sí misma, puesto que era ya mi prometida y sería muy pronto mi esposa. Recordando también que habia pedido á la señora T... que su hija volviese á su casa hasta que se celebrase nuestro matrimonio, me di cuen-

ta de que Marta no había hecho más que adelantar la hora de nuestra separación.

Una sola cosa me alarmaba, la manera con que su madre la habría recibido. Pero confiaba, en que prevenida la señora T... desde por la mañana, por nuestro amigo común, no se habría asombrado de una vuelta tan inesperada; y que debía comprender que el pasado de Marta á nadie importaba más que á mí, y se hallaba dispensada de dirigirla inútiles reproches. Contaba también con la voz del corazón.—*Una madre me decía, siempre da muestras de serlo, y no se niega nunca á recibir con los brazos abiertos al hijo pródigo.*

Casi tranquilizado, pero sintiendo mi soledad y el silencio que reinaba en mi casa, antes tan animada con la presencia de Marta, tuve el pensamiento de ir aquella misma noche á casa de la señora T... para decirle que siéndome su hija indispensable á mi existencia, la suplicaba me dejase pasar la mayor parte del tiempo al lado de ellas dos, hasta el día de mi matrimonio. Desgraciadamente para mí, reflexioné que esta primera noche debía pertenecer por entero á la madre y á la hija, y me resigné á esperar el día siguiente.

Demasiado fatigado por todas las emociones del día para salir de casa, me tendí sobre un sofá, y queriendo no separarme de Marta, al menos con el pensamiento, evoqué los recuerdos más queridos de nuestros amores. Al principio se me aparecieron distintamente, después se hicieron confusos y oscuros. Me pa-

reció que todos los sucesos acaecidos desde el día en que me había encontrado con Marta en mi casa, no habían sido más que un sueño, y que ella era siempre la casta joven soltera á quien había visitado la víspera en casa de su madre, y á quien volvería á ver muy pronto.

X

Llamaba al día siguiente, á la una de la tarde, á la puerta de la señora T..., habiéndome sido preciso desplegar gran fuerza de voluntad para no haberme presentado allí muy temprano. La criada que me abrió no me conocía, me preguntó mi nombre y me dijo que iba á avisar á su señora.

En nada había cambiado la sala: los muebles ocupaban el mismo sitio, y sobre el piano abierto vi muchas piezas de música que Marta se había puesto á estudiar delante de mí muchas veces. Al menor ruido creía verla aparecer como en otros tiempos, y aparentando extrañarse de mi presencia. Mi sueño continuaba aún.

Después de hacerme aguardar unos instantes, la dueña de la casa se presentó. Venía sola; pensé que habría manifestado deseos de hablar á solas conmigo, y que después saldría ella.

La señora T... me acogió sin afectar una gran frialdad, é indicándome que me sentase, me dijo:

—Caballero, mi hija, vos y yo, tenemos cada cual por nuestra parte que dirigirnos reproches mutuos, por eso me parece muy conveniente que no hablemos nada de lo pasado. Mi amigo, que lo es vuestro también, me ha dado cuenta de vuestros proyectos; yo los apruebo, y Marta, según vuestros deseos, vendrá á vivir conmigo hasta que tenga derecho á separarse de mí.

La buena acogida con que me recibía la señora T..., la dulzura con que se expresaba, y que ella, como mujer de gran tacto y de talento, se había impuesto, me dieron ánimos para solicitar de ella el favor de ser recibido en su casa lo más frecuentemente posible, mientras llegaba el día de realizarse mi matrimonio con su hija.

—A contar desde hoy— me respondió,—no deseo ver en vos más que un futuro yerno; por lo tanto, seréis admitido en mi casa siempre que queráis venir á ella. Ahora me explico vuestra visita que no esperaba; deseabais conocer mis intenciones antes de dejar á mi hija que vuelva á casa de su madre.

—Sois injusta conmigo, señora— repliqué.—Ya habréis notado que hasta hoy no os había dirigido esta súplica.

—Precisamente, en el momento más oportuno.

—No tal, puesto que Marta está ya en vuestra casa.

—¡Qué! ¡mi hija aquí!—exclamó visiblemente conmovida.—¿Ha venido con vos? ¿Dónde está? ¿Se halla á la puerta en un coche, no es eso? ¿No se atreve á entrar? ¡Id á buscarla! ¡Hace tanto tiempo que no la veo!

Miraba á la señora T... sin comprender una palabra de lo que decía.

—Pero, ¿qué aguardáis?—volvió á decir.—¡Si os he prometido recibirla bien!—Si es preciso, yo iré á buscarla.

—Señora—la dije, no pudiendo creer lo que oía;—amo á Marta lo que no os podéis figurar; os suplico, por tanto, que no juguéis con mi corazón.

—No comprendo. ¿Qué os sucede? ¡Os ponéis pálido!

—Pero, señora, ¿no está aquí desde ayer vuestra hija?

—No, señor... Pero vamos á cuentas, ¿sois vos el que quiere jugar con mi cariño de madre? ¿Por qué creéis que Marta está en mi casa?

No respondi; el asombro, el espanto, me impedían articular ni una palabra. Un horrible presentimiento había venido á herir directamente mi corazón, y como la señora T... me instaba á que hablase, tendí ante su vista la carta que el día antes me había escrito, mostrándola con el dedo las líneas que Marta había añadido.

—¿Qué habrá sido de ella?—nos preguntábamos á la vez.

La señora T... había olvidado todas las que-

jas que tenía de su hija, y empezó á sollozar. Pero mi dolor me hizo ser cruel.

—Vuestra carta y vuestras amenazas, señora—exclamé yo,—son la causa de una gran desgracia; no se trata ahora de llorar, lo que es preciso es buscar á Marta.

—Tenéis razón—dijo, tratando de levantarse y no pudiendo conseguirlo.—Id—me dijo,—vos que tenéis más valor que yo; os seguiré al momento, ¡por favor, traedme á mi hija!

Cuando un minuto después me encontré solo en la calle, no supe hacia qué parte dirigirme. Al mismo tiempo mil pensamientos terribles bullían en mi cabeza, porque todo era de temer del exaltado carácter de Marta. Estas líneas medio borradas, donde me anunciaban su vuelta á casa de su madre, habrían sido escritas con objeto de desorientarme y desviar mis sospechas; ¿tendría, cuando las escribió, algún horrible designio?

Permanecí como tonto, en pie, cerca de la casa de la señora T..., mirando á todas partes sin ver nada, y sintiéndome incapaz de tomar ninguna resolución.

En esto, un pensamiento menos triste se me vino á la imaginación. ¡Qué loco soy, teniendo tales ideas!—exclamé;—y como pasase un coche desalquilado por la calle, me metí en él, indicando al cochero el camino de Sceaux. Indudablemente, no sintiéndose Marta con valor para afrontar los reproches de su madre, y no sabiendo dónde ir, se habría dirigido, según mi parecer, á nuestra casa de Aulnay,

que hasta fin de año teníamos alquilada.

Cuanto más pensaba, más razonable creía esta esperanza; al aproximarme á Aulnay, se había trocado en certeza y preparaba ya lo que había de decir á esa fugitiva para mí tan querida. No me preocupaba más que saber si sería lo bastante dueño de mí para abrazarla antes de reñirla, ó si después de haber comenzado mi preparado discurso, no vendría á interrumpirme, á lo mejor, una preciosa sonrisa de Marta.

Durante este tiempo, el cochero, animado por mis promesas, atravesaba rápidamente Bourg-la-Reine y Sceaux, y llegaba á Aulnay. Corrí hacia nuestra casa; todas las ventanas se veían cerradas; llamé á la puerta, y no me abrieron; salté un seto poco elevado, y entré en el jardín. Estaba triste y silencioso; las últimas hojas de los árboles, que, desde nuestra marcha se habían caído, cubrían por completo las calles.

En aquel momento, nuestra criada habíase enterado de mi llegada y corrió alegre á mi encuentro.

—¡Ah! buenos días, señorito—me dijo.—¿Cómo está la señorita Marta?

—¿Pues qué no está aquí?—exclamé.

—¡Aquí!... ¡no señor!

Había perdido la última esperanza, y volví á subirme al coche que me había conducido.

XI

Al entrar en París, me sacó de mi aturdimiento la voz del cochero que me preguntaba dónde quería que me llevase. Le di mis señas. En un caso desesperado, acepta uno hasta las esperanzas más increíbles, y creí que Marta hubiese vuelto á nuestra casa durante mi ausencia... ¡Ah! ¡Nadie la había visto! Me dirigí de nuevo á casa de su madre.

Apeábase de un coche cuando llegaba yo á su puerta, y sin saludarnos siquiera:

—¡Nada!—exclamé.

—¡Nada, también!—replicó.

—¡Adiós, entonces!

—¿Qué pensáis hacer?

—No lo sé; la casualidad me hará encontrarla.

La noche se echaba encima. La fiebre se apoderaba de mí. Iba corriendo, sin tener conciencia de mis actos, sin ser dueño de mis pensamientos. A veces, al volver una esquina, un viento fresco que me azotaba la cara, me hacía volver en mí, permitiéndome por un instante ser dueño de mí. Otras, pensaba en aquella niña que vivía antes de conocerme, tranquila y respetada por todos. Había venido una tarde, á pedirme asilo, y la había perdido para siempre; tal vez á estas horas,

estuviese ya muerta para evitarme disgustos y devolverme mi libertad... Luego, me representaba á Marta, como la había visto el primer día, con perlas en los cabellos y su bonito traje blanco, corriendo por el salón de grupo en grupo, alegre, vivaracha, sonriente, y cómo ahora la hallaría, ó muerta ó moribunda.

Y mientras que estos pensamientos torturaban mi alma, París se conmovía con mil carcajadas de risa, con alegres gritos y canciones; el gas lucía como de costumbre; las orquestas y los bailes confundían sus diversos ruidos con el de los coches y animadas gentes que salían del teatro, cambiaban sus alegres impresiones, sin enterarse de este pobre loco que pasaba por su lado recorriendo las murallas.

Al atravesar uno de los boulevares, distinguí una mujer de la misma estatura que Marta y que se daba cierto aire á ella. Cuanto más la miraba, más me parecía ella. Quise aproximarme desde luego, pero tuve miedo á perder la ilusión que me hacía vivir por un instante. Fui despacio, contentándome con seguirla á algunos pasos de distancia... Mi desconocida oyó pasos detrás de ella y se volvió repentinamente... ¡No era la que yo buscaba! No insistiré más en los detalles de esta noche. A las tres de la madrugada entré maquinalmente en mi casa, y medio rendido de cansancio, me tendí, vestido, en mi cama. No pude dormir; á las siete ya estaba de nuevo en la calle.

XII

Marchaba, como la vispera, al azar, cuando sentí una mano que se apoyaba en mi hombro.

— ¡Tú, en la calle á estas horas! — me dijo al mismo tiempo una voz alegre, — ¿vienes del baile, ó de alguna cena?

Miré con aire de imbécil al amigo que me hablaba, y continuó diciendo:

— ¡Dios me perdone! tú estás borracho, apenas si te sostienes en pie, y tienes un color... Voy á acompañarte á tu casa... Yo entiendo de cuidar enfermos, por mi doble calidad de estudiante de medicina y de alumno interno del Hospital.

Estas palabras me hicieron volver en mí.

— ¡Ah! — le dije, — ¿eres interno del Hospital?

— Sí.

— ¿Tienes muchas enfermas ahora?

— Muchas.

— ¿Y mujeres jóvenes?

— Tantas como viejas, ¿á tí qué te importa?

— Quiero ir al Hospital, ¿puedes hacer que me dejen entrar?

— ¡Qué idea más extravagante! Me pones

en cuidado; ya no me pareces borracho, ¿qué te sucede?

— Sufro horriblemente — le respondí. — Desde ayer estoy recorriendo todo París como loco, y acaso lo esté ya por completo. Amaba á una joven, con quien me iba á casar, y ha desaparecido repentinamente; la busco por todas partes y no la encuentro. Algún accidente debe haberla ocurrido. El cielo, sin duda, te envía para ayudarme á encontrarla; llévame á todos los hospitales de París, no he ido nunca á ellos.

— Me pongo á tu disposición, pobre amigo — respondió, — toma mi brazo y dame los detalles que creas nos puedan servir para buscarla.

Visitamos el de la Caridad, el General y el de la Piedad. Mi guía preguntaba á todas las hermanas y á los médicos de guardia, que á casi todos conocía, y miraba el libro de entradas; nadie parecida á Marta había entrado en ellos en estos dos días.

Por fin, en el Hospicio, donde nos hallamos, supimos que á él había sido transportada la antevíspera una joven de unos diez y ocho años, elegantemente puesta, que había caído súbitamente enferma, con un vómito de sangre, al atravesar la calle Real. A pesar de las prontas sangrías que la habían hecho, se había presentado una fiebre cerebral, y la enferma estaba de mucho peligro.

No podía hacerme ilusiones; era Marta. Pero habiéndola encontrado, ¿podría verla? Creía yo que era cosa fácil. ¡Ay! tenía que

habérmelas con una porción de reglamentos administrativos.

—El público no puede entrar más que á ciertas horas—se me decía:

—Y mientras los enfermos mueren sin tener un amigo al lado suyo.

—Las fiebres cerebrales exigen el mayor cuidado; y por último—me decían,—no tenéis permiso ni del director ni de la familia.

—Soy hermano suyo—les decía,—por favor, condolerse de mí.

Felizmente mi amigo el interno me trajo un permiso firmado por el médico de guardia. Después de haber atravesado muchas salas llenas de enfermos, entré en un cuarto más pequeño que los demás. Una sola cama, que tenía el número 3, se hallaba ocupada.

—No metais ruido—me dijo una hermana que salió á mi encuentro;—está durmiendo hace un rato.

Andaba de puntillas, reteniendo la respiración; mi corazón parecía saltármese del pecho. Al llegar cerca del lecho miré; era Marta. Sus ojos estaban medio cerrados, su boca entreabierta, su cabeza y su frente se hallaban cubiertas de compresas de agua helada; su brazo derecho, extendido sobre la cama, estaba rodeado de lienzo manchados de sangre. Al verla, mis fuerzas me hicieron traición, di un grito y me desmayé.

Cuando volví en mí, la hermana me dijo al oído.

—Mirad, parece que os ha conocido.

En efecto, los ojos de Marta estaban fijos

en mí, y su boca trataba de sonreirse. Me arrastré hasta coger su mano y la llevé á mis labios. La sentí estremecerse.

—Edmundo—murmuró la enferma,—no esperaba verte más.

—Niña—dijo la hermana,—no habléis.

—¡Oh! hermana, dejadme hablarle; si, al contrario, me siento mejor desde que está aquí... ya lo veis, no deliro.

Entonces, volviendo los ojos hacia mí:

—Amigo mio—dijo en voz baja,—te pido que me perdones... te habré causado mucho pesar... Ha sido una ligereza mía... Pero será la última... Guardas silencio... ¿No me perdonas?

—Sí, mi buena Marta—dije tratando de ocultar mis lágrimas,—pero ¿qué ha sido de tí en estos dos días?

—Voy á hacer por recordarlo... Es difícil... mi cabeza me hace sufrir mucho.

—Entonces no hables, descansa, te lo ruego.

—No, es preciso que te lo cuente todo... He creído obrar bien al dejarte, pero parece que he hecho muy mal... Dios me ha castigado... Me puse en camino de casa de mi madre. Llegué á su puerta, pero me faltó el valor... La fiebre que tenía estos días pasados se había apoderado de mí... temblaba y no me atrevía á dar un paso. En aquel momento vi venir por un extremo de la calle á Alfredo C... Ya sabes, ese Alfredo que tanto daño me ha causado. Le he visto y he huído de él... He andado muchísimo; mi cabeza ardía como aho-

ra; sentía zumbido de oídos, no veía ya... Quise volver á tu casa, y no dí con el camino, y no me atrevía... Tuve ideas de ir á Aulnay; me parecía que había de conocer con facilidad el camino... y esperaba que tú irías allí á buscarme... De repente sentí un desvanecimiento, mis rodillas se doblaron y cai al suelo... No me acuerdo de nada más.

—Nosotros te curaremos, mi querida Marta—la dije,—y tendremos aún muchos días por delante para amarnos; en Aulnay si tú quieres.

—Sí, en Aulnay, donde tan bien estuvimos hasta la llegada de Juana.

—Ya no te dará cuidado encontrarte con ella; iremos á verla y la recibiremos en nuestra casa... porque tú serás mi esposa en cuanto salgas de aquí; tu madre me ha dado su consentimiento, y yo ya tengo una posición independiente.

—Gracias, Edmundo—me dijo;—pero tu tío bien sabes que no me quiere.

—¿Y qué me importa?

—¡Oh! ¿qué dices? ¡Es el único pariente que te queda! ¡representa á tu padre! He reflexionado mucho acerca de eso; hay más resolución de la que tú crees, en esta pobre cabeza, tan ligera á veces y ahora tan enferma... Yo no quiero ser tu mujer... y no puedo ser tu querida.

Marta no pudo decir más. Me miró algún tiempo, y después cerró los ojos. Bien pronto no oí más que el ruido de su fatigosa respiración.

Un cuarto de hora después, la oí pronunciar el nombre de su madre; comprendí que quería verla, y escribí una esquila á la señora T..., que se apresuró á acudir á mi llamamiento.

—¿Me perdonáis, madre mía?—la preguntó Marta.

—¡Pobre hija!—exclamó la señora T... cayendo de rodillas al lado de su cama.—¡Soy yo, quien tiene necesidad de tu perdón!

* * *

Edmundo había hecho esta narración con un apresuramiento febril. Muchas veces le había instado inútilmente á que descansase.—No—me respondía siempre,—no nos llaman todavía; tengo tiempo de acabar. Déjame ocuparme de ella; déjame hablar; me hace mucho bien.

Pero al llegar á esta parte de su narración, no pudo dominar por más tiempo la emoción que se había apoderado de él; los sollozos cubrieron su voz. Miré entonces á mi alrededor, y me aperebí de que el jardín donde nos hallábamos, antes tan desierto, se había ido llenando.

—¿Qué hace aquí toda esta gente?—le pregunté á Edmundo.

—Marta ha muerto ayer—me respondió,—

y todas esas personas, invitadas por la señora T..., esperan, como nosotros, oír la misa que va á celebrarse en la capilla del Hospicio. Vamos á otra parte, á ver si puedo recobrar más ánimos. Casi todos ignoran mis amores con Marta. Si toda esa gente, indiferentes la mayoría á su muerte, me ven llorar, podrían concébir sospechas. ¡Quiero que su memoria sea respetada!

Nos paseamos un instante, separadamente; Edmundo hacía esfuerzos indecibles para recobrar la sangre fría que deseaba mostrar.

—¡Qué!—le dije,—¿y todos los médicos juntos del Hospital no han podido salvarla?

—Tuve alguna esperanza durante dos días—me respondió.—A la tarde del tercer día aumentó la fiebre, y se apoderó de ella el delirio. Me llamaba continuamente, y yo sentía un estrechamiento inmenso siempre que oía escaparse mi nombre de sus labios. Su madre, la Hermana de la Caridad y yo, pasamos toda la noche á su lado. Por la mañana muy temprano mandamos buscar un sacerdote, quien le administró los últimos sacramentos, sin tener ella conciencia de ello. Su mano, que yo tenía entre las mías, estaba helada... Debía estar muerta... pero no me atrevía ni á confesármelo ni á asegurarme de ello.

A eso de las ocho, el médico hizo su visita acostumbrada; se adelantó al lecho y miró á Marta.

—Ha dejado de existir hace una hora—dijo;—y pasó á otra sala con sus alumnos.

Siempre recordaré el frío que dejó en mi

corazón el ruido de los pasos de todas aquellas personas que se alejaban.

Una de ellas tan sólo se quedó atrás: era el interno por quien había vuelto á ver á Marta antes de morir. Vino hacia mí, me cogió del brazo y me sacó fuera de la sala. Yo me dejé conducir como un niño, sin ser dueño de mi voluntad.

No me permitieron volver á entrar... ¡ya no veré más que su féretro!

Pocos instantes después dieron señal de que empezaba la misa.

La capilla del Hospicio Beaujon es de una sencillez austera. Sus sillas de paja, el altar, sus cuatro cirios y un crucifijo, y en uno de los muros un cuadro religioso, son los únicos ornamentos que se ven allí de ordinario; pero ese día, se elevaba en el centro de ella un catafalco recubierto de paño blanco, destinado á jóvenes solteras.

Ocupamos un sitio en el rincón más oscuro de la capilla. Yo adivinaba en el semblante de los invitados el asombro que experimentaban al encontrarse en semejante lugar; y pude oír algunas palabras cambiadas en voz baja:

—¿Tenéis detalles de esta desgracia?

—No; al recibir la esquila de invitación ha sido la primer noticia que he tenido de ella, y he acudido inmediatamente.

—¿Cómo será que ha muerto en este Hospicio?

—Hablan de un accidente que la ha sobrevenido en la calle, y que no ha sido posible transportarla á su casa.

—¡Pobre chica, qué guapa era! ¿No la conocíais vos?

—He bailado muchas veces con ella el invierno pasado.

—¿Y su madre no está aquí?

—No, no la han dejado que venga.

—¡Cuánto sufrirá! ¡Quería tanto á su hija!

Edmundo, obligado como yo á oír estas frases, guardaba obstinado silencio; tenía los ojos fijos y secos, y aparentaba frialdad é indiferencia; pero el temblor convulsivo de su brazo, que apoyaba en el mío, indicaba una terrible lucha interior.

Después de la misa, mientras la mayor parte de los invitados se retiraban desde allí magistrosamente, y otros se consultaban si sus asuntos ó sus placeres les permitían seguir al cadáver hasta su última morada, Edmundo me arrastró hacia el coche que habíamos llevado y seguimos al paso el fúnebre cortejo.

Ocurrió lo que hacía tiempo preveía. Libre de toda mirada inoportuna, no teniendo ya la imperiosa necesidad de contener su dolor, mi pobre amigo prorrumpió en sollozos. Aquellas

lágrimas le hicieron mucho bien; cuando llegamos al cementerio, había recobrado bastante calma para asistir hasta el fin de tan triste ceremonia.

Pero al llegar el instante de rociar con agua bendita el féretro depositado sobre la tierra, estuvo á punto de caer desvanecido, si no hubiese estado yo para sostenerle. Ya se cuchicheaba por lo bajo alrededor de nosotros, preguntándose quién sería aquel joven que parecía tan conmovido. ¿Tenía Marta algún hermano ó prometido?

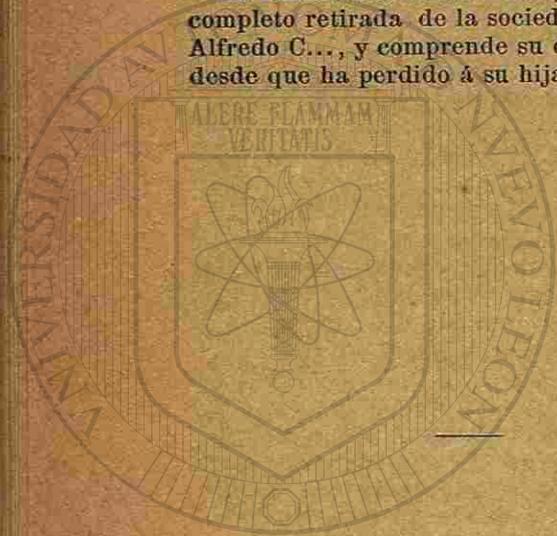
Edmundo no se enteró del examen de que era objeto. Un temblor nervioso se había apoderado de él; sus rodillas se doblaban, sus dientes castañeteaban, tenía fiebre.

Le llevé á mi casa por temor de que su alojamiento, hasta hace poco animado con la presencia de Marta, y ahora tan desierto, le hiciese recordar, de un modo para él muy peligroso, la pérdida que acaba de experimentar.

Mi amigo hizo frecuentes visitas á su casita de Aulnay, de la cual se hizo propietario, gracias á su tío, que quiso con esa piadosa liberalidad reconquistar el cariño de Edmundo,

y rendir de esa manera homenaje á la memoria de la que ya no existía.

En cuanto á la señora T..., está casi por completo retirada de la sociedad. No ve ya á Alfredo C..., y comprende su deber de madre desde que ha perdido á su hija única.



UN CASO DE CONCIENCIA

I

NOVIEMBRE 1856.

LA señora de Aubray, cuyo apellido, antes de casarse, era el de Bonneville, contrajo matrimonio en 18... con dicho señor Aubray, á quien habia dado el título de barón el emperador Napoleón I, en recompensa de importantes servicios hechos al Estado. Su fortuna considerable en el momento de casarse, fué aumentando después, gracias á su inteligente cuidado, y puede calcularse que le produce unos treinta mil francos de renta, una parte de los cuales provienen de tierras que posee en Normandía.

Nunca gustó mucho la sociedad á dicha señora; pero cuando era joven, tenía que presentarse en ella por dar gusto á su marido, que estaba orgulloso de la belleza y el talen-

to de su esposa; después, madre ya, continuó yendo por interés de su hijo. Éste constituía toda su alegría, toda su vida: por causa de él, el invierno pasado dejó de llevar luto de viuda, y cometiendo una infidelidad, cambió su tranquila calle de Lilles por la de Chaussée-d'Antin; y también por él, á pesar de agradarla mucho los paseos á pie, había comprado una bonita berlina, de modesta pero elegante apariencia.

¿Qué va á hacer en el bosque la señora de Aubray? decían sus amigos que la veían pasar por los Campos Eliseos, á eso de las cuatro de la tarde; ¿ha olvidado la novena que se está haciendo á San Roquo? Mirad á ese joven que galopa al lado de la portezuela de su coche, á quien ella no pierde de vista, temblando cuando el caballo que monta hace un movimiento extraño; dichosa si ve á cualquier transeunte pararse al verle pasar; es su hijo: y los que la conocen, comprenden por qué ha preferido los placeres mundanos á las obras piadosas.

Es por ese hijo tan querido, por quien esa señora, tan natural y de gustos tan sencillos, se convierte en coqueta á la vejez. La otra noche, en el teatro Italiano, la hemos sorprendido tratando deseducir á un director del Ministerio de Negocios extranjeros, persona influyente, según dicen; el día antes, en un baile oficial, sonreía á un presidente del Tribunal de Cuentas. Ese amor tan exclusivo la hace caer á veces en extrañas distracciones, olvidándose de su papel de mujer intrigante y que desea agra-

dar; como ocurrió hace poco con un secretario de embajada que, al dirigirla un cumplimiento demasiado personal, le dijo:

—¿No es cierto que mi Octavio haría un excelente diplomático?

Su pensamiento se hallaba al lado de su hijo, mientras el inocente secretario trataba de ser amable con ella.

No creáis, sin embargo, que ese amor maternal sea ciego é irreflexivo, ni que la señora de Aubray muestre una debilidad que pudiera ser perjudicial á su hijo, ó que ceda á todos sus caprichos. Por el contrario, gracias al tacto de que está dotada, nota los defectos de Octavio, y los combate, pero dulcemente, sin reñirle, como una hermana mayor que aconseja, más bien que como madre que moraliza. Felizmente, se ha dedicado á convencer á su hijo; en vez de mandar, persuade, y Octavio obedece las inspiraciones de su madre, cuando él cree que no atiende sino á su voluntad y su capricho.

Bajo esta hábil dirección, se ha hecho un hombre estimable, ingenioso sin pretensiones, valiente sin fanfarronería; sabe conducirse con una mujer de mundo y ocupar su sitio en una reunión de jóvenes; le gustan los placeres y se entrega á ellos cuando se presenta ocasión; pero como quiere más á su madre, corre bien pronto á su lado y la confiesa sus más graves pecados en un lenguaje convencional que ellos han creado, para hablar, el hijo, de todo, sin herir la susceptibilidad de su madre, y ésta para escuchar las confidencias de su

hijo, sin ponerse colorada. La señora de Aubray conoce así el peligro y puede prevenirle. De este modo ha corregido á Octavio su excesiva afición al juego.

No pretendo yo que esos remedios heroicos estén al alcance de todas las madres; lo que deseo, tan sólo, es poner á los lectores al corriente del amor maternal de la señora de Aubray, á fin de prepararles á la indulgencia, si ocurriese, con el tiempo, que su conducta pareciese digna de vituperio.

II

Varios amigos con quienes Octavio debía comer, un día del pasado invierno, faltaron á la cita convenida, y se halló, á las siete de la tarde, en ayunas, en medio de la calle, no teniendo otro remedio que comer solo. Se decidió, por fin, y bien pronto, sentado en un restaurant célebre, se entretenía en observar á los concurrentes que se hallaban á su alrededor. Un talle esbelto, unos hombros redondeados, y sobre un cuello blanco y distinguido, así como una juguetona mecha de cabellos rubios, que se escapaba de un elegante sombrero, no podían menos de excitar la curiosidad de un parisién desocupado, como Octavio. Por eso trató de adelantar la cabeza para

ver á la desconocida, al menos de perfil; pero ella le volvía la espalda, y un buen abrigo de terciopelo suspendido de una percha, se interponía entre su perfil y él. Miró de frente, esperando encontrar un espejo donde se reflejasen los rasgos de la preciosa rubia; él la había declarado ya rubia en virtud de sus observaciones, y preciosa, tanto por su convicción como por sus deseos. Desgraciadamente tenía un acompañante de unos cincuenta años de edad, cuya imagen se reflejaba en el espejo.

¿Qué partido tomar? Octavio llamó al mozo con voz melodiosa; éste vino apresuradamente, pero la cabeza de la rubia no dió muestras de curiosidad.

—¿Qué queréis, señorito? — preguntó el mozo. — Y mientras Octavio reflexionaba, hacía la misma pregunta en la mesa ocupada por la desconocida.

—Truchas — dijo ella resueltamente sin consultar con el viejo, que se contentó con inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

Una idea súbita atravesó por la mente de Octavio.

—Mozo, tráeme truchas.

—¿El señorito no toma sopa?

—Así parece.

—¿Con qué salsa quiere el pescado?

—Con salsa de alcaparras.

El mozo hizo la misma pregunta en la otra mesa.

—Con salsa... con salsa... — Se buscaba evidentemente algo sobrenatural que no se pare-

ciese en nada á la salsa de alcaparras; pero como no gustándola nada.—Con salsa... á la vinagreta, acabó por contestar.

Octavio llamó al mozo.

—Mira, no traigas salsa de alcaparras, tomaré las truchas sencillamente á la vinagreta.

Una contenida explosión de risa burlona llena de frescura y de juventud se sintió en la otra mesa; pero persistieron en no volver la cabeza; Octavio, profundamente descorazonado, miró la trucha que acababan de servirle y se acordó entonces de que era el pescado que menos le gustaba. Le pareció entonces justo no sacrificarse otra vez al gusto de su vecina, y adelantarse á ella en la elección de platos á fin de que no intentase imitarle; y para ello pidió desde luego chuletas de corzo. Cuál no sería su asombro, al oír, dos minutos después, á la incógnita pedir lo mismo que él. Y así ocurrió en los demás platos.

—O se está burlando—pensaba Octavio,—ó no hace caso de mí, y por casualidad la gustan las chuletas de corzo; ó es muy burlona y las chanzas no la desagradan.

Y como persistía en guardar el anónimo, trató, desesperado ya, de formar opinión acerca de su vecina, con los datos morales y físicos que había podido recoger.

—Ese pequeño mechón de cabellos—se decía,—que se escapa locamente de su sombrero es tan rubio, su cuello tan blanco, su talle tan flexible, hay tanta distinción en lo poco que de su persona puedo distinguir, su

compañero de mesa tiene de tal modo aire de un buen padre de familia que se sacrifica hasta á los caprichos de una hija adorada, que estoy tentado á creer que mi desconocida es una encantadora joven soltera. Pero el tono resuelto con que habla al mozo, ese empeño exagerado que muestra en no volver la cara, las chanzas que en respuesta á las mías se ha permitido usar, parecen ser más propias de mujer casada que de muchacha soltera.

Y hablándose embebido en estas reflexiones, la desconocida se levantó y volvió la cabeza.

—¡Decididamente es soltera!—exclamó Octavio, admirando una frente de diez y ocho años y unos labios frescos y sonrosados, entre los cuales se veían brillar unos blancos y diminutos dientes.

Dió algunos pasos, pero creyó ver tanta seguridad en su marcha y un aire tan desenvuelto, que de nuevo volvieron sus dudas á inquietarle.

—Podría muy bien ser casada—se decía.

Mientras su espíritu flotaba irresoluto, hizo varios esfuerzos para ponerse el gabán, empujándose, á pesar de la ayuda que le prestaba el mozo, en meter los dos brazos en una misma manga; felizmente, la desconocida, única causa de aquella torpeza, se dirigió á la puerta. Octavio hizo entonces un esfuerzo supremo, se puso á medias el indómito gabán y salió corriendo; pero sus vecinos de mesa subieron á un carruaje que les esperaba, des-

aparecieron en dirección á los teatros y no pudo seguirles.

¿Es soltera ó es casada? Tal fué el problema que Octavio, para distraer su soledad, se empeñó en resolver. No pudo conseguirlo, y entró en casa de su madre para contarla su aventura reciente.

—¡Hijo mío, eres muy loco!—le dijo riendo la señora de Aubray;—en vez de comer á medias á cinco pasos de una desconocida que te volvía la espalda, hubiese sido mejor, ya que tus amigos habían faltado á la cita, que hubieses venido á sorprenderme en la mesa, á la que me he sentado muy tarde por culpa tuya. Pero en fin, tú dices que te has divertido, menos mal; y que estás enamorado, eso ya es grave. Es hora ya de acostarnos; yo te aconsejo, si quieres dormir bien, que renuncies, por esta noche, á resolver la duda de si la desconocida rubia será casada ó soltera.

III

Cerca de un mes después de esta comida por partida doble, había Octavio casi olvidado á su rubia, cuando la encontró en una reunión donde había sido presentado aquella noche. Estaba sentada en el momento de llegar Oc-

tavio, en un extremo del salón en un rincón un poco solitario, como si pareciese haberle elegido para estar lejos de los que bailaban. Exagerando una moda, ya de por sí exagerada, llevaba un vestido cuya cola ocupaba gran trecho; tenía en la mano un abanico de mucho valor, y se destacaba su precioso semblante de una especie de banda de encages y gasa rodeada artísticamente á la cabeza, cuello y hombros, moda que ha estado muy en voga, y muchas rubias, después, la han seguido para darse cierto aire vaporoso que no sienta mal. Muchos jóvenes, con objeto de entretenerse en el espacio que media entre el vals y el rigodón, hacían círculo alrededor de la marquesita que ocupaba sirviéndola como de trono; ella se hallaba muy á su placer en medio de aquella pequeña corte, respondiendo á todo con desenvoltura y riendo estrepitosamente con motivo ó sin él.

Después de haber hecho estas observaciones, no dudando Octavio que una joven, tan rodeada por todos como ella en un baile, no podría menos de ser excelente pareja, se creyó en el deber de pedirla un vals ó un rigodón; y le fué concedido el segundo de estos. Mientras llegaba el momento de recordarla su promesa, se fué á sentar cerca de la señora de Macé y su hija que iban alguna vez de visita á casa de su madre.

—Parece—le dijeron,—que la incomparable Sextilia os ha seducido á primera vista, puesto que, por hablarla, habéis olvidado hasta ahora saludarnos.

—Perdonadme, señoras; pero no había tenido el gusto de ver á ustedes hasta ahora.

—Pero en cambio bien pronto la habéis visto á ella; es verdad que hace por ponerse en evidencia —dijo la señora de Macé.

—Y habla muy alto —añadió su hija.

—¿Y cómo se llama mi pareja?

—Sextilia de Martrais.

—¿Es casada ó soltera?

—¡Oh! ¡Eso me parece un epigrama!

—De ningún modo, deseo sencillamente saberlo.

—Es una señorita, no dudéis más tiempo. Al ver la prisa que teniais en acercaros á ella, lo cual no es cosa fácil, pensé que la conociais mejor.

—Pues no la conocía ni poco ni mucho.

—Todo me lo explico; su belleza os ha llamado desde luego la atención, y habéis querido rendirla homenaje; el hecho es que todo el mundo encuentra encantadora á Sextilia, pero generalmente también dicen que es muy amanerada. ¿No os parece lo mismo?

—No he notado aún ese defecto.

—Decididamente, estáis enamorado de ella; no os lo reprocho; podríais emplear peor vuestras afecciones. Sextilia es un excelente partido, y, si alguna vez se os ocurre pensar seriamente en ella, no olvidéis que conozco á las señoras de Martrais.

Octavio, que creía demasiado prematuros tales ofrecimientos, quiso interrumpir á la señora de Macé, pero ella no le dejó.

—La madre de esa joven —continuó dicién-

do, —es esa señora tan extrañamente ataviada que veis sentada en aquella mesa de tresillo: es tan... vaporosa como su hija, la deja hacer todos sus caprichos y aprueba todos sus atrevimientos. El padre no es más que un obediente servidor de las dos; obedece ciegamente sus órdenes y hasta sus menores caprichos; nunca se ha permitido tener opinión propia ni manifestar deseo alguno; por la noche las lleva á las reuniones y arregla las cuentas del gasto diario con la criada; esas son sus únicas funciones. Y á propósito de gastos, no debo ocultaros que es preciso tener doble fortuna que Sextilia para pensar en casarse con ella. Está acostumbrada á no carecer de nada; asegúrase que gasta de quinientos á seiscientos francos mensuales en trajes.

Mirad los bordados de su vestido, ¿no es ridículo en una joven de diez y ocho años llevar tanto lujo? Felizmente, vos sois hijo único y vuestra madre hará toda clase de sacrificios por vuestra felicidad.

Octavio trató, por segunda vez, de hacer alguna observación, pero le fué imposible.

—Ya lo veis, con una madre tan débil de carácter y un padre tan inútil como los de Sextilia, no tenéis que ocuparos más que de serla agradable. Mi hija la oyó decir ayer que se casaría, en cuanto encuentre un joven muy rico, de mucho talento, que baile bien, monte á caballo y no toque el piano ni dirija colillones. Tenéis la mayor parte de las condiciones exigidas; acaso las tengáis todas; nada os impide acercaros á ella.

—Pensaré en ello—dijo Octavio sonriéndose,—y dispensen que las abandone, oigo los preludios del rigodón que me ha prometido.

—Daos prisa, que Sextilia no espera á sus parejas; á falta de vuestro brazo no tardaría en aceptar el de cualquiera de esos jóvenes que mariposean sin cesar junto á ella. Os prevengo—dijo la señora de Macé al oído de Octavio,—que podéis hablar de todo con esa señorita. Sabe oirlo todo y responder á todo; ¡oh! no es una jovencita de las comunes. Sin embargo, me parece que no debéis avanzar demasiado, no adquiráis compromisos; acaso á vuestra madre le parezca que no es Sextilia la mujer que os hace falta; es muy gastadora y muy variable; sus maneras dejan mucho que desear, y se ocupan de ella más de lo conveniente.

Pero Octavio no oía ya los consejos de la caritativa señora de Macé; habia ido á buscar á su pareja, y los dos jóvenes, sin preocuparse de las diversas figuras del rigodón, aprovechaban aquel rato de conversación que el baile les proporcionaba.

—Me parece—decía Sextilia después de haber cambiado algunas palabras,—que no es esta la primera vez que os veo, ¿no estuvisteis en el último baile de la embajada otomana?

—No, señorita.

—No habéis venido nunca aquí. ¿Dónde os he encontrado yo?

—¿No habéis comido alguna vez en un restaurant?—se aventuró á decir Octavio.

—Sí, mi padre me lleva cuando vamos al teatro; pero no creo que hayamos estado juntos en ninguno de ellos.

—No tal; hace un mes, hoy precisamente, que tuve el placer de veros en uno. Aquella comida se halla aún presente en mi espíritu de tal modo, que podría, si lo deseais, deciros todos los platos.

—¿Pero cuáles? ¿los que vos pedisteis ó los que tomé yo?

—¡Oh! quien habla de la una habla de la otra—repliqué.

Sextilia no pudo menos de echarse á reir, lo cual era confesar que se acordaba.

—Nos toca hacer el solo; vamos algo retrasados, y nuestro *vis á vis* nos echa unas miradas que asustan.

Tomaron parte en la cadena de señoras con el abandono y el descuido de gentes para quien el baile, en un rigodón, es lo accesorio.

—Qué fastidioso es—decía Octavio,—no poder hablar ni un minuto sin interrupción.

—Sois muy injusto con el rigodón—observaba Sextilia;—es el dios protector de los que desean hablar; sin él ¿qué sería de ellos?

—Pero es que yo no pido su abolición.

—Os lo agradezco por él.

—Lo que propongo sencillamente es que no se hagan figuras.

—Y que se reemplacen por un paseo como hacen en las danzas polonesas en los bailes de la corte de Rusia.

—Yo suprimiría hasta el paseo; á una señal dada por la orquesta cada caballero ofrecería

el brazo á su pareja; se colocaría con ella en medio del salón y tendrían una conversación agradableísima al compás de la música.

—¿Sin hacer el menor movimiento?

—Claro, ¿no os agrada mi idea?

—Propongo una enmienda; que el caballero colocase en el centro del salón la butaca de su pareja, para que sentada pudiese bailar, digo, oír más á su placer el rigodón.

—Apruebo la enmienda y pido otra butaca para el caballero.

—De ningún modo, sois demasiado pródigo.

—Trataba de hacer las cosas por completo; pero como nuestra proposición no ha sido aún aceptada, os dejo para ir á bailar con esa señorita que hacia nosotros se adelanta.

—¡Adiós!— dijo Sextilia viendo partir tristemente á Octavio para su nueva expedición.

No fué ésta la única vez que bailaron juntos.

Después del cotillón, las señoras de Macé decían á todo el mundo al marcharse, que Octavio se hallaba perdidamente enamorado de Sextilia, quien, por su parte, parecía haber encontrado en el pretendiente todas las condiciones que ambicionaba hacia mucho tiempo.

IV

Estos rumores corrieron de reunión en reunión, y no tardaron en llegar, considerable-

mente aumentados, á oídos de la señora de Aubray.

—Octavio, ¿sabes que te casan?—le dijo un día riéndose.

—¿De veras! ¿y con quién?

—Con Sextilia de Martrais. ¿No la conoces?

—No la he visto más que dos veces: en el restaurant y en una reunión.

—¡Ah! es la desconocida de que me hablaste. ¡De modo que decididamente era soltera! ¡Ten cuidado, que estabas muy enamorado!

—Y lo estoy más hoy, querida madre, porque me he encontrado con que Sextilia tiene tanto talento como hermosura.

—Eso ya va siendo grave.

—¡Y mucho! cuando entraba iba á buscarte, para darte cuenta de que el corazón de tu hijo no te pertenece ya exclusivamente á ti sola.

—Ese corazón me ha hecho muchas infidelidades; y he tomado un partido, que es dejarte, como ahora, con tal de que esa gran pasión dure lo que han durado las otras.

—No puedo ofrecerte nada. Esta vez amo de otro modo; creo que es un verdadero amor.

—¿Tienes ocasión de ver con frecuencia á tu ídolo?

—La encuentro todos los sábados en una reunión.

—Me parece demasiado—pensó para sus adentros la señora de Aubray;—pero tuvo cuidado de no manifestar á su hijo los temores que empezaba á sentir.

Convencida de que los mejores razonamien-

tos, en vez de destruir el amor, no hacen más que aumentarle, no tuvo la idea de combatir la naciente inclinación de Octavio, ni de comunicarle los informes que se había apresurado á adquirir acerca de Sextilia, de personas más juiciosas y más desinteresadas en la cuestión, que la señora de Macé y su hija.

De todos ellos, dedujo que Sextilia era bastante ligera, y de una voluntad virgen, y tenía desmesurada afición al lujo; y sin que se le pudiese reprochar nada grave, se la acusaba de no mostrar en sociedad una actitud irreprochable, y de cometer frecuentes inconsecuencias. Hubo quien, queriendo dar idea en una frase del carácter de Sextilia, se atrevió á decir:

—¡Se parece á una viuda joven, consolada ya!

Fué claro para ella, que ninguna madre prudente debía desear el matrimonio de su hijo con Sextilia Martrais, y la señora de Aubray se prometió estudiar con atención, pero en secreto, lo que llamaba el mal de corazón de Octavio, para acudir en su socorro en caso de peligro. Sobre todo, desde esa época, fué cuando se la vió transformarse en mujer de sociedad, correr de reunión en reunión, de teatro en teatro, siempre en compañía de su hijo, tratando de desviar su pensamiento, sin que él se apercibiese de ello, hacia objetivos distintos de sus amores.

Octavio que, cosa extraña, tenía el buen gusto de encontrar la compañía de su madre preferible á todas, hasta la de sus amigos, se

prestó de buen grado á los ocultos designios de la señora de Aubray, y la acompañó á todas partes que ella quiso. Pero cuando llegó el sábado en que debía ver á Sextilia, no pudo resistir al deseo de volverla á ver, y pidió permiso para dejarla sola por aquella noche.

La madre de Octavio, que estaba dotada de gran previsión, comprendiendo el peligro que la amenazaba, había enviado previamente, y con objeto de conjurarlo, á comprar un palco para el teatro.

—¡Cómo! te propones dejarme sola—dijo á su hijo,—¿y qué va á ser de mi palco?

—Mamá, llevas una vida muy agitada. Desde hace más de ocho días no has pasado en casa ni una sola noche.

—Acaso tengas razón. De modo que consientes en descansar tú también, porque debes estar tan cansado como yo, puesto que has participado de todas mis distracciones.

—Pero yo tengo veinticuatro años.

—Es decir—dijo riéndose la señora de Aubray,—que yo soy vieja. ¡Qué deliciosa ilusión quieres arrancarme! Había acabado por creerme de tu misma edad, tan fuerte me siento y tan valerosa; y te aseguro que podemos ir al teatro esta noche, si el cuidado que te tomas por mi salud es lo único que te impide acompañarme.

—Tengo otro motivo más pequeño—se atrevió á decir timidamente Octavio.

—¡Sepamos cuál es! apuesto que es una comida de amigos.

—No, una reunión de sociedad.

—Hé ahí una frase que parece decir mucho y que no dice nada en realidad. ¡Una reunión! ¿Y de qué clase?

—Como todas, ¡donde encontraré gentes conocidas!

—Y muchachas solteras—añadió su madre.

—Algunas se ven confundidas entre la multitud.

—Con tal de que se halle una sola, en el baile donde quierdes ir, sería bastante para tí.

—¡Ah!—exclamó Octavio,—has adivinado mi deseo, tienes muy buena memoria; ¿de modo que me das permiso?

—A la fuerza.

—Y qué ¿dejas que se pierda el palco?

—Qué quieres; ¡no hay otro remedio!

—Puedo llevarte al teatro y estar contigo hasta las diez.

—¿Y quién me acompañará después á casa?

—Convida á cualquier amiga.

—¿A cual?

—A la señora de Chesne, por ejemplo.

—Es viuda, y no tiene ningún caballero que pueda reemplazarte.

—Una viuda joven, guapa y rica, observó Octavio, sabe siempre dónde encontrar el brazo que la hace falta.

—Vamos, confiesa que es una piedra que has lanzado contra la señora de Chesne.

—De ninguna manera; hablo de las viudas en general. Hace tiempo que tengo formada mi opinión sobre aquéllas que, pudiendo casarse otra vez, perseveran en la tarea de llorar á su marido.

—¿Y yo, no soy viuda?

—No; ¡tú no eres viuda, eres madre!—dijo Octavio abrazándola.

La noche pasó con arreglo al programa acordado. La señora de Chesne, avisada desde por la mañana, vino en compañía de un pariente inofensivo, como había dicho Octavio, á buscar á su madre al concluir la comida. El joven las acompañó al teatro, y no se separó de ellas durante la primera parte del espectáculo; pero cuando dieron las diez, se marchó á pesar de los esfuerzos de su madre y de la hermosa viuda, que hicieron proezas de amabilidad por retenerle á su lado.

—Pero, ¿á dónde va con tanta prisa, Octavio?—preguntó la señora de Chesne.

—¡Ay!—dijo suspirando la señora de Aubray,—creo correr en busca del placer, y va á encontrar acaso grandes contrariedades y muchos disgustos.

—¿Estará enamorado?

—Empiezo á temerlo, puesto que no hace caso de vos, sobre quien se dirigen los gemelos de todo el teatro; miradlo vos misma.

—Los gemelos de teatro—replicó la señora de Chesne,—seguramente me prestan encantos que yo no tengo; pierdo mucho cuando se me ve de cerca, preguntádselo á vuestro hijo.

Estas palabras fueron dichas en un tono tan extraño, que la señora de Aubray se preguntó si el despecho tan sólo las habría dictado.

Durante este tiempo, Octavio llegaba al baile, donde esperaba encontrar á Sextilia, y

cosa grave, que hubiera alarmado profundamente á la señora de Aubray, si lo hubiese sabido; se sintió muy conmovido al aproximarse á su pareja del baile anterior. Sextilia, bastante experimentada para comprender aquel mudo homenaje, hizo al recién llegado la más graciosa acogida; pudiera ser también que durante la semana transcurrida, hubiese tenido ocasión de oírle alabar, y creyese conveniente dar la razón á los maldicientes que se habían propuesto casarla con él. Octavio salió de este segundo baile más enamorado que nunca, y al día siguiente hizo sus confianzas á su madre, que bastante inquieta desde la noche anterior, las había provocado, y le decía:

—¿De qué sirve estar tan enamorado?—le preguntó.

—Pues para estarlo.

—¿Y eso te divierte?

—No, me entretiene.

—Pasatiempo muy peligroso—observó la señora de Aubray.

—La ligereza de corazón que tantas veces me han echado en cara será mi salvaguardia.

—¿Y si Sextilia llega á quererte?

—¡Oh! tranquilízate; mi pasión no me ha vuelto ni sordo ni ciego; á Sextilia le gustan demasiado los trajes, la sociedad y los placeres; se ocupa demasiado en agradar á todos, es demasiado coqueta, en fin, y convengo en ello contigo, para que pueda y quiera atender á uno solo.

Estas palabras disiparon, en parte, los te-

mores de la madre de Octavio. Para haberse enterado de los defectos de Sextilia, y para convenir en ellos era preciso que estuviese menos enamorado de lo que decían.

Otra reflexión acabó por darla completa seguridad. El invierno iba á concluir muy pronto y con él los bailes y las reuniones. Octavio no tendría ocasión de encontrar á la señorita de Martrais, y la olvidaría con tanta facilidad como se había enamorado de ella.

V

Por eso se vió á la señora de Aubray abandonar poco á poco su vigilancia habitual y no inventar nuevas mañas para retener á su hijo al lado suyo. Octavio pudo, desde entonces, disponer de todas las noches, no perdiendo ocasión de encontrarse junto á Sextilia, por lo que su amor, como era natural, fué en aumento.

Pero sin embargo continuó disfrutando de la tranquilidad de espíritu de que había dado muestras á su madre. La señorita de Martrais tenía una conversación tan agradable, se servía para sostener teorías demasiado atrevidas, á veces, de frases de tal manera extrañas en boca de una joven, tenía un modo de sentarse, de levantarse, de apretar la mano, de compro-

meter en un salón en provecho suyo, en una palabra, tenía tanto de mujer casada y tan poco de muchacha soltera, que Octavio, poco familiarizado con esas costumbres americanas que de día en día van tomando carta de naturaleza entre nosotros, no podía considerarla seriamente como una joven á propósito para mujer propia. Ocupábase de ella como podía hacerlo de una joven que agrada y á quien se desea agradar sin temor de comprometerla ni pensar en contraer con ella ninguna clase de compromiso formal.

Era uno de tantos amores que nacen en el invierno al compás de un vals y que acaban con las primeras hojas de los árboles: cambio de suspiros, involuntarios apretones de manos, flores que se caen y son recogidas al momento, graciosos recuerdos de que las imaginaciones soñadoras hacen cosecha durante cuatro meses del año para gozar con ellos durante el verano á la sombra de un árbol junto á un claro arroyuelo: cosas, todas ellas, que poetizan la temporada del veraneo, ayudando á esperar el invierno y la realización de esos iniciadas amores sin comprometer el porvenir.

Pero un día, Octavio cometió la imprudencia de hacerse presentar en casa de los señores de Martrais, sin pensar que se exponía deliberadamente á un peligro seguro. Sextilia, á quien sus muchas ligerezas la habían hecho poco peligrosa hasta entonces, podría serlo de allí en adelante por los encantos de la intimidad y la indulgencia que podría inspirar.

Los defectos que en sociedad Octavio había notado en Sextilia, le parecían, en el silencio del hogar, al lado de la chimenea, cualidades dignas de estima. Le gustaba el agradable palique de Sextilia, su abandono de criolla, la soltura de sus maneras, su coquetería de niña mimada. Lo que él había creído afectación lo encontró natural y verdadero, y de una franqueza digna de aprecio; llegó hasta felicitarle de que no tuviese ese aire de inocencia, y esa reserva fingida, esas maneras y ese lenguaje ficticios que las madres enseñan á tener á sus hijas al encontrarse en edad de buscar un esposo.

Octavio se decía en su interior que á la señorita Martrais la habían juzgado muy mal; que el hombre despreocupado que la pidiese en matrimonio no haría una locura mucho mayor que si se casase con otra educada por una madre que tuviese fama de ser excesivamente rígida, ó con cualquiera educanda de un convento. La coquetería de Sextilia le pareció simple deseo de agradar; sus inconsecuencias, naturalidad y gracia; su amor al lujo, de que se la acusaba, sentimiento de lo bello y de las buenas cosas. Pensó, en fin, que bajo una hábil dirección no dejaba de tener cualidades que bien desarrolladas no borrarían todos los defectos, y concibió el deseo de ejercer esa dirección. De este modo paso á paso, Octavio acabó por considerar como aceptable un matrimonio que antes creyó perjudicial, y entró con tanta mayor facilidad en esta vía, cuanto que la familia de

Sextilia y ella misma, no parecía que tenían empeño alguno en comprometerle. Era recibido con benevolencia, pero no era objeto de ninguna de esas indirectas estudiadas, de esas coqueterías significativas que prodigan muchas veces las jóvenes deseosas de encontrar un marido, y los padres que buscan un yerno.

Los de Sextilia ¿obraban así por cálculo? ¿Querrian, con una indiferencia simulada, evitar que Octavio concibiese dudas, para conseguir ellos sus fines, sin que él se apercibiese? ¿ó esa frialdad provenía de la tranquilidad de espíritu y la confianza en sí mismo que da una buena dote? Octavio no se ocupó de resolver estas cuestiones: no nos atreveríamos tampoco á afirmar que se le ocurriera proponérselas; tanto dañaba su intimidad con Sextilia á la serenidad de juicio que antes mostrara, y con la cual había conseguido que su madre estuviera tranquila.

Felizmente, una madre tan vigilante como la de Octavio, no debía tardar mucho en ver los rápidos cambios experimentados por su hijo. Padecía continuas distracciones; con suma frecuencia se le veía triste sin motivo aparente; él tan comunicativo de ordinario, se encerraba en una alarmante reserva, y en vez de hablar de Sextilia, como otras veces, de discutir sus defectos y de burlarse de las gentes mal intencionadas que le casaban con ella, evitaba, por el contrario, esa conversación, por temor de estar en desacuerdo con su madre por primera vez en su vida. Estos indicios hubieran bastado para llamar la atención

de la señora de Aubray, aun cuando algunos indiferentes, entre los cuales es preciso incluir á la señora de Macé y su hija, no hubiesen tenido singular placer en darla cuenta de las nuevas relaciones que existían entre los dos jóvenes. Esta vez comprendió toda la gravedad del peligro y tembló ante la idea de que no pudiese combatir con probabilidad de éxito, puesto que estaba privada de lo que hasta entonces constituía su mayor fuerza: la confianza de Octavio.

Si hemos acertado á dar idea clara de la señora de Aubray, fácilmente se comprenderán sus sufrimientos, agravados en esta ocasión, con no atreverse á decir á su hijo el motivo de ellos. ¡Qué de horas tristísimas! ¡Qué de noches sin dormir! ¡Qué de lágrimas furtivamente enjugadas, hasta que después de mil esfuerzos pudo obtener de Octavio la confesión de ese amor que ella hubiese querido combatir, y que él ocultaba para que no fuese combatido! Tenía remordimientos; se acusaba de no haber cumplido bien sus deberes de madre; de haber sido poco previsora y muy torpe, por no haber sabido romper violentamente, desde el primer día, aquel amor que no podía ya vencer. Exageró su alcance y se figuró el porvenir con los más sombríos colores. Octavio quería casarse á todo trance, y si ella se oponía con su rigor, se enagenaba el cariño del que ella adoraba, ó antes de llegar á tal extremo, daba el consentimiento deseado, y veía desgraciado á su hijo para toda su vida.

Hasta se preguntó si la mala opinión que había concebido de Sextilia, sería injusta; quiso descubrir en ella méritos ocultos para explicar la pasión de que era objeto; se la vió preguntar á unos y á otros, y adquirir datos de personas que debía suponerlas favorables á Sextilia. ¡Ay! Al fin tuvo que confesar que á esa joven le faltaban las cualidades que una madre se complace en ver reunidas en la mujer de su hijo. Volvió de nuevo á su idea dominante: salvar á Octavio á todo trance del riesgo que su porvenir corría.

VI

Una noche, en una reunion familiar, donde había ido la madre de Octavio, después de haber agotado diversos asuntos, se habló de la medicina homeopática. Al instante, algunas voces atrevidas, la proclamaron soberana é infalible, y no vacilaron en dar el epíteto de rutinaria á nuestra docta facultad. Consiguieron el objeto que se habian propuesto: calurosas interrupciones salieron de todos los lados del salón; las señoras, sobre todo, chillaron á su placer y se propusieron castigar con las más severas penas á todos los que, faltos de principios, emitian tales teorías; las más indulgentes se contentaron con rogar á la due-

ña de la casa que llamase al orden á aquellos espíritus innovadores. Estos hablaron de defenderse, pero se temió que no tuviesen al servicio de su causa argumentos serios, y se prefirió tratar en broma la cuestión más bien que profundizarla.

—SIMILIA SIMILIBUS. *Un clavo saca otro clavo.* ¿Conocéis un principio más falso que ese?—decía uno.—Es decir, que hoy, por ejemplo, me da la jaqueca en el puente de la Concordia; pues mañana á la misma hora, atravieso el puente de las Artes, y ya estoy curado.

—No señor—dijeron otros;—para que la curación sea completa, tendriais que pasar el puente de la Concordia, al día siguiente, otra vez.

—Una bala me lleva una pierna; en vez de desvanecerme como harian los ignorantes, tengo la presencia de ánimo necesaria para acordarme del SIMILIA SIMILIBUS homeopático; voy dando traspieses hasta ponerme á la boca de un cañón, sale el tiro, me lleva la otra pierna y ya estoy curado.

—Indudablemente, os veis libre de las dos piernas.

Uno de nuestros más célebres doctores que está haciendo su fortuna dedicándose á la medicina legal, y que, con notoria ingratitud, se habia sentado desde el principio de la discusión en el banco de los defensores de la homeopatía, tomó la palabra.

—Señoras—dijo,—confieso que vuestras burlas han dado un golpe mortal á nuestra

desgraciada causa: nos declaramos vencidos y pedimos perdón. Permitidme, sin embargo, decir tan sólo que la homeopatía, en vez de merecer tan triste suerte, debiera tener todas vuestras simpatías; que, lejos de ser moderna su creación, se remonta á los tiempos más remotos, y que antes de aplicarla á la curación de las enfermedades del cuerpo, ha sido empleada, desde que el mundo existe, en curar los males del corazón y del alma.

Apenas el hábil orador pronunció estas palabras, *el corazón y el alma*, todas las señoras prestaron atención; poco faltó para verlas ya dispuestas á ponerse al lado del que ponía, al servicio de su causa, expresiones tan profundamente femeninas.

—Doctor—le dijeron,—no abuséis de nuestra reconocida buena fe; vamos, desarrollad esa tésis.

—Con mucho gusto; pero para hacerme comprender mejor, ¿me permitiréis que ponga un ejemplo?

—Y dos también, ¿es lo que más nos gusta!

—¿Se entiende que han de ser buenos?

—Claro, los malos se siguen algunas veces pero no se piden; ¡ea, que estamos esperando!

—Empezaré por dirigir una pregunta á los caballeros.

La parte masculina dijo:

—Antes se nos despreciaba, ahora tienen necesidad de nosotros y nos hacen la corte.

—Es muy natural—dijo la dueña de la

casa;—el doctor busca buenos ejemplos y sólo ustedes pueden proporcionarlos.

—Esa lisonjera explicación nos satisface, doctor, estamos dispuestos á contestar.

—Caballeros, ¿cuántas veces, en vuestra vida, os habéis enamorado? díganlo con toda sinceridad.

—¡Qué indiscreción! Señoras, no permitáis...

—¡Al contrario, si sois francos, empezaremos á comprenderles! Responda uno al momento. Vos el primero.

—Yo no me he enamorado nunca—contestó aquél á quien se habían dirigido; pero añadió con aire sentimental,—voy á estarlo muy pronto. ¿Mi respuesta, doctor, puede ser útil?

—¡No, porque no es franca! Que conteste otro.

—Yo, he querido dos veces.

—Yo una vez, y amo todavía.

—Yo, cuatro veces.

Al oír esta confesión, algunas señoras prorrumpieron en gritos de indignación.

—Yo, esperad un poco, tengo que recordarlo.

—¿Pues qué, tantas son?

—Por favor, no contéis por los dedos.

—Perdonadme; no tengo otro medio de acordarme.

—Dejémosle...

—Tres... cuatro... cinco... seis...

—¡Dios mío! ¡eso es espantoso!

—¡Si le bastan los diez dedos, menos mal!

—Doctor, después de repasar bien la cuenta me veo obligado á declarar que he estado enamorado nueve veces.

—¡Y tan joven!

—¡Ya veis lo que producen las revoluciones!

—Señoras—dijo el doctor,—pido que seáis indulgentes con ese caballero.

—Eso es porque debe servir de poderoso auxiliar para la tesis que sostenéis.

—Es cierto; lo confieso sin rebozo. Decidme, ¿de esas nueve mujeres que habéis querido, habrán sido rubias algunas de ellas?

—Lo menos la mitad.

—¡Eh! ¡mucho cuidado!—le dijeron,—que la mitad de nueve son cuatro y media, y esa media mujer, no hay medio de explicarla.

—Es que uno de mis nueve amores no era ni rubia, ni morena; tenía un matiz indefinido.

—Recurro de nuevo á vuestra franqueza, por todos reconocida. Por causa de alguno de esos nueve amores ¿no habéis tenido dudas sobre vuestra tranquilidad futura? Perdidamente enamorado, por ejemplo, de una rubia sin dote, y conociendo las exigencias de vuestro corazón, ¿no habéis temblado ante la idea de un matrimonio inevitable dentro de muy corto plazo?

—Lo confieso sin rubor; me ha ocurrido ese caso.

—¿Qué habéis hecho entonces?

—He procurado enamorarme de cualquier

morena encantadora que excediese á la rubia en belleza, y me he alejado de la primera para acercarme á la segunda.

—¿Y el nuevo amor ha servido para curaros del antiguo?

—Por completo.

—Pues bien, señoras—exclamó el doctor triunfante,—¿no es esa la homeopatía moral? Un amor cambiado por otro amor, una mujer sustituida por otra, y la curación más ó menos larga según los estragos que la enfermedad había causado en el corazón. Creedme, siempre, y en todas épocas, ha sucedido esto mismo.

Esta conversación, que parece separarse algo del asunto que tratábamos, ejerció gran influencia en los amores de Sextilia y Octavio, y nos permite llegar pronto á la conclusión de esta historia.

La señora de Aubray había tomado parte en la discusión que se había promovido á su presencia. No se veía libre de sus preocupaciones. Pero aquellas palabras del doctor: *homeopatía moral*, llamaron vivamente su atención, sin cesar entretenida en buscar algún remedio seguro para la curación de Octavio.

—Para hacerle olvidar ese amor que me desespera—se decía,—¿por qué no había yo de casarle con alguna joven que, bajo todos aspectos, le conviniese más que Sextilia?

Pero se convenció con dolor, de que á no causar á su hijo disgustos gravísimos, tenía, antes de poderle dar una mujer elegida por

ella, que destruir el amor que sentía por Sextilia.

Estas primeras reflexiones la condujeron á otras de diversa índole. Al día siguiente la señora de Aubray notó cierta palidez en el semblante de Octavio, y con exagerado temor, después de mil combates en que el cariño materno triunfó de la delicadeza femenina, llegó progresivamente á abordar la cuestión.

En la tesis que el doctor sostenía, se trataba tan sólo de reemplazar un amor por otro amor, una rubia por una morena, ó una morena por otra, puesto que el color del cabello era lo menos importante. Mi hijo está enamorado de Sextilia, sencillamente porque está en esa edad en que después de haber tenido ya amores demasiado carnales, se opera una especie de reaccion en los jóvenes corazones y sienten la necesidad de tener amores honestos y puros. La crisis ha pasado ya, pero Octavio se halla en estos momentos demasiado herido para ir, como otras veces, en busca de otra mujer, aunque fuese mil veces preferible á la señorita Martrais. Era preciso que esa mujer se encontrase en su camino por casualidad, que se viese obligado á fijarse en ella y á admirarla; acaso entonces consintiese en seguirla, echándola algunas miradas á hurtadillas, y suspirando para descargo de su conciencia, pero sin volver sobre sus pasos.

Así presentada la cuestión, eran precisos dos días á la madre de Octavio para familiarizarse con ella; y después, durante el tercer

día, se atrevió á preguntarse á sí misma, pero muy bajito, si no sería deber suyo proporcionar ese encuentro que pudiese salvar á su hijo.

Debatido y resuelto este punto, no se trataba ya más que de atreverse á ello, y tener la suerte de encontrar una mujer capaz de sorprender el corazón ya ocupado de Octavio. La madre de éste, por su mismo cariño guiada, había dado muchos pasos de esa clase desde hacia tiempo, y siempre su imaginación había acudido en auxilio de su amor materno.

¿Deberé buscar mi hada bienhechora, se preguntaba, en la sociedad que ha frecuentado mi hijo antes de su encuentro con la señorita de Martrais? No, de ningún modo; tal vez el remedio fuese peor que la enfermedad.

Entonces se ofreció á su espíritu, sin poderlo remediar, el recuerdo y la imagen de muchas mujeres conocidas suyas.

La de D... es muy bonita, decía, mucho tiempo fué muy del gusto de Octavio, pero está casada.

Reflexionó profundamente, y era indudable que en su interior se estaba librando algún empeñado combate. Por fin, exclamó con energía. ¡No, es imposible; es inútil pensar en ello!

Después continuó nombrando algunas jóvenes que concurrían á su casa.

La de C... es buena también; pero tiene casi la edad que yo. La de O... no la encuentra Octavio de su agrado. La de S... también está casada.

De repente se sonrió y pronunció entre dientes un nombre. Y no queriendo ocuparse más tiempo de pensamiento tan delicado, decidió dejar el asunto para otro día.

VII

Al día siguiente, á las dos, la señora de Aubray, un poco pálida y con los ojos enrojecidos, acaso por insomnios demasiado largos, atravesó calles y plazas y llegó á la puerta de la señora de Chesne. Allí se detuvo y estuvo un momento indecisa; hizo un movimiento como para marcharse, pero volvió al momento y entró resueltamente.

—Hace un siglo que no os veía—dijo Laura de Chesne haciendo sentar á la madre de Octavio.—No os lo echo en cara, porque reparáis vuestro olvido demasiado bien para que tenga yo el valor de no perdonaros, pero es lo cierto que me teniais inquieta.

—Pues yo, menos indulgente que vos, vengo á reñiros porque no vais á verme. Siempre estaba esperando vuestra visita.

—Temía incomodaros, porque habia oído decir...

—¿Qué?

—Que á consecuencia de graves preocupaciones os habiais sepultado en vuestra casa.

—¿De qué preocupaciones habláis?

—No sé yo si debo...

—Sí, por favor.

—Sentiria ser indiscreta...

—Entre nosotras es imposible.

—¿No me habéis hablado una noche en el teatro de ciertos amoríos que sentiais mucho?

—Tal vez; esperad que me acuerde. ¡Sí! del amor que mi hijo empezaba á sentir por la señorita Sextilia de Martrais, ¿es eso?

—Sí; pero veo que no me han dicho la verdad—dijo Laura engañada por la frialdad que afectaba la de Aubray;—y no continuó mis confidencias.

—Hariais muy mal, porque tengo muchos deseos de oirlas.

—Pues bien, en dos palabras, puesto que lo deseáis absolutamente. Habia oído asegurar, sin duda á gentes mal informadas, que este amor habia hecho grandes progresos, que Octavio iba con frecuencia á casa de Sextilia, y que vos estabais bastante inquieta porque se empezaba á hablar de su matrimonio.

—Pues hay mucho de verdad en todo ello, pero estad segura, querida Laura, que no estoy tan intranquila como os habian hecho creer, y que el asunto es menos grave de lo que creéis.

—Entonces no me queda más que arrepentirme de haberme ocupado de ese asunto.

—Por el contrario, os lo agradezco y os doy gracias. La importancia que habéis dado á esos rumores, atestigua vuestro cariño hacia mí. Pero hablemos un poco de vos; no os

diré nada de vuestra salud, porque me parece que os encontraréis divinamente. ¿Qué hacéis para no sentir os cansada después de un invierno tan divertido? Porque no os hemos perdido de vista, y sabemos que habéis acudido á muchas reuniones y habéis bailado de lo lindo.

—Perdón—observó Laura,—habéis dicho sabemos: ¿qué significa ese plural?

—Porque hablo en mi nombre y en el de Octavio. ¿Y á pesar de tantas noches de baile, vuestra salud no se resiente?

—Al contrario, y estoy pesarosa de que hayan terminado por este invierno.

—¿Dónde pasaréis el verano?

—No lo sé aún; no quisiera quedarme en París. Pero, ¿dónde ir? En los baños de mar ó en los establecimientos de aguas medicinales, bien lo sabéis vos, no se hace más que continuar las diversiones del invierno. No tengo ninguna casa de campo, porque la de mi esposo se la ha dejado á su hermano en el testamento; será preciso alquilar alguna; pero ¿en qué parte?

—En mi país, en Normandía.

—No encontraré ninguna.

—Vos de seguro; pero yo que conozco el país, si me autorizáis para ello me comprometo á encontraros algún encantador retiro.

—Sois muy amable.

—Indicádmelo no más, y empiezo á dar pasos, y ahora que lo pienso, ¿por qué no hemos de estar juntas las dos?

—¿Cómo?

—Nada más sencillo; venís á pasar una temporada á mi casa, y las dos solas, como viudas que somos, recorreríamos todos los alrededores hasta el día que hubiésemos hallado lo que nos conviniese.

—Verdaderamente, no puedo...

—Que no podéis; ¿quién os lo impide? Es un favor que me hacéis, porque debo confesarlo, me parece que este verano voy á estar mucho tiempo yo sola en casa. Octavio habla de hacer excursiones á Dieppe, á Trouville, y qué se yo á cuántas partes más. Sería yo muy dichosa si consintieseis vos en reemplazarle. No conocéis nuestras posesiones; no tienen nada de feudal, no hay que pensar en encontrar almenas ni puente levadizo, los castaños no tienen doscientos años, pero es muy alegre y está bien situado; hay caballos en la cuadra á nuestra disposición: una jardinera en la cochera y bonitos paseos en las cercanías. Os pondréis divinamente, gracias á los aires sanos y á la buena leche que hay allí; y no os aburriréis mucho. Vamos, aceptad y seré muy feliz.

—No soy insensible á tanta amabilidad—respondió Laura,—pero...

—Todavía el pero... ¿qué palabra más fastidiosa! Me marchó por no oirla. Nos iremos cuando queráis; esta semana misma si os parece; nada hay que me retenga en París, y, si no tenéis bailes ya, no veo tampoco qué pueda impedir os venir conmigo para aprovechar los primeros días hermosos de este año.

* * *

A principios de Junio, Laura de Chesne, que no había podido negarse á las instancias incesantes de la madre de Octavio, salió con ella para Normandía.

Octavio había pedido á su madre que le dejase estar unos días más en París, asegurándola que se uniría con ella al momento. Cumplió su promesa después de despedirse de Sextilia, que también iba con su padre á pasar un mes en casa de una tía suya. Los dos jóvenes no se separaron sin haberse prometido mutuamente encontrarse para primeros de Julio en los baños de mar de Trouville.

VIII

Al llegar al campo, había contado Octavio con tener una larga entrevista, á solas con su madre, para hacerla confidencias que él creía no podía demorar por más tiempo; hablar seriamente de Sextilia, enumerar sus méritos y obtener, con la ayuda de esa persuasiva elocuencia, cuyo secreto sólo poseen los hijos,

su consentimiento para un matrimonio que él deseaba con toda su alma.

Por tanto, sufrió un cruel desengaño cuando supo que, no habiendo Laura encontrado ninguna casa que alquilar, se había decidido, á ruegos de su madre, á pasar parte del verano en su compañía. Estaba demasiado bien educado para que manifestase su disgusto; pero, sin embargo, en vez de tener mil delicadas atenciones con la joven viuda, hacerla compañía, ó una corte asidua, distracción preciosa, de que tanto había abusado en el invierno, se aprovechaba de la tradicional libertad de que se puede gozar en el campo, para perderse en las calles de árboles más solitarias, soñar en sus amores, contar los días que faltaban para la cita de Trouville, y buscar el medio de abordar con su madre aquella difícilísima cuestión.

Laura no aparentaba apercibirse de aquella conducta, bastante extraña en un joven que vivía al lado de una mujer bonita: no la extrañaba que prefiriese sus recuerdos á una realidad encantadora, y nunca dejó ella de recibirle con la más cordial acogida, por la mañana, cuando se encontraban forzosamente, á la hora del almuerzo, y de sonreírse con él por la noche, después de haber pasado el día lo más lejos posible de los sitios en que ella pudiera encontrarse.

Esta indiferencia, acaso afectada, duró muchas semanas sin que Octavio llegase á notarla; pero cierta mañana, una lluvia torrencial le había impedido emprender sus largos pa-

seos; y tuvo la idea, para distraerse, de mirar á Laura y estar, por vez primera, amable con la amiga de su madre. Sin tratar de hacer comparaciones entre ella y Sextilia, no pudo dejar de conocer que el talento de la primera era natural y fino, con una ligera tinta de melancolía que sienta muy bien á las morenas; sus ojos de encantadora expresión, su talle esbelto como el de una muchacha soltera, y su pie de los más perfectos.

Los periódicos de París habían faltado aquel día, y ningún vecino había venido á visitarles; Octavio, menos alegre desde que estaba enamorado, no supo de qué hablar ni de qué ocuparse. Para colmo de desgracia, su madre le había dejado solo con Laura. Guardaba silencio largo rato ya, y por temor á ser impolitico, se creyó obligado á dar cuenta á Laura de las observaciones que había hecho sobre su talento y su belleza. Le escuchó sin incomodarse, pero sin mostrar tampoco el menor enternecimiento; Octavio, herido en su amor propio, iba ya á emplear cumplimientos más directos, cuando el sol reapareció y le inspiró el deseo de correr por los campos en compañía de Sextilia ó más bien de su recuerdo.

Pero, ¿cómo explicar este enigma? El tiempo fué magnifico en los días siguientes, y Octavio, que podía con toda tranquilidad suspirar y soñar bajo las más sombrías espesuras del parque, se creía en la obligación de pasear con Laura por el estanque, llevarla á ver ciertas célebres ruinas de las cercanías y montar á caballo, acompañándola.

Su madre tenía miedo á las calenturas que podían producir las agnas del estanque; había visto las ruinas y no podía montar á caballo; por eso no acompañó nunca en sus excursiones á los jóvenes.

Sin embargo, Octavio, que por timidez había retrasado el momento de hacer á su madre las confidencias que deseaba, resolvió abordar francamente el asunto en los primeros días de Julio. En aquella época, hizo la casualidad que Laura y la madre de Octavio siempre estuviesen juntas cuando éste quería hablarla. Una noche ya pudo, por fin, encontrar sola á su madre en su cuarto, pero tenía en aquel momento tan buen humor, y sentía tanto hacérselo perder, que... no la dijo nada.

—Si confiase á Laura—se decía despues de una semana entera de vacilaciones,—la misión delicada de decir á mi madre lo que no tengo valor para decirla; si la interesase en mis amores y consintiese en ayudarme, lograría mis deseos, sin duda alguna, mejor que yo; las mujeres se comprenden unas á otras á las mil maravillas.

Y en el mismo instante se dirigió al encuentro de Laura. Pero del mismo modo que Octavio otras veces, ella buscaba ahora las calles solitarias y los espesos follajes; acaso le gustase evocar alguna imagen querida, algún recuerdo simpático á su corazón. Largo tiempo recorrió en vano los paseos del parque. Por fin la encontró bajo un misterioso cenador cubierto de enredaderas; el libro que ha-

bía llevado para leer estaba caído á sus pies, y como adormecida por suaves arrullos miraba y parecía no enterarse de nada de lo que sucedía á su lado. Estaba verdaderamente hermosa, con la cabeza melancólicamente reclinada sobre una mazorea de flores, caídas sus preciosas manos, los labios entreabiertos y sonrientes y sus cabellos ténueamente iluminados por un rayo de sol. Aunque pensando en Sextilia, Octavio se recreó por mucho tiempo en el espectáculo agradable que ante él se presentaba; después cogió una rosa, se adelantó hacia Laura, y en vez de confiarla como antes había resuelto, su amor, á una rubia soltera, ofreció á la viuda la rosa que en la mano tenía.

Pasó el verano, el otoño reemplazó al estío y los bañistas de las playas de Trouville no habían visto por allí á Octavio. Se olvidó hasta de París que tanto le gustaba, porque una vez no más le encontramos allí.

—Te creíamos en el campo—le dijimos al verle.

—Allí estoy, en efecto—respondió.—No he venido más que por un instante á comprar una corbata á una amiga de mi madre, á quien se la ha caído la suya en el estanque del parque.

—Parece—le dijimos,—que la amiga de

tu madre tiene distracciones muy extrañas cuando se pasea junto al estanque.

Palabras perdidas: Octavio se había separado de nosotros antes de concluir de decirlas.

El invierno trajo á París á los que veraneaban en Normandía. Como sucedía al empezar esta novela, Octavio pasa casi todas las noches en casa de su madre; Laura de Chesne, agradecida á la hospitalidad que le había sido dada durante cinco meses, interrumpe muchas veces esa intimidad familiar entre la madre y el hijo; pero Octavio parece que no ha tomado ningún partido.

A la señora de Aubray, que había envejecido al terminar el pasado invierno, el aire del campo la ha sentado muy bien; por la noche parece una mujer de treinta y dos años, siempre amable en sociedad y con cierto barniz de coquetería cuando habla con cualquier hombre galante de buena posición en la corte. Sus esfuerzos por granjearse los favores de los poderosos, van á obtener, al fin, el éxito á que son acreedores. Citase el nombre de su hijo, entre otros muchos, para desempeñar el cargo de Consejero de Estado.

Con objeto de celebrar tan ambicionado nombramiento, había reunido en su casa á varios amigos.

—¿Sabéis una noticia?—dijo uno.

—No.

—Que Sextilia de Martrais se casa.

Tres exclamaciones á cual más diversas salieron de los labios de Laura, de Octavio y de su madre.

—¿Quién es el hombre que tiene valor de casarse con ella?—preguntó otro.

—Un extranjero que pasa por millonario—respondió la persona interrogada.

Y después, volviéndose á Octavio, tuvo la indiscreción de añadir:

—A propósito, ¿no se decía el invierno pasado, que estabais muy enamorado de Sextilia?

—Me agradaba bastante—replicó Octavio con abandono.

—Pero, ¿no pensasteis casaros con ella?

—¡Yo! no le pensé nunca.

Al oír esta respuesta la madre de Octavio se puso encarnada y la oí decir entre dientes estas palabras:

—¿Me había engañado? ¿Era inútil?

Después levantó los ojos y vió que Laura estaba sentada cerca de Octavio en el momento que, interrogado bruscamente con respecto á su casamiento con Sextilia, se había visto obligado á contestar. Entonces ella se sonrió y miró á su hijo, Octavio á Laura y ésta miró á la alfombra.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

TE P
L